
Rechazado por el Gobernador viudo
MARIA AMANDA DANTAS

Rechazado por el Gobernador *viudo*

MARIA AMANDA DANTAS

Copyright © 2025 María Amanda Dantas

RECHAZADA POR EL GOBERNADOR VIUDO

Primera edición | Creado en Brasil

Edición digital

Autora: María Amanda Dantas

Revisión: Luana Souza

Maquetación: Elle Zutan

Portada: Hbdesigner

SE PROHÍBE LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA, DE CUALQUIER FORMA O MEDIO ELECTRÓNICO O MECÁNICO, INCLUYENDO PROCESOS XEROGRÁFICOS, Y EL USO DE INTERNET, SIN LA PERMISO EXPRESO DE LA AUTORA (LEY 9.610 DE 19/02/1998).

ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN. NOMBRES, PERSONAJES, LUGARES Y EVENTOS DESCRITOS SON PRODUCTOS DE LA IMAGINACIÓN DE LA AUTORA.

CUALQUIER SEMEJANZA CON EVENTOS REALES ES MERA COINCIDENCIA. TODOS LOS DERECHOS DE ESTA EDICIÓN SON RESERVADOS POR LA AUTORA.

Resumen

Sobre la autora
nota del autor
Sinopsis
Capítulo 1
ELLA
Capítulo 2
ELLA
Capítulo 3
ELLA
Capítulo 4
ELLA
Capítulo 5
ELLA
Capítulo 6
ELLA
Capítulo 7
ELLA
Capítulo 8
ELLA
Capítulo 9

ELLA
Capítulo 10
AARON
Capítulo 11
AARON
Capítulo 12
ELLA
Capítulo 13
ELLA
Capítulo 14
ELLA
Capítulo 15
ELLA
Capítulo 16
ELLA
Capítulo 17
ELLA
Capítulo 18
ELLA
Capítulo 19
ELLA
Capítulo 20
ELLA
Capítulo 21
ELLA
Capítulo 22
ELLA
Capítulo 23

ELLA
Capítulo 24
AARON
Capítulo 25
AARON
Capítulo 26
ELLA
Epílogo
ELLA
AARON
Gracias

Sobre la autora

Hola, soy Maria Amanda Dantas, brasileña y autora de más de treinta romances publicados en mi idioma. Si este es tu primer contacto conmigo, quiero que sepas que estoy muy feliz de recibirte aquí, querido lector. Este es mi segundo romance traducido al español. Pronto lanzarás todos mis ebooks. Mi Instagram es @autora_mariaamandadantas, contáctame y seamos amigas.

Nota del Autor

Para ti, querido(a) lector(a), que ya escribiste "estoy bien" cuando, en realidad, tu alma estaba destrozada. Para ti, que ya sonreíste en medio de la tormenta. Para ti, que te sientes solo(a). No remes en contra de la marea y no te quedes quieto(a) donde estás.

Sinopsis

Él es un gobernador viudo y malhumorado.

Ella es una fotógrafa que vive ilegalmente en los Estados Unidos.

A él le molesta que tomen fotos de sus hijas.

Ella fotografió a las trillizas del gobernador sin saber quiénes eran.

Él se enfadó y casi ordenó que las arrestaran.

Ella no entendía por qué odiaba las fotos, hasta descubrir que su esposa murió siendo perseguida por paparazzi.

Él perdió un gran amor y odia a todos los fotógrafos que existen.

Ella necesita una tarjeta de residencia (green card) para permanecer legalmente en Estados Unidos.

A él le disgustan las mujeres más jóvenes, especialmente las de cabello colorido.

A ella le disgustan los hombres como él: arrogantes.

Entre el amor y el odio, Aaron lucha contra los sentimientos despertados por esa atrevida mujer, que entró en su vida en un momento de dolor y luto. Él juró no volver a amar, nunca más, pero no sabe cómo contener los nuevos sentimientos. Él la necesita.

Ella necesita protección. Su jefe la está acosando. Y, cuando un apuesto y arrogante hombre aparece en su vida, despierta mucho más que un simple sentimiento de odio.

¿Puede surgir el amor en la vida de una chica que tuvo que dejar su país y su familia, en busca de una mejor calidad de vida?



Capítulo 1

ELLA

Resista!

¡Aguanta firme!

¡No tengas miedo!

Ella, ¡tú puedes!

Hoy es solo otro día en el que lucho para no ser descubierta. Vivo como una criminal, cuando lo que más hago es luchar para sobrevivir. Llevo cinco años viviendo ilegalmente en los Estados Unidos. Mi corazón está pequeño de nostalgia por mi mamá y mi hermana, que siguen viviendo en México.

Estudiaba en la Universidad de Minnesota gracias a una beca que obtuve por mi dedicación y fuerza de voluntad para cambiar de vida. Antes vivía con mi madre y mi hermana, pero Saint Paul es la ciudad donde he estado viviendo estos cinco años. Cuando vine para acá, pensé que podría mantener mis estudios y trabajar al mismo tiempo, pero todo salió mal cuando una compañera de clase, estadounidense, me denunció a la dirección de la universidad, contando que todas las noches escapaba del dormitorio para trabajar en un bar cercano.

El gobierno estadounidense no permite que los estudiantes extranjeros trabajen mientras estudian en el país. Sin embargo, hay una excepción: estudiantes que tienen la visa de estudiante de la categoría F-1 (Academic Student) y que ya están inscritos en un curso académico de educación superior. Lo cual no era mi caso. No obtuve la visa.

Pensé que podría mantenerme así y, en el futuro, conseguir la residencia permanente (green card) para poder trabajar y ejercer mi profesión en el país. Visitaría a mi madre y a mi hermana cada dos o tres meses, después de graduarme, siempre trayéndoles para pasar unos días conmigo también, hasta que ellas pudieran obtener su propia green card.

Hay cuatro formas de conseguirla.

La primera es casándose con un estadounidense. Lo llegué a considerar, en caso de que alguien me propusiese matrimonio. Pero eso está difícil debido a mi timidez. Ningún estadounidense me ha invitado a salir en estos años que llevo viviendo aquí.

La segunda forma es tener familiares cercanos con ciudadanía americana. Mi madre y yo somos mexicanas de raíces, originarias de Ciudad de México, y todos nuestros antepasados también.

La tercera forma es obtener ayuda de un empleador, si la empresa considera que alguien es un empleado indispensable. Lo he intentado durante mucho tiempo. Sin embargo, las grandes empresas no están dispuestas a contratar a una mujer de 23 años sin experiencia. Y cuando me preguntan si ya tengo mi green card, me pongo nerviosa y me voy.

La última opción es invertir en los Estados Unidos. Pero, ¿cómo haría eso si apenas puedo dividir el departamento con mi amiga Audrey? Ella es una estadounidense que me acogió en un momento difícil de mi vida. Ella estudiaba medicina, igual que yo, por presión de su familia, cuando en realidad su pasión es la fotografía. Algo que también me ha comenzado a interesar. Siempre he sido apasionada por la fotografía, por el arte de captar a las personas en sus momentos felices. Eso siempre me ha cautivado.

Tenía una cámara, que no era profesional, sino una de esas comunes que casi todo el mundo tiene. Pero casi nadie usa una así en estos días debido a la tecnología avanzada de los celulares que han salido en los últimos años.

Conseguí comprar una cámara profesional gracias a los trabajos que he hecho con Audrey. Ella tiene algunos contactos que nos proporcionan eventos de gran y medio porte para fotografiar, como bodas y cumpleaños de personas dispuestas a pagar bien.

Si no fuera por ella, estaría en la calle. Vivía en el campus de la Universidad de Minnesota hasta que fue expulsada por Hannah Smith, una niña rica y caprichosa que no aceptaba que una mexicana, latina, de piel morena y cabello rizado, fuera más inteligente que ella, una blanca rica, millonaria y de familia importante. Ella siempre competía conmigo, aunque yo nunca propicié una guerra entre nosotras.

La directora dijo que no podía trabajar sin autorización del gobierno. Como mexicana, debía estudiar y mantenerme solo con la

beca que me ofrecía el gobierno, en una universidad privada. Si no, sería denunciada, adiós a mi carrera y tendría que regresar a mi país. Así que, tuve que dejar de estudiar.

En medio de todo esto, mi madre perdió su trabajo como empleada de limpieza y empezó a depender de mí para enviarla dinero cada mes, así puede comprar sus medicamentos. Mamá es diabética y ya está cansada, necesita cuidados. Tiene a mi hermana Lola, de 12 años, que ayuda a cuidar de nuestra madre después de estudiar.

Prometí que les daría una vida más cómoda. La fotografía me está generando algo de dinero, suficiente para enviar cada mes una ayuda a mi familia y todavía me alcanza para pagar la mitad del alquiler del departamento en el que vivo con Audrey. La diversión y otros entretenimientos no están en mi realidad.

Busco una manera de ahorrar algo de dinero para volver a México, en caso de no conseguir mi green card. No es que caiga un estadounidense del cielo queriendo casarse conmigo.

Pero todo empeoró cuando mi madre me llamó anoche y me dijo que el banco va a tomar la casa de mi abuela, que heredó, si no pagamos el préstamo que nos dio. El plazo es de 30 días para pagar. Si no consigo un monto equivalente a 30 mil dólares para saldar toda nuestra deuda en México, perderemos nuestra casa.

Juré a mi madre que lo lograría, pero confieso que estoy temblando. ¿Cómo voy a conseguir eso?

Limpio el lente de mi cámara. Ya estoy lista para ir al evento infantil con Audrey en un condominio cerrado. Es el cumpleaños de la hija de un abogado importante. La niña cumple 4 años y el tema de la fiesta será "princesas de Disney".



— Cierra la boca, Ella, para que la gente no piense que no estamos acostumbradas a este tipo de evento — susurra Audrey, preocupada.

Es imposible no quedar deslumbrada con lo que veo. La entrada del condominio ya me dejó boquiabierta. Nunca antes había estado en un lugar tan elegante, que exuda dinero y riqueza. Cuando Audrey me dijo que aquí vivían personas importantes, como jueces, abogados y algunos políticos, me sentí en una verdadera fortaleza.

No sé si estamos en Minnesota o en la misma Disney, porque la decoración de la fiesta está perfecta. Al aire libre, en el jardín de la mansión del abogado reconocido. Hay castillos de papel tan realistas que parece que estoy en el mundo mágico de las princesas. La princesita cumpleañera está vestida de Blancanieves. Es muy adorable; tiene mechones oscuros y ojos castaños. Es la propia Blancanieves.

Es la abuela materna de la niña quien nos recibe. Nos explica cómo quiere las fotos y cuáles son sus ángulos favoritos. Audrey escucha todo con atención. Nosotras no somos las únicas fotógrafas del evento, hay otras cinco equipos más. La familia no quiere perderse ni un momento de la fiesta.

Limpio la lente de la Canon EOS 90D, mi cámara profesional que superó todas mis expectativas.

Una curiosidad sobre la fotografía que nadie cuenta es que se necesita tener flexibilidad y, además, sufrirás muchos dolores en la espalda. Coloco la cámara en la correa alrededor del cuello. Así, la dejo más segura, evitando que se me caiga, como ya me ha pasado una vez. Soy torpe. Uso otra que me presta mi amiga, que ella lleva

en el hombro. Ella tiene tres cámaras, usa dos y me presta una. Siempre me entusiasma cuando conseguimos trabajos de fotografía. Además de este servicio, trabajamos como bartenders en un nightclub de lujo.

Aquí hay brinca brinca, resbaladilla de pelotas, cama elástica y carritos de bate-bate. Realmente, estoy en un parque de diversiones. La abuela de la cumpleañera nos contó que hay aproximadamente 150 niños, algunos padres, niñeras y muchos guardias de seguridad.

— ¿Entendieron, chicas? Todo debe estar perfecto. Capturen, a través de sus lentes, la magia de la fiesta.

— Todo saldrá como desea, señora Watter — respondo.

La mujer sonríe amablemente, dejándonos listas para comenzar a fotografiar.

— Tú te encargas de los juegos, y yo de la cumpleañera. ¿Está bien? — me sugiere mi amiga.

— Sí, claro. — Quisiera estar más contenta, pero solo puedo pensar en mi familia.

— ¿Todo bien?

No, no está nada bien, pero no voy a aburrirla con mis preocupaciones y miedos.

— Estoy bien. — Mi corazón grita que no lo estoy.

— Todo estará bien. No pienses en nada malo ahora. En casa, hablamos de todos tus problemas, porque somos dos traumatizadas.

Audrey sabe lo que me está pasando, sin embargo, en el entorno laboral, no es conveniente distraernos. El tiempo es oro. Vamos a ganar unas 4 mil dólares por el evento. Será un dinero valioso y en el momento justo. Y si apartamos una parte para gastos, igualmente será maravilloso.

Ojalá todos los eventos fueran como este.

— Nos vemos en una hora para intercambiar ideas — ella avisa.

Asiento.

La mochila en mi espalda está algo pesada. Es pequeña, pero lleva agua, snack, cargador del celular, mis lentes fotográficos, baterías, mis gafas de sol y una camisa extra de la empresa de Audrey, de la que soy socia. Ella me deja ser su socia sin invertir prácticamente nada, diciendo que mi talento basta. También llevo en la mochila mi "mini farmacia". Debido a mis crisis alérgicas, siempre llevo muchos antihistamínicos. Me siento mal incluso con cambios de clima, además de olores fuertes que, a veces, me hacen desmayar.

Los niños, vestidos con trajes de caballeros de la guardia y príncipes, son las cosas más adorables que veo, después de las niñas vestidas de princesas. La edad de estas criaturas va desde bebés de meses hasta niños de 5 o 6 años. Fotografía en la zona de los juegos, capturando muchas sonrisas dulces y traviesas. En un carrito de helado, algunas niñas hacen fila, y las fotografío impacientes, tras los helados. Es cuando una escena en particular llama mi atención.

Una linda niñita pelirroja, pequeñita, toma su helado de cono cuando un niño, más o menos de su edad, de 3 a 4 años, corre, escapando de otro niño que lo persigue. En esta jugar a la mancha, este niño se choca con el hombro de la niña, y eso hace que ella derrame su helado en el suelo. La pequeña hace un puchero de llorar. Es la niña más bonita que he visto en la fiesta, tierna y sensible, por lo que parece. Abre la boca para llorar, y capturo esa escena que llena mi corazón de emoción. Sus cabellitos rizados y lisos son de un color muy hermoso, y sus ojos, juntos, apretados y azules. La niña corre alejándose de las demás.

Miro a mi alrededor y no veo a nadie que parezca responsable por ella. ¿Adónde irá sola? No es asunto mío, pero no puedo dejar que se quede sola. Sin pensarlo dos veces, voy tras ella. No sé su nombre, y también puedo asustarla sin querer.

Corre hasta una fuente que chorrea agua, y se sienta en el borde, que está casi al nivel del suelo. Por eso no tuvo problemas para subirse allí. La niña tiene algunas lágrimas en el rostro. Me acerco con cuidado, sonriendo con amabilidad. Ella no fue muy lejos, solo unos 40 metros desde donde estábamos. Miro atrás y noto que nadie notó que se alejó.

Es un angelito, toda adorable y angelical. Está vestida de Ariel, la pequeña sirena. Su vestido azul tiene los dibujos de la propia princesa sirena. Como ambas son pelirrojas, el disfraz le queda perfectamente. Modestia aparte, me gusta ver a Ariel negra, como se abordó en la película, porque eso me hace sentir como una princesa también. En mi infancia, no existían princesas negras, pero ahora sí.

— Hola, pequeña. ¿Estás llorando porque derribaste tu helado? Puedo conseguirte otro.

Me mira con una expresión triste. Puedo notar que es muy sensible.

— ¿Me conseguirás otro?

— Sí. Podemos ir ahora mismo a buscarlo.

Ella miró a mi cámara, curiosa. Incluso esbozó una sonrisa cuando le hablé del helado.

— Debes gustarte mucho el helado, ¿verdad, pequeña sirena?

Ella sacude la cabeza, haciendo un gesto de "sí".

— ¿Tomas fotos, señorita?

— Sí. Puedo tomar una tuya si me muestras una linda sonrisa. ¿Qué te parece?

Ella asiente, emocionada.

— ¿Tu cabello es realmente rosa? — se refiere a las mechas que tengo, que aún se ven con mi cabello recogido.

Las pinté después de salir de la universidad. Siempre quise hacerlo, pero nunca tuve valor, hasta que me vi en un proceso de

cambio. La abuela de la cumpleañera me miró con duda por las mechas. ¿No puede una adulta tener el cabello de la forma que desea?

— Son mechas, princesa. ¿Te gustan?

— Tanto como tu cámara. — Ella dejó de llorar. Nada me duele más que una niña llorando.

— Tu papá te dejó pintarte el cabello así?

— Mi papá falleció, pequeña, hace unos años, pero no estaría en contra.

Qué nostalgia, papá.

— Espero que algún día mi papá me deje tener el cabello como el tuyo.

— Cuando seas mayor, tú puedes hacerlo.

— Mi papá no me deja hacer casi nada. — Ella se ve triste. — Y tampoco vino a la fiesta. Le pedí que viniera, y no vino.

Entonces, por eso ella estaba llorando. Qué tonto es ese hombre.

Cuando se levanta para posar, escucho una voz que la llama:

— Skylar, ¿por qué te alejaste de la fiesta, mi querida? — La mujer que vino a buscarla es una rubia que viste un uniforme que indica que es niñera.

Skylar... Qué nombre más hermoso.

Frote mis ojos por debajo de las lentes de mis gafas, al ver a otras dos niñas iguales a Skylar correr tras la niñera. Las tres están vestidas igual, con el mismo vestido azul y lazo lilá en la cabeza. Son tres princesas hermosas; hermanas trillizas.

— Ella derritió el helado y vino a llorar aquí — le cuento a la niñera.

— Su papá me mataría si supiera algo así. Siendo quien es, tan importante, podría perder mi empleo por un error así. — ¿Un error? La niña está en el lugar de la fiesta. ¿Es considerado peligro que se

haya alejado un poco? ¿Quién es su padre? — Soy Patty, la niñera de las niñas.

— Antonella. Puedes llamarme Ella. Soy fotógrafa. — Sostengo la cámara en mis manos, es bastante evidente que soy fotógrafa

— Gracias por cuidar de Skylar. Ella suele enfadarse fácilmente y también es muy sensible. — Eso, ya lo había notado. — El padre de ella me mataría si supiera que desvíe la vista de ella por treinta segundos.

— ¿Quieres decir que su padre te mataría solo por eso? ¿En quién se piensa para querer matar a alguien? — ¿Será que es un gánster o alguien peligroso de ese tipo?

— Fue una forma de decirlo. El señor Maxwell es muy atento y cuidadoso con sus hijas. No tolera errores. La última niñera fue despedida porque, sin querer, rompió el juguete favorito de Kaylee.

— Tu jefe debe ser uno de esos ricachones que creen que son dueños del mundo y que pueden mandar en las personas a su alrededor como quieran, siendo prepotentes y arrogantes. Ni siquiera lo conozco, pero ya lo odio.

Odio a las personas que son mezquinas.

Las niñas juegan a girar, tomándose de las manos unas a otras. Cuando una de ellas me mira, sé que es Skylar, porque quiere su foto.

— Tómame una foto, Ella. — Ella es atenta.

— Quiero una foto también — pide la otra niña. No sé si es Kaylee o la otra gemela, de quien aún no sé el nombre.

— ¿Puedes tomarnos una foto las tres? — pregunta la tercera, sonriendo.

Creo que son las niñas más hermosas que he visto en mi vida. Estoy enamorada de las trillizas. Como estoy tomando fotos en la fiesta, no veo problema alguno en fotografiarlas. Ellas posan, una junto a la otra, y me preparo para tomarlas.

— Están sonriendo, pero están tristes porque su papá no vino a la fiesta. La mayoría de los padres vino — comenta Patty.

— Qué horrible, ni siquiera vino tu jefe a la fiesta. Pero, ¿y la mamá de ellas?

Acabo de tomar algunas fotos rápidamente, como cinco. Las niñas me agradecen y vuelven a jugar, todavía cerca de nosotras. Observo las fotos, que quedaron perfectas, como ellas.

Espero la respuesta de Patty, pero, por su expresión, parece estar aterrorizada.

— ¿Qué tipo de padres no acompañan a sus hijas en una fiesta infantil? Pobres niñas. Daría cualquier cosa por tener a mi padre conmigo. Lamentablemente, falleció hace algunos años. No entiendo a los padres que no pasan tiempo con sus hijos. Si fuera la madre de tres niñas tan hermosas como estas, no las dejaría solas por nada. Por cierto, tu jefe es un idiota. Seguro, es un ricachón mediocre.

Patty tiembla y hace muecas, queriendo decirme algo. ¿Qué quiere decirme? No tengo idea. Cuando ella señala detrás de mí, me giro, curiosa por saber qué puede estar asustándola tanto.

Me llevo un susto al toparme con un hombre que, obviamente, mide más de 1,80 metros. Tiene unos 40 años y posee los ojos más azules que he visto en toda mi vida, sombríos, profundos e intimidantes. Viste un traje negro, y la barba que cubre su rostro parece haber sido hecha por un profesional. Sus manos están en los bolsillos de sus pantalones y me mira durante menos de diez segundos, juzgándome de pies a cabeza. Por las mechas rosas que tengo, todos me juzgan. Este es un tipo de hombre conservador, por lo que puedo ver.

¿Es el padre de las niñas? Las tres corren hacia él para abrazarlo, y él besa sus mejillas. Ellas festejan porque él vino.

— Vamos a comer helado, papá. Ven con nosotras — pide Skylar, animada y saltando.

Le sorprende mucho al papá verla así.

El hombre hace una señal para que Patty vaya con las chicas, y ella lo entiende de inmediato.

— Adiós, Ella. Me encantaste.

El padre de Skylar quedó en shock al verla hablar conmigo.

— Adiós, Skylar. — Le hago un gesto y sonrío.

Patty me mira como si estuviera en problemas. No hice nada malo. Todas se van, dejándome sola con ese tipo de cara de psicópata. Él no me va a matar en un lugar tan lleno, ¿verdad? Es mejor que me vaya. Necesito volver al trabajo. Espero que no esté molesto conmigo por llamarlo idiota.

Doy un paso adelante, pasando por él. Es cuando me agarra con fuerza del brazo. Dolió. Abro los ojos, asustada. ¿Por qué está actuando así?

— ¿Quién te crees que eres para tomarles fotos a mis hijas sin permiso? — su voz autoritaria me causa escalofríos.

Capítulo 2

ELLA

Me encojo de hombros, asustada por el tono de voz brusco que ese hombre lanzó sobre mí. Su mirada fría y negra es de quien está a punto de matarme. ¡Dios mío! Mi brazo empieza a doler. Él es la personificación del terror.

— Señor, me duele el brazo — mi voz sale temblorosa. ¿Qué me pasó para hablar así, maullando? Nunca hablo tan bajito. El miedo me llevó a bajar la cabeza ante este idiota que piensa que es el dueño del mundo.

— Pregunté quién se cree para tomar fotos de mis hijas, señorita — continúa aplicando fuerza en mi brazo.

Molesta, me aparto de él con un movimiento brusco y consigo sacar mi brazo del contacto de su mano fuerte. ¡Hijoputa! Este movimiento dolió más de lo que esperaba, pero al menos pude alejarme de él.

— Soy la fotógrafa de la fiesta. ¿No es bastante obvio? — Llevo dos cámaras.

Él aún actúa como si hubiera cometido un delito.

— No tenías autorización para fotografiar a las niñas. Borra inmediatamente las fotos de ellas — ordena.

No sabía que necesitaba autorización para fotografiar a los niños en una fiesta infantil de la que fui contratada para tomar fotos incluso del aire. Este hombre no está nada contento conmigo. Su semblante es duro, rígido. Pobre de las niñas. Skylar dijo que su padre no la dejaba hacer nada. Debe ser un mal padre para las niñas.

Dificilmente me equivoco. Hay algo en su interior que llega a ser tan oscuro como un abismo profundo. Hay algo detrás de sus ojos azules; diría que un dolor profundo.

— Borra las fotos inmediatamente, o llamaré a la policía, señorita.

Cuando mencionó "policía", todo mi cuerpo entró en alerta. No puedo tener problemas con la policía. No puedo ser arrestada. Así, sería deportada y perdería mi única oportunidad de conseguir el dinero para pagar nuestra deuda en México. Debí haber quedado pálida cuando mencionó las autoridades y, por un momento, mareé.

— Por favor, no a la policía, señor. — Prácticamente tiemblo. — Borro todas las fotos ahora mismo, si quiere. — Si él llama a la policía, estaré perdida. — ¿Sabes qué? Toma aquí. Queda con la cámara, si quieres. — No puedo creer que esté a punto de entregarle mi cámara a un desconocido amargado.

Eso es lo que él es: un hombre amargado e implacable, que decide meterse con todos a su alrededor por cosas pequeñas. ¿Qué mal hice al tomar fotos de las chicas en un cumpleaños infantil?

— ¿Por qué tanto temor? ¿Acaso soy una criminal? ¿Estás respondiendo a algún proceso en la justicia?

Cuando él saca las manos de los bolsillos del pantalón, no puedo dejar de notar el anillo dorado en su dedo anular. Brilla como la luz del sol, es ancho, exuda poder y dice: "Estoy casado". Claro que está casado, es padre de trillizos.

Trago saliva. Mis piernas tiemblan. El primer error de un culpable es no mirar a los ojos de la persona que lo dejó en una situación incómoda. Yo no soy una bandida ni ninguna criminal, sin embargo, esos estadounidenses insensibles —como él— se sienten con el derecho de intimidar a cualquiera con su humor sarcástico.

— Responde. ¿Acaso mis hijas estaban conversando con una delincuente?

Me causa muchas sensaciones extrañas, desde miedo hasta otras difíciles de entender, debido a que mi corazón late acelerado, asustado por sus acusaciones.

— En primer lugar: más respeto, señor. No soy una criminal. No estoy haciendo nada malo, solo creo que no debemos involucrar a la policía en una situación tan tonta como esta. Fui contratada para fotografiar a los niños. Pido disculpas si no sabía que las hijas de usted eran una excepción.

— Deberías saber que podrías ser arrestada solo por acercarte a mis hijas.

— No tenía manera de saber eso en una fiesta infantil para la que fui contratada para tomar fotos. Y no es como si fuera a lastimar

a sus hijas.

Incluso me insultó, y cuando dijo que podría ser arrestada, casi se me sale el corazón por la boca.

Cuando él toma la cámara de mis manos, siento un nudo atorado en mi garganta. La compré con tanto esfuerzo. Este es mi trabajo, mi fuente de ingresos. Él no puede quitármela.

— Me quedo con esto — dice, tomando el disco duro de almacenamiento de las fotos. ¿No habría sido más fácil borrarlas? — La cámara no me interesa, solo los contenidos que estaban en ella.

Allí hay tantas fotos del evento. Voy a perderlo todo, tantos momentos tiernos.

Él me devuelve la cámara y quiero reclamar por el hecho de que quiera quedárselo. Un nuevo disco duro cuesta caro para alguien como yo. Sin embargo, no sería bueno enfrentarlo; no por miedo a él en sí, sino porque podría involucrarse la policía. Así, ese idiota arruinaría mis sueños.

Si él no fuera tan amargado, diría que es un hombre bastante interesante, pero este no es el momento para notar lo fuerte que es. Posiblemente, practica muchos deportes, incluyendo entrenamiento pesado. Por eso sus brazos anchos y definidos. Incluso cubiertos por la camisa social y el saco, puedo ver lo voluminosos que son, igual que todo su cuerpo. Él también es muy bonito, pero su belleza no vale de nada si es insensible, arrogante, que juzga a las personas, como está haciendo ahora conmigo, mirándome de arriba abajo.

— ¿Perdiste algo? ¿Si piensas que soy una criminal, por qué no revisas mi historial? ¿Eres detective? ¡Qué estúpido (idiota)! — Cuando me di cuenta, ya le había insultado en español.

— Vuelve a tu trabajo — ordena como si fuera mi jefe o mi dueño.

— Volveré cuando quiera. No me paga usted. No puede darme órdenes, majestad. — Cuando me di cuenta, ya había hablado.

— Qué lengua tan afilada tienes, señorita. Deberías tener cuidado al hablar así conmigo. No tienes idea del problema en el que te estás metiendo.

— ¿Y quién es usted? ¿El presidente de los Estados Unidos? ¿El rey Carlos, de Inglaterra? Creo que no. Usted es viejo, pero no como él. Y ambos serían más educados — le contesto.

Él da un paso adelante, dejándome con la respiración pesada, y cierra los puños, molesto por lo que digo y por mi lengua afilada.

Él solo dice:

— Conoce tus límites, señorita. — Aprieta los dientes unos contra otros, apretando la mandíbula. — Vuelve a tu trabajo, si no quieres que cambie de idea y llame a la policía.

Es hora de que me quede callada.

Asiento con una sonrisa forzada. No quiero problemas con ese señor. Es mejor que vuelva a trabajar, así no corro el riesgo de terminar arrestada. Cruzo los brazos, señalándole que él puede hacer las honras y avanzar primero. Él también asiente, y yo fijo la vista en mis pies, incómoda, controlándome para no insultar hasta su séptima generación.

— Mamá siempre dice que cuanto mayor es la gente, más amargada se vuelve. ¡Hijo de puta! — Respiro profundo, levantando la vista.

Él todavía está aquí, mirándome sin ninguna expresión que indique que comprendió lo que dije. Mantengo la mirada firme, para no demostrar que tengo miedo de que llame a la policía. Todo por unas fotos que podría haber borrado.

Él me mira fijamente. No sé interpretar qué está haciendo, si aún está molesto por las fotos o si duda de mí. ¿Qué más quiere? ¿Por qué no se va y me deja en paz? Parece un interrogador. Puedo sentir su mirada atravesando mis mechones.

— ¿Aaron? — Una voz de un hombre que no conozco se acerca. Él viene sonriendo. Entonces, ¿ese es su nombre? — Perdón.

Debería decir: señor gobernador del estado de Minnesota, qué honor tenerlo aquí.

¿Gobernador? ¿Como un jefe de estado? ¿El jefe de estado del estado en que vivimos? ¿Él es el gobernador de Minnesota? Tiemblo en este momento, sin poder contener mi asombro.

¿Cómo podría haber sabido que era gobernador? No veo nada de política, aunque vivo aquí hace cinco años. No tenía idea con quién estaba hablando. Aaron Maxwell. Ese sería el nombre del gobernador, si no me equivoco.

— Es mejor que diga "su excelencia". ¿O prefiere "su señoría", gobernador?

Yo quiso morir cuando me llamó así. Y yo insultando a una autoridad en español. Espero que no me haya entendido.

El hombre extiende la mano para saludar al señor gobernador, que aún me mira, intrigado por algo. Necesitó unos segundos para entender que el individuo le hablaba y volvió su vista en su dirección. Es como si no estuviera aquí.

— Eres casi un comediante, Pitter. Ser jefe de policía te ha puesto muy de buen humor.

Trago saliva rápidamente.

Estoy ante un gobernador y un jefe de policía, muy cerca de decir adiós a mis sueños americanos. Mi piel morena debe estar tan pálida, ya que no siento la sangre correr en mis mejillas. Miro al suelo, avergonzada, sin saber qué decir.

— ¿Algún problema aquí, Aaron? ¿Estoy estorbando? — El jefe de policía me mira.

— Señorita? — El gobernador también me mira. Aparentemente, se divierte con mi incomodidad.

— ¿Sí, vossa excelência?

Aaron no oculta la sorpresa por la cambio en mi vocabulario para hablar con él ahora.

—Pensé que mi nombre era otro. La señorita dijo otra cosa cuando habló en español, algo como hijo d...

— No, no dije nada. — Niego con la cabeza. — Debe haber entendido mal. — Como deseo desaparecer en este momento y enterrar mi cabeza en un agujero.

— ¿Habla español, señorita? — Pregunta el jefe de policía. — La organizadora de la fiesta es argentina, pero no entiendo nada de lo que ella dice. ¿Podría ayudar a mi esposa a comunicarse con ella?

Verán que no soy americana y me deportarán a casa. Y todavía responderé a un proceso. Mi voz no sale. Intento hablar, pero no puedo.

— Parece que el español de ella no es tan bueno para comunicarse como para insultar a alguien en ese idioma.

¡Infierno! ¿Entendió lo que le dije?

— Ya me voy. Espero que le gusten las fotos de sus hijas. Con permiso, su excelencia. Señor.

El jefe de policía asiente amablemente, pero Aaron no tanto. Me desconfiá, como si pudiera olfatear que soy una mexicana viviendo ilegalmente en el país más poderoso del mundo, en el estado que él gobierna. Tropezó dos veces con la hierba. Debo haber olvidado cómo caminar. ¿Están mirándome? Porque algo me dice que Aaron lo está.

¡Maldición! No puedo quedarme ni un minuto más en esta fiesta. Busco a Audrey por todos lados. ¿Dónde se habrá metido? La llamo varias veces. Sin respuesta. Me escondo junto al castillo inflable, porque no puedo dejar que ese hombre me vea otra vez. Lo insulté en otro idioma y hablé mal de él a sus espaldas, para la niñera de sus hijas. Me pregunto si escuchó, para estar tan furioso por unas fotos.

Sus hijas deberían llevar una cartulina que advierta que no pueden ser fotografiadas.

Estoy temblando de pies a cabeza, todavía con el olor a esa fragancia amaderada impregnado en mis narinas.



— Olvidé avisar que no podíamos tomar fotos de las hijas del gobernador — comenta Audrey.

— ¡Ja! — me río, muy molesta. — ¿Y solo ahora me lo dices? ¿Después de que descubrí por mi cuenta que podría haber sido arrestada? Incluso insulté al hombre llamándolo idiota.

— ¿En nuestro idioma?

— No, en español.

— Espero que él no sepa lo que dijiste.

— Eso espero. — Llevo la mano al pecho.

Tomo un poco de té para intentar relajarme, después de un día tan lleno como este.

Me fui adelante, justo después de encontrarme con Audrey y decirle que necesitaba ir a casa urgentemente. La esperé llegar y discutimos como mejores amigas que se aman.

— Deberías conocer la cara del gobernador.

— No me vengas con sermones. Tú tampoco sabes nada de política. — Ella realmente no sabe. — Él podría haber descubierto que soy inmigrante ilegal. ¿Crees que él habló con un jefe de policía, analizándome para saber si tengo miedo de su presencia?

Gallo idiota, gobernador.

— Escribe una publicación insultándolo. Haz una ofensa de forma anónima en X.

— ¡Vete a la mierda! — cierro la puerta de mi cuarto.

Necesito un poco de paz. Cuando recuerdo la vergüenza que pasé, solo quiero llorar.

— Mañana trabajo duro en el club, ¿sabes? Es el cumpleaños de alguna figura importante. Será una fiesta privada, y vamos a ganar muchas propinas — grita la rubia desde el otro lado de la puerta.

La vida sin esfuerzo nunca existió para mí. Necesito ganar bien mañana sirviendo mesas, para poder juntar parte del dinero de la deuda. Dependiendo del evento, puedo recibir hasta mil dólares de propina. Espero que mañana sea otra noche así.

Capítulo 3

ELLA

El estado de Minnesota está una hora adelante en relación con Ciudad de México. Cuando el reloj marca las 6 de la tarde de un domingo, en mi corazón late la misma hora, es decir, las 5 de la tarde. Hubiera llamado antes a mi familia, pero pasamos mucho tiempo seleccionando las fotos para enviar a la familia de la

cumpleañera, para que ellos las eligieran y así comenzar el trabajo de edición.

Por tener mi cuarto grande, aquí caben una pequeña mesa de escritorio y dos sillas gamer. Usamos la habitación como nuestra oficina, para editar las fotos en la laptop.

— Si no fuera por ese hombre, tendríamos más fotos bonitas para enviar — comento.

— Necesitamos otro disco duro para mañana. Esta semana, tendremos otro evento importante. Ellos pagarán 2 mil dólares por las fotos.

— ¿Quiénes son tus contactos? Aproximadamente, son buenos, ¿verdad?

— Un ex obsesionado conmigo, que trabaja en publicidad. — Realmente, es verdad. Río. — Soy inolvidable, Ella. Quien me tuvo una vez, no puede vivir sin mí. Hasta mis exnovios lloran de nostalgia.

— ¿Sabes qué? Voy a preparar un té. Aún no dejo de pensar en el gobernador. Qué mancada, Audrey. Podría estar siendo deportada en este momento.

Dormí, desperté y no conseguí olvidar el mal rato que pasé. Otro así, y tendré un ataque cardíaco.

— Él es buenote, ¿verdad?

— ¿Cómo sabes eso?

— Mira, toda atrevida, no lo negó — ella se burla de mí, y no me parece nada gracioso. — Busqué algunas fotos de él. — Abre la sección de imágenes de Google. — Mira esa foto. Qué hermoso es su Excelencia.

Por curiosidad, la miro. Lo veo en una foto publicitaria de campaña. No se parece en nada al idiota maleducado que conocí. Si es capaz de engañar a su propio electorado, es un buen actor, pero no creo que sea conocido por su simpatía, ya que nunca sonríe en ninguna de las fotos que Audrey me muestra. La que más le gustó

es una donde él viste pantalón social y camisa negra, como si fuera un príncipe encantado, según ella.

— Parece un príncipe árabe.

— ¿Desde cuándo conoces a algún príncipe árabe?

— ¿Recuerdas que me salió un novio indio? Él es casi árabe.

— En realidad, son muy diferentes, empezando por las costumbres y la religión. Pero eso no importa, sí, me acuerdo. Ese hombre quería casarse contigo después de solo un mes de noviazgo. Te regaló un collar de oro y llevó a su madre a la pedida. Tú fingiste desmayarte para escapar de esa cena. Para tu suerte, yo estaba contigo.

— Me escondiste en la cocina del restaurante y dijiste que me había ido. Desde ese día, nunca más lo volví a ver.

— Solo me metes en problemas, chica. Ahora, cierra esa pestaña. Nunca más quiero ver al gobernador. Por suerte para él, no voto en este país, porque jamás le daría mi voto. Voy a preparar un té en la cocina.

— Haz uno para mí también — Audrey grita cuando ya estoy en la cocina.



Puedo la uniforma que voy a usar para trabajar: pantalones clásicos, una camisa social y un delantal encima. Mi cabello, lo dejo atado en una coleta. Audrey ya está lista. Le puse la uniforme primero, porque ella no sabe hacer este trabajo doméstico.

Salimos de casa a las siete de la noche, listas para enfrentar otra larga noche de trabajo. La última fiesta privada fue de un juez importante, casado, que recibió muchas chicas en su camarote

privado. En eventos como ese, la discoteca no abre para el público, solo para quienes participarán en la fiesta. La lista muestra que será un evento cerrado para 15 hombres y 20 bailarinas. Entre ellas, modelos y acompañantes de lujo. Será en un camarote exclusivo, en el piso antes de la azotea, que llamamos Red Night, porque la mayoría de las luces allí son rojas, refiriéndose a un tono de sensualidad, igual que la música que se escucha.

Las chicas empiezan a bailar. Esas noches son muy deprimentes para mí, ya que la gran mayoría de los hombres tratan a las chicas como si fueran desechables. Después de usarlas, les pagan y actúan con desprecio por trabajar en este ramo. Son unos hijos de puta.

El reloj marca ahora las 21:30. Muchos de los invitados ya llegaron y están sentados en sofás y sillones de cuero. Hay mesas de rincón en el salón. Donde ellos están, las luces están más tenues intencionadamente, para no ver sus rostros. Además de Audrey y yo, trabaja otro camarero, y hay unos 20 guardaespaldas aquí.

Esas noches suelen ser tranquilas para nosotras, a menos que pase algún viejo sucio preguntando cuánto cuesta la noche para estar con nosotras. Ya pasó algunas veces. No podemos hacer nada más que recordar que las bartenderas no están incluidas en el paquete de diversión.

Audrey fue a servir la primera ronda. Cuando ella regresa, parece tener muchas novedades. Y Kevin ya fue a servir la siguiente. Normalmente, yo me quedo detrás del mostrador, preparando las bebidas.

— Cuéntame — pido.

— Parece que el cumpleañero no está muy feliz con las chicas del pole dance. Sus amigos lo trajeron a la fuerza, diciendo que era una reunión de negocios, y él aceptó venir.

— ¿Reunión de trabajo en una discoteca?

— Sucede, sí. ¿Te olvidaste, tonta?

— La verdad, ya vi algunas. ¿Quién es el pez gordo?

— No puedo decir. Solo escuché a dos hombres hablando mientras servía.

Interesante.

Nos detenemos a charlar. Otro grupo de chicas se presenta, y estas están dispuestas a quitarse la ropa y bailar desnudas, ante todas esas miradas de depredadores. No sé si podría trabajar como ellas. Sé que ganan mucho dinero y que, si lo hiciera solo una vez, podría pagar toda la deuda de mi familia. Pero, si descubrieran, mi madre y mi hermana morirían de vergüenza de mí.

Paguen muy bien a las mujeres que quieren satisfacerlos por una noche. Escuché de una que ganó un millón de dólares de un CEO británico. Las voces en mi cabeza me llenan de ideas. Si lo hiciera una sola vez, sería suficiente para irme de Estados Unidos y establecerme en México, donde nadie sabría nunca qué hice.

Un multimillonario dispuesto a pagar caro por tenerme una noche, y todos mis problemas estarían resueltos. Audrey propuso una vez que nos inscribiéramos en un sitio de acompañantes de lujo, pero nunca tuve valor. Sin embargo, nunca necesité tanto como ahora.

¡Oh, cielos! Estoy volviéndome loca. No podría hacer algo así. ¿Podría?

La única vez que intenté tener sexo fue con Kalyo, un compañero de la universidad que me invitó a ver una película en su cuarto del campus. Acepté, empezamos a besarnos y nos quedamos sin ropa. Cuando él colocó el condón, simplemente, dijo que no podía hacer eso y me dejó desnuda en su cama, saliendo del cuarto con el pene erecto. Descubrí después que él era gay. Me contó que se acercó a mí para poner celoso a su novio. Ellos tenían una pelea porque su pareja quería ser asumido, y él no tenía valor.

Todo bien para mí, porque no me gustaba, solo quería perder mi virginidad. Eso fue poco antes de que dejara la universidad. Nos hicimos amigos y todavía seguía con mi idea de la virginidad.

Preparo un trago para el cliente que vino personalmente a pedirme en el mostrador y fue al baño. Mis compañeras están sirviendo, y puedo verlas desde lejos. Exprimo el limón en el vaso para darle un toque más cítrico a la bebida, como el cliente exigió.

Estoy de espaldas a la zona de visión del salón, cuando escucho una voz muy animada.

— Necesitas una mujer, amigo. Mira a tu alrededor cuántas mujeres bonitas. Si fuera un hombre soltero, estaría haciendo la fiesta, pero como soy casado y amo a mi mujer, estoy aquí apoyando para que te diviertas con ellas.

—¿Tu mujer sabe que organizaste una fiesta así para mí?

¿Esa voz... dónde la he oído antes?

— Mi mujer confía en mí y sabe cada paso que doy. Prometí volver a las once — se expresa, con mucha convicción.

Aplaudo el tipo de relación en el que la mujer sabe que el hombre está en un lugar de perdición, como diría mi abuela, y, aun así, permite que él se quede para celebrar el cumpleaños de un amigo.

— No cambies de tema. Tu cumpleaños es, amigo. Aprovecha lo más hermoso que tienes a tu alrededor: mujeres. Escoge una o dos, pásala bien una noche y haz un buen cheque. Mañana será un nuevo día. Agradece por la fiesta.

— No te pedí una fiesta de cumpleaños, y la mayoría de estos hombres no son mis amigos, solo están aquí por las mujeres.

Qué tipo más aburrido. El amigo prepara una fiesta para ti, y no agradeces. Personas así me sacan de quicio. Si pudiera ser grosera, sería en este momento. Debo preguntarles si quieren algo de beber, ya que están sentados en las banquetas, listos para pedir algo. Fuerzo una sonrisa, como exige mi trabajo.

— Buenas noches, señores. ¿Desean pedir alguna bebida?

Primero miro al hombre de la derecha, que no me resulta extraño, y cuando miro a su amigo malagradecido, quiero ser

enterrada viva. Sus ojos chocan con los míos al mismo tiempo y lo reconozco inmediatamente. Creo que él también me reconoce, porque muestra una expresión de sorpresa al verme aquí. Es el gobernador de Minnesota, el hombre que se llevó mi disco duro y que casi llamó a la policía porque fotografié a sus hijas.

Trago saliva y lo observo unos segundos, paralizada, sin reacción. Ni siquiera entiendo lo que dice el otro hombre. Creo que está pidiendo una bebida. Tendré que pedirle que repita, cuando mi alma vuelva al cuerpo. Mi shock por ver a Aaron y a su amigo jefe de policía juntos hace que deje caer el vaso que tenía en las manos. Los vidrios se dispersan en el suelo, junto con la bebida que moja mis zapatos.

— Cuidado de no lastimarse, señorita — dice el amigo del gobernador con amabilidad.

Respiro profundo y me agacho de inmediato para empujar los vidrios con la escoba que guardo aquí abajo para casos así. Los dejo en un rincón donde nadie pueda pisarlos, para que pueda recogerlos después.

El otro cliente, que salió del baño, vuelve por su bebida.

— Sucedió un imprevisto, pero prepararé otra bebida ahora mismo y la llevaré para el señor.

— Sé rápida, señorita — pide de manera brusca.

Asiento y él se va al lugar donde estaba.

Atontada, sin saber qué hacer primero, encuentro una fuerte atracción que me hace quedar atrapada en la inmensidad oscura que es la mirada azul de Aaron. Su mandíbula está apretada, pero, por un milésimo de segundo, pude ver una ligera sonrisa formarse en su rostro. Se divierte con mi confusión y mi vergüenza al mismo tiempo. ¿Tenía que ser él justo en esta noche? ¿Un día después de que pasé el mayor miedo de mi vida con él?

— Ya vuelvo, Aaron. Mi mujer me está llamando — dice el jefe de policía, dejando que nos quedemos solos en el mostrador.

Aaron apoya los codos en la madera y no puedo dejar de seguir sus movimientos con atención. Él es el cumpleañero de la noche, por lo que escuché. La pulsera de plata en su muñeca es una pieza que exuda poder y riqueza. Él logra ser atractivo incluso usando una camisa de botones, que considero una enemiga de la moda. Aaron me mira todo el tiempo, sin decir una palabra, mientras veo cómo recojo los vidrios del suelo, que derribé por él. Después de tirarlos a la basura, vuelvo a mi puesto, intrigada por saber por qué tanto él me mira.

— ¿No vas a preguntar qué quiero tomar?

— Claro que sí. — Miro mis dedos. — En realidad, ya pregunté. Tu amigo respondió, pero tú no. — Fijo mi mirada en la suya y siento una confusión intensa en el estómago.

— Siempre con una respuesta mordaz al final.

Es el cumpleaños del gobernador del estado, y no puedo irritarlo, aún más con su amigo, jefe de policía, presente en el lugar. Trago la molestia de verlo otra vez. Ahora tendré que ser amable y atenderlo.

— ¿Qué desea usted, su... Excelencia? — tartamudeo, nerviosa.

Ahora, sí, lo veo sonreír de lado. Una sonrisa modesta, pero aún así, una sonrisa.

— Estoy sorprendido. Pensé que eras fotógrafa, Ella.

Me sorprendí cuando dijo mi nombre, pero pronto recordé que está escrito en la placa de mi uniforme.

— Soy fotógrafa profesional, pero esa no es mi única fuente de ingresos. La vida no es un lecho de rosas para todos, señor gobernador — tengo un poco de ironía en la voz; algo casi natural para personas incómodas como él. — Necesito trabajar en lo que surja para mantenerme y pagar mis cuentas.

— ¿Tienes problemas financieros? — pregunta, algo curioso. Pero no es solo curiosidad, parece tener algo más detrás de su

cuestionamiento.

Me quedo en silencio, avergonzada. Es un hombre de muchos recursos y poder. ¿Qué haría? ¿Llorar y pedir ayuda?

— Perdón si fui descortés.

— No necesita disculparse. No en su cumpleaños. Era lo que me decía mi abuela: que nadie está equivocado en el día de su cumpleaños. — Encogí los hombros.

— Mi cumpleaños — dice, ni siquiera animado.

— ¿No te gustan los cumpleaños?

Le toca a él guardar silencio. Solo me doy cuenta de lo que hice después de hablar. Claro que no puedo ser cercana con el gobernador.

— Lo siento. Olvida lo que dije. ¿Qué deseas realmente?

— Un whisky fuerte.

Le sirvo una copa del whisky más fuerte que tenemos, y él bebe todo de un trago, demostrando ser muy fuerte para el alcohol. Es como si bebiera para olvidar sus problemas.

— No me gustan los cumpleaños — admite. — Pero tú pareces ser del tipo que le gusta.

— Sí. Me encanta mi cumpleaños, poder estar con mi familia, pero ya no lo celebro tanto como antes, porque mi familia está lejos.

— Lamento mucho.

Si él es un hombre casado y no le gusta celebrar su cumpleaños, ¿qué hace en un lugar como este? No parece estar interesado en las chicas que bailan desnudas, sin embargo, solo de haber dejado a sus hijas en casa y a su esposa, en lugar de celebrarlo con ellas, da una pésima imagen.

— Sé que no debería decir esto, pero si no estás disfrutando la fiesta, ¿por qué no te vas a casa? No deberías seguir el consejo de tu amigo. Por la alianza en tu dedo, eres un hombre casado. No deberías divertirte con esas chicas solo porque es tu cumpleaños. Y

como dices que no te gusta celebrar... — Me escucha atentamente. — En tu lugar, estaría ahora en mi casa, con mis tres lindas hijas y mi hermosa esposa. — Supongo que el cabello rojo de las chicas es de su madre. — Perdón, pero oí cuando el jefe de policía te dijo que te divirtieras. Creo que sería incorrecto.

Cuando me di cuenta, ya había hablado.

Él golpea la copa dos veces en la mesa, indicando que quiere que le sirva más bebida, y eso hago. Me preparo para escuchar alguna grosería, sin embargo, él no dice nada y no se altera. Creo que hablé más de lo que debería, pero él no dice una palabra, solo bebe un poco más de la bebida. Ya preparé la bebida del otro señor y le pedí a Kevin que se la sirva.

Audrey solo toma una bandeja y dice, sin notar la presencia del gobernador:

— Creo que, esta noche, haremos buena plata en propinas. Mi parte, te la daré, como te dije. Tú podrás, amiga, ahorrar el dinero que necesitas. Fuerza.

Sonrío, agradeciendo por el apoyo que ella me da.

Creía que Aaron no había oído, hasta que habla, rasposo:

— Señorita, ¿realmente necesitas tanto dinero?

Aaron, sosteniendo el vaso entre la boca y la mano, muy cerca de su rostro, es una hermosa muestra de belleza. Es muy bonito.

Estoy muy avergonzada de que haya escuchado lo que mi amiga dijo.

— ¿Oyó todo?

— Oí — responde, seco. — ¿De cuánto necesitas?

— ¿Por qué me preguntas eso?

— ¿Cuánto? — refuerza.

— 30 mil dólares.

— Te hago un cheque ahora mismo a tu nombre.

Mi corazón latió con fuerza cuando dijo eso. ¿Me ayudará?

— ¿Un cheque a mi nombre? ¿Por qué? — Él no responde. — Espera... ¿Me dará el dinero a cambio de qué? — pregunto, temerosa.

— Te doy todo el dinero que necesites si aceptas pasar una noche conmigo.

Son 30 mil dólares en juego, el dinero que saldría de nuestra deuda en México. Mi madre no perdería la casa, mi hermanita no sufriría por un cambio de hogar y yo podría vivir unos meses más en Estados Unidos, hasta ahorrar un poco más para poder volver a casa. Esa propuesta es maliciosa y me hace sentir como si fuera una prostituta. Eso me llenaría de vergüenza por el resto de mi vida.

Sus ojos seductores y dominantes esperan una respuesta. Me dejó sin sentido. Mis mejillas arden.

— Solo una noche, y pagaré toda tu deuda.

Perder mi dignidad por un bien mayor, ¿valdrá la pena al final? Trago todo mi orgullo. Él fue grosero y maleducado conmigo, pero será la salvación de los problemas de mi familia. Lleno de aire mis pulmones. Mi corriente sanguínea arde y tiemblo de pies a cabeza. Tomé una decisión.

— Acepto.

La expresión en su rostro es sombría. No puedo creer en lo que voy a hacer: pasaré una noche con el gobernador de Minnesota.

Capítulo 4

ELLA

Aaron se quitó la chaqueta que llevaba sobre la camisa de botones, sin decir una palabra. Todo el trayecto duró aproximadamente diez minutos, hasta que salimos de la discoteca y llegamos a un edificio de lujo. Primero pensé que me llevaría a un motel, ya que pasamos por la entrada trasera y el coche solo se

detuvo en el garaje. Entramos en el ascensor de acceso privado y llegamos hasta el apartamento en la azotea. Solo entonces me di cuenta de que aquí no era un motel.

No sé qué me impresiona más: si este lugar o todos los guardias que nos acompañaron hasta el garaje. ¿Acaso todos esos hombres imaginan lo que va a suceder aquí? Me moría de vergüenza.

Mis ojos observan todo a mi alrededor. Las puertas del ascensor están abiertas, mostrando una sala amplia, más grande que todo mi apartamento. Los detalles son en tonos pastel, el sofá en el centro más parece una cama por su tamaño, y la televisión parece más un cine en pantalla grande.

Mis manos están sudando mucho. El gobernador no ha dicho una sola palabra desde que acepté pasar la noche con él. En un momento, pensé que se había ido, hasta que su guardaespaldas vino a decirme que su jefe me estaba esperando en el garaje de la discoteca. La mayoría de los hombres ya se habían ido, solo quedaban cinco, por lo que Kevin y Audrey se encargarán del trabajo. La vieja excusa del dolor de cabeza nunca falla.

No tuve tiempo de cambiarme. En cuanto salí del lugar, vine para acá, usando mi uniforme de trabajo. Aún no sé por qué acepté pasar la noche con un hombre casado, y además, con el gobernador del estado. Mis piernas están más débiles que varas verdes. ¿Qué hago aquí? Aún hay tiempo de salir corriendo. Pienso en eso justo cuando escucho cerrarse las puertas del ascensor.

Mi madre moriría de vergüenza por la hija que tiene. Me estoy vendiendo por dinero. Es por una buena causa, pero eso va en contra de los principios morales de mi familia. En una era en que muchas personas ganan dinero en OnlyFans y posan sin ropa para grandes empresas, debería considerarlo normal. No juzgo a quienes viven así, pero a mí no me sería posible. Ni siquiera sé si puedo estar con Aaron Maxwell, aunque solo sea por una noche. Conocí a sus hijas, las trillizas más hermosas que he visto en mi vida. La madre ni siquiera debe imaginarse que el respetable gobernador de

Minnesota, en este momento, está pagando 30 mil dólares para acostarse con una joven.

Aaron ya tiene unos 40 años, es viril, fuerte y musculoso; un hombre que hace que cualquier mujer quede con la braguita mojada. Miro su belleza y en este momento siento muchas cosas, además de un poco de inseguridad por nunca haber probado esa fruta. Pero él puede despertar un fuego que arde en mis venas. Por ese fuego, todavía no me he ido.

El fuego prohibido. El deseo prohibido.

El señor gobernador se acerca a un rincón de la sala. ¿Pensando en servirse otra copa? Coloca su celular sobre el mostrador de la pequeña bodega que hay en la habitación. Este lugar parece muy íntimo y escondido, como si solo él viniera aquí.

Pobre esposa; en casa, sin saber lo que está a punto de suceder. Nunca pensé que sería el tipo de mujer que se relaciona con un hombre casado. Sin embargo, este pecado no será solo mío. Aaron parece tener un gran peso sobre sus hombros. Lo noté desde la primera vez que lo vi. El pecado es más suyo que mío, y es él quien tiene mucho que perder, no yo. Si no fuera por mi familia, jamás estaría en esta situación.

— Quítate la ropa — ordena Aaron.

Su tono fue muy brusco. ¿Actúa así siempre, o solo con las mujeres a las que paga por salir?

No tengo reacción. Él ya se sirvió otra copa de bebida y la tomó. El hombre es muy fuerte con el alcohol, mientras que yo me mareo solo por olerlo. Él no puede esperar que me quede desnuda en medio de la sala, a unos seis o siete metros de distancia, para poder analizarme como una mercancía recién llegada. Quedo en silencio, mirándolo fijamente. Él no es del tipo paciente.

¡Dios mío! ¿Dónde he terminado?

Sus ojos azules encuentran los míos, rebosantes de lujuria y deseo. Es algo más como un deseo que, desde hace mucho tiempo, había estado reprimido.

— No puedo hacer esto... — humedezco los labios, mirando al suelo. Mi pequeña mochila que llevaba en la mano cayó al suelo. La solté, pero ni siquiera lo sentí.

— No suelo hacer esto.

— ¿Eso qué? — Me dejó confundida.

Aaron suelta su copa de bebida y viene tan rápido como un toro enfadado hasta donde estoy. El león viene hambriento. Tan hambriento que no me da tiempo a decir nada más. Su mano agarra mi barbilla, tirándome hacia él, sus labios quedan muy cerca de los míos y me besa con tanta pasión que me deja sin fuerzas. Su lengua invade mi boca sin vergüenza y su otra mano tira de mi cintura, pegando nuestros cuerpos. El sabor a whisky en su boca me embriaga y su beso me deja sin aliento y sin saber qué hacer.

¿Él suele hacer qué? ¿Besando a las amantes?

Nunca nadie me había besado con tanta seducción, provocando suspiros en mi garganta, ni me había hecho temblar con un beso. No es por miedo o recelo, sino porque él me hace sentir calor por todo el cuerpo, especialmente en ese lugar. Siento cuando su mano suelta mi coleta, haciendo que mis mechones caigan por mi cuello, debajo de los hombros.

Puedo notar claramente la experiencia que tiene. Él sabe qué hacer. Ese beso, además de seductor, irradia pasión, como si fuéramos dos amantes enamorados.

Me asusto cuando Aaron me levanta con facilidad, haciendo que me agarre a él alrededor de su cuello. Sus manos sostienen todo mi peso en mis caderas. Suspiro, abro los ojos. Él me lleva por un pasillo, abre la siguiente puerta, por donde entramos, y luego la cierra, besando mi cuello y oliendo, trazando un camino tentador de besos. A cada respiración suya allí, siento que mis piernas me llevarán al suelo. Me pongo de puntillas para poder estar más alta. Él es muy grande.

— Que delicioso olor tienes, Ella — su voz sale ronca, con furia. Si a él le gusta, ¿por qué eso le enoja tanto?

Siento que puedo llegar a disfrutar solo con el toque de sus manos debajo de mi blusa, en mi cintura, y con su boca en mi cuello. Aprieto mis piernas una contra la otra. ¡Mierda! Gimo, ronca, con la deliciosa sensación de estar siendo tocada por ese hombre sexy.

— Ahora pareces menos tensa — dice en cuanto abro los ojos. Tiene su mirada fija en la mía. — ¿Puedo seguir? ¿O quieres parar?

Cómo me pregunta eso ahora, cuando mi intimidad late, queriendo que él esté dentro de mí, duro y fuerte. Respiro profundo. No sé cómo decirle que quiero seguir.

Sus labios están en un tono de rojo sangre por el beso. No puedo controlar mi deseo de besarlo y, una vez más, me pongo de puntillas.

— No quiero parar, señor gobernador — digo decidida.

En ese momento, ya nada más me importa, solo quiero que él me toque con toda la virilidad que tiene. Aaron toma mi mano, uniendo nuestros dedos de una manera deliciosa. Es como si nos conectáramos con eso. Con la otra mano, siendo muy ágil, logra abrir el cierre de mi blusa por detrás, facilitando el proceso de quitarla, dejando que quede en sujetador. Cuando empieza a abrirlo, cierro los ojos, volviendo a ponerme tensa, y respiro profundamente una vez más. Cuando intenta bajar las tiras de la prenda, junto nuestros cuerpos, escondiendo mi rostro en su pecho, avergonzada.

— No me prives de la hermosa vista de tus pechos. — ¿Fue un tormento?

— Estoy muriendo de vergüenza. Ya que vamos a hacer esto, ¿puede ser con la luz apagada? Por favor — prácticamente gimoteo.

Me gustaría ver su expresión ahora. Vería si no tuviera la cara metida en su pecho. Lo que escucho son los latidos de su corazón, que está tan acelerado como el mío. Siento que ambos laten en sintonía.

— ¿Cuál es la gracia de hacerlo con la luz apagada?

— No lo sé. Nunca lo he hecho con la luz encendida ni apagada. — Ya era hora de decirle que soy virgen.

Dejo de esconderme y busco sus ojos. Él me mira, intrigado, queriendo una respuesta más clara.

— ¿Me estás diciendo que eres virgen, Ella? — El peso de su voz siempre me hace temblar.

— Sí. ¿Eso es un problema para ti?

— No es un problema, al contrario, saberlo solo me hace más lascivo, pequeña. — Aaron realmente se excitó más después de que le dije que soy virgen y está un poco pensativo. — Ella, entenderé si no quieres, si no te sientes preparada...

— No... Quiero, sí, pero no puedo negar que tengo miedo.

— ¿Qué te da miedo?

— La alianza en tu dedo.

Él mira la alianza en su dedo, y la intensidad en su mirada es evidente. Esa alianza tiene un significado importante y especial, sin embargo, en casos de infidelidad, lo correcto sería, al menos, quitársela del dedo. Pero no es como si eso mitigara la catástrofe que supone ese acto.

— ¿Realmente no sabes?

— ¿No sé qué?

De alguna forma, me estudia.

— Ella, quiero muchísimo pasar una noche contigo, pero si no quieres, solo dime...

— Quiero, sí — afirmo, decidida.

— Genial, porque yo también lo deseo mucho. Desde la primera vez que te vi, imaginé cómo sería enterrar mi polla en tu coño. No tienes idea de lo que despertaste en mí. Me vuelves loco. ¿Puedes sentirlo?

Lo sentí desde el primer instante en que nuestros cuerpos se rozaron. Él está muy duro, como una roca. Noté que es grande y

voluminoso. En los ojos de Aaron hay una locura que no puede controlar. Trago saliva, observándolo morderse el labio de manera seductora. Baja la mano por mi escote, y ya no impedimos más que saque mi sujetador. Y eso es lo que hace, con la visión de mis pechos expuestos. Considero que mis pechos son de tamaño pequeño para mi tipo de cuerpo. Su boca suculenta desea tenerlos.

Aaron sostiene el peso de mis pechos con sus manos, y sus ojos brillan por tenerlos así.

— Son hermosos.

— ¿De verdad?

— Mucho. — Él fija su mirada en la mía, haciéndome paralizar ante su deseo inmenso. Su hambre por mi cuerpo es enorme.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando me chupa un pezón con su boca cálida y voraz, haciendo un delicioso pop. Luego, sin perder tiempo, hace lo mismo con el otro.

— Sabes tan bien, pequeña Barbie

. ¿Pequeña Barbie? ¿Qué significa eso? ¿Tiene algo que ver con la muñeca Barbie?

Una de sus manos se desliza por mi vientre, hasta los botones de mis pantalones. Los abre uno a uno, besando mis labios de nuevo con ardor. Su habilidad para deshacerse de mi ropa me sorprende. Los pantalones se deslizan por mi cintura y bajan hasta tocar el suelo. Me separa de la prenda y me admira en tan solo mis bragas, casi completamente expuesta. Aaron tiene una fascinación inusual en sus ojos. En un movimiento rápido, se quita la camisa, mostrándome todos los músculos que ya imaginaba que tenía y muchos más. Sus abdominales son increíbles, están tan definidos. Me relamo los labios, emocionada por lo que veo.

Me da un beso intenso y me tumba en la cama, justo en el centro, se sube encima de mí y me levanta los brazos por encima de la cabeza. Sujetando mis muñecas con firmeza, baja la boca hacia mis pechos, jugueteando con ambos. Saborea mis pezones húmedos. Nunca he sentido tanto placer como ahora. No se

compara con mis juguetes sexuales. Cuando junta nuestras caras y me susurra al oído lo excitada que estoy, me hace gemir como una loca.

Aaron se mueve un poco más abajo en la cama y creo que va a quitarme las bragas con cuidado, pero las rasga por un lado y luego por el otro. ¿Qué? ¿Cómo voy a irme a casa sin bragas? Descubre toda mi intimidad, que es suave, y parece que le gusta. Luego deja un rastro de besos que empiezan en mi ingle y llegan a mi boca. Mirándome a los ojos, desliza sus dedos en mi coño, notando lo mojada que estoy, y dice:

— Ni siquiera he empezado con las caricias, y mi Ella ya está tan mojada que casi parece que se ha corrido. Tu miel está calientita, cariño.

Cuando me llamó "mi Ella", sentí cosas que nunca antes había sentido. Mi corazón se aceleró como nunca. "

— Dime: ¿seré el primer hombre en darte orgasmos?" —

Asiento. "— Déjame saborearte hasta chupar toda tu miel".

Sonrío, avergonzada. Nada es más tentador que tener al gobernador de Minnesota devorándome como si fuera un delicioso caramelo. Primero Aaron me chupa los pechos para tentarme un poco más, y luego recorre mi vientre con su cálida lengua hasta llegar al punto que deseaba. Sus dedos masajean mi clítoris, haciéndome gemir como una perra. Cuando me chupa el coño con la boca, aprieto las manos con fuerza sobre la sábana, la más suave en la que he dormido.

Mis caderas se elevan cada vez más. El gobernador sabe lo que hace. Lame mi clítoris con tanta destreza que quiero gritar su nombre a gritos, desesperada, de forma deliciosa. Su lengua húmeda y cálida es capaz de hacerme delirar con esos movimientos circulares en mi coño. Poco a poco, pierdo la vergüenza de gemir. Ahora entiendo lo que es disfrutar que te traten como una pequeña zorra. Aaron es muy listo; me dio confianza, solo para hacerme delirar en su cama.

Él puede hacerme lo que quiera, y no haré nada para detenerlo. Nunca pensé que me encontraría en esta situación, gimiendo, cada vez más cerca de correrme en su boca. No se detiene, solo intensifica sus movimientos, apretando mis muslos y dejándome claro que le pertenezco por esta noche.

Para hacerlo todo aún más placentero, Aaron introduce un dedo en mi canal, y luego el otro, masajeándolo. Sus paredes están tensas, a punto de colapsar. Necesito correrme con todas mis fuerzas, y él desea que me corra con todas mis fuerzas, que pruebe mi miel. Sin ninguna vergüenza, me abro tanto como puedo, hasta que siento que todo lo que he estado reteniendo va a salir. Todo mi cuerpo arde y mi corazón se acelera. Todo ese placer se extiende por mi cuerpo y me corro, sintiendo que me voy a desmayar de las sensaciones.

Aaron continúa entre mis piernas, besando mi palpitante intimidad. Está embriagado por mi olor y loco por mi sabor.

— Lo más delicioso que he tenido el placer de probar. — ¿De verdad soy la más deliciosa? ¿O se lo dice a todo el mundo? — Este es, sin duda, el mejor regalo de cumpleaños que he recibido. Tu miel está deliciosa, Barbie.

Cuando le pregunto qué significa su apodo, se levanta de la cama y se baja los pantalones, sin pudor ni vergüenza. Lleva calzoncillos bóxer que abrazan sus muslos musculosos. El hombre tiene músculos por todo el cuerpo. Cuando se desnuda, revelando el tamaño de su pene, me muero. ¿Cómo es posible que sea tan grande y grueso? Tiene una tercera pierna, que no es un pene.

Aaron abre el cajón de la mesita de noche y saca un condón extragrande. Al ponérselo, vuelve a la cama, encima de mí, sin apartar la vista de los míos. Parte de mi miedo se calma cuando me besa de nuevo, encajando su pene en mi entrada. Estoy bastante excitada y mojada, lo que facilita la penetración. Aaron no es paciente, pero su esfuerzo por no destrozarme de golpe demuestra su determinación. Le clavo las uñas en la espalda. Cuando siento un ligero ardor, se detiene y me besa apasionadamente. Levanto las

caderas para que pueda hundir su polla más profundamente, hasta que me penetra de golpe. En ese momento, me muerdo el labio.

No era nada del otro mundo, sentía un dolor soportable.

— ¿Está todo bien, mi pequeño?

Soy tu pequeño. Sonrío, atónita.

— Estoy bien, no te preocupes.

— Te daré unos segundos para que te acostumbres a mi anchura. ¡Dios mío! Solo quiero follarte como un loco —gruñe.

Cierro los ojos y me sorprende al instante cuando su mano me agarra firmemente el cuello. Abro los ojos al instante. El hombre parece estar poseído. ¿Qué le he hecho para que esté así?

— Cuando te folle, no cierres los ojos. Quiero verte gemir y gimotear de placer todo el tiempo. Ella, mi pequeño, ¿qué puedo hacer para no aplastar tu delicioso cuerpo?

—Por favor, sé amable conmigo —le suplico.

Mis ojitos deben de estar mostrando que temo algo

— Lo último que haría sería lastimarte, pero creo que te gustaría que te lastimara un poco. Te gustaría que te tratara como a una pequeña puta.

Aaron empieza a moverse dentro de mí, moviendo su polla lentamente. Entra y sale a un ritmo lento, haciéndome sentir espasmos y temblores todo el tiempo. No mentía cuando dijo que quería capturar cada momento de nuestro sexo.

— Y cómo tratas a tus amantes? —pregunto, curiosa.

— Te lo mostraré cuando te folle por segunda vez esta noche.

—¿Vas a follarme más de una vez?

—Toda la noche, Ella. Eres mi regalo de cumpleaños y solo te irás cuando salga el sol.

Aaron mete su polla más y más fuerte, envolviendo una mano en mis rizos y dejando que la otra se deleite en mis pechos. Jugando

con mis pezones, estimula aún más mi placer. La cama se mece. Está tan bueno que no puedo dejar de repetirlo en mi cabeza. Este hombre me hace sentir tan deseada que incluso me olvido del resto del mundo. Ahora solo somos nosotros dos. Él es mío y yo soy suya. Mete cada vez más fuerte. La bestia ha despertado. Una bestia que llevaba tiempo atrapada.

Aaron no paró hasta que me vio correrme, y se corrió enseguida, en el condón, gruñendo como un oso devorando a su presa.

— No creas que he parado, pequeña. Te voy a follar una vez más, y ahora te voy a mostrar lo que es ser tratada como una puta en la cama. Te quiero de rodillas.

Capítulo 5

ELLA

— Abre la boca así, cariño. Intenta tragar todo lo que puedas. — Aaron me abre la boca, metiendo dos dedos hasta que su polla cabe dentro. — Lame la punta, es más fácil para un principiante.— Me dedica una sonrisa traviesa. Es tan guapo, sensual y descarado

Me arde la cara ante su petición, que, en realidad, era más bien una orden. Acabamos de tener sexo y ya está erecto otra vez.

Su polla es enorme, grande y gruesa. Aaron está de pie, mientras yo estoy arrodillada en el suelo, como le dije. Mi corazón late con fuerza de nerviosismo. ¿Y si no le gusta? ¿Y si no sé cómo hacerlo? Cuando toco la carne de su miembro con una mano, emite un sonido incoherente. Sus ojos me perforan constantemente. No tengo ni idea de cómo hacerlo. Siendo honesta, acaba de follarme, pero me siento como si me hubiera pisoteado un elefante. Aun así, no puedo controlar la llama ardiente que es capaz de encender dentro de mí. Incluso cansada, quiero más, porque de alguna manera, sé que nunca lo volveré a ver.

Siento mariposas en el estómago y un nudo en la garganta, provocado por la inseguridad. Cierro los ojos y apoyo la punta de la lengua en su robusta punta. Las venas de su pene, gruesas y rojas, palpitan.

Aaron es blanco con cabello castaño oscuro. Es una tentación con forma de hombre. Su pene palpita en mi mano. Había visto un video sobre cómo hacer delirar de placer a un hombre, pero en la práctica es muy difícil y vergonzoso. Intento meter la punta de su miembro en mi boca, pero para hacerlo, tengo que abrirla bien, me duele la mandíbula. Es tan grande. Lo oigo soltar un gemido ronco mientras sus dedos recorren mi cuello, provocándome escalofríos calientes. Primero lamo la punta, intentando hacer movimientos circulares, mientras mi mano se mueve de un lado a otro, masturbándolo. Le gusta.

Repito los movimientos, y sus gemidos roncos me incitan. Intento tragarle toda la polla que puedo, pero no llego ni a la mitad. En un momento, casi me ahogo. Tengo la boca mojada con sus fluidos, y él me tira del pelo, enredándolo entre sus dedos, haciendo que mi cabeza también se mueva de un lado a otro.

— Ya está, joder... Lámeme, mi putita caliente."

Empuja su polla más adentro de mi boca. Cuanto más lo hace, más temblores siento en mi coño, que está húmedo y listo para

recibirlo.

— Vas a tragarte todo mi semen, como una buena chica", gruñe, acariciándome la cara, y luego vuelve a tirarme del pelo.

Gimo con picardía, y él me devuelve el gemido, furioso. El sexo le da tanta hambre que se siente como un animal rabioso. Mantengo la calma, y su miembro se endurece cada vez más en mi boca, incluso golpeando con fuerza. Tiene la mirada más lujuriosa del mundo, y se está descontrolando. Sintiendo su mirada fija en mí, siento cómo vierte su líquido caliente sobre mi lengua, que se desliza por mi garganta. El sabor salado baja, desgarrando y quemando. Me gustó mucho el sabor.

Para ser mi primera vez haciendo sexo oral, creo que lo hice bien. Puedo respirar hondo ahora que no tengo su polla en la boca. Incluso me dejaba sin aliento a veces. Aaron me acerca a él, apretando nuestros cuerpos. Sus manos me agarran el culo con fuerza, su nariz roza la mía y no dice ni una palabra. Le rodeo la cintura con las manos. Me dejó mareada después de correrse. Cierro los ojos un momento; me pesan los párpados. Estoy completamente absorta en las devastadoras sensaciones que me provoca. Su boca desciende, succionando mis pezones con devoción.

— Eres tan deliciosa, pequeña Barbie. Quiero sentirte de nuevo. Voy a follarte duro y fuerte. Mañana, probablemente te despertarás con las piernas temblorosas.

— Te quiero dentro de mí una vez más — se me quiebra la voz. "

— Te voy a comer —Levanta ese culo enorme, poniéndote a gatas en la cama con las manos en el cabecero.

Suspiro, cada vez más nerviosa. Quiere que esté a cuatro patas, en una posición donde esté completamente expuesta. Me muerdo el labio, contemplando su petición con inquietud. Aaron me besa los labios con lujuria, masajeando mi clítoris con los dedos, reavivando el fuego en mi coño. Solo él puede apagar este fuego.

— Sinvergüenza. A puerta cerrada, eso es lo último que puede existir. Te chupé el coño, me chupaste la polla, te quité la virginidad, ¿y todavía te da vergüenza?

—¿Sin luces apagadas? —No estaría de más preguntar.

— Aunque hubiera un apagón, encontraría la manera de tener algo de luz en esta habitación. Nada me privaría de ver tu gran culo frente a mí mientras te follo el coño, mi chica sexy.

Cierro los ojos, me dirijo al centro de la cama y apoyo las manos en el cabecero, a gatas, tal como me pidió. Lo deseo con todas mis fuerzas. Aaron, una vez más, se pone el condón. Lo último que quiere es dejarme embarazada. Es precavido. Lo cual es genial para evitar sorpresas inesperadas que ninguno de los dos desea. Si me quedara embarazada, sería malo para ambos.

Su pene entra en mi coño, deslizándose por mis paredes internas con más facilidad. Al principio, escuece un poco. Coloca sus manos en la curva de mi cintura, que es como un mortero.

—Te voy a follar sin piedad, Ella. Quiero que grites tan fuerte como puedas, pero que sepas que nadie más que yo oirá tus gemidos. Son solo míos. —El gobernador es un hombre posesivo.

Estoy sola con un desconocido, entregándole mi ser como una putita. Podría matarme, y nadie sabría dónde encontrarme. Una mezcla de lujuria y miedo me invade sin piedad. Como él dijo, sus embestidas se hunden profundamente en mi sexo, que palpita con su brutalidad. Así es como disfruta del sexo. Fue suave la primera vez, pero ahora no lo será. El calor me sube a la cabeza, excitándome por lo que me está haciendo. El hombre prácticamente me azota, dándome palmadas en el trasero, haciéndome gritar. Escuece muchísimo. Me tira del pelo y consigue abofetearme la cara. Es rudo, pero si llorara ahora mismo, sería de delirio y placer. ¿Cómo es posible?

— Ya no puedo contenerme, Ella. Eres mía. Siente mi furia. Has roto todas las cadenas que me sujetaban, y ahora tu coño es mío. Haré lo que quiera con él. Solo te irás cuando yo te dé permiso.

Escuchar su voz ronca me excita aún más. Podría matarme y ni me daría cuenta. Su pene palpita con tanta fuerza que ni siquiera cabe entre las paredes de mi canal, y su pelvis se frota contra mi trasero.

—Eres mía, Ella. ¡Solo mía!

Me he convertido en su prioridad. Lo dijo con tanta convicción que lo repito mentalmente una y otra vez, perdiendo todas mis fuerzas.

—Soy suya, señor gobernador.

—!Solo suya! ¡Solo mía!

Aaron entonces pierde el control y se corre. Empuja con tanta fuerza que no puede parar, ni siquiera después de terminar. Sigue moviéndose hasta caer de lado, llevándome consigo y abrazándome por detrás. Su miembro permanece duro y palpitante, listo para continuar. Me besa la oreja y susurra, lujurioso:

— Pasemos la mañana aquí. Serás mi desayuno

— Tengo que decirle a mi amiga que voy a dormir fuera, o podría salir en la tele y anunciar mi desaparición."

— Relajémonos en el jacuzzi. Tengo muchas ganas de chupar ese delicioso coño."

Me arde la piel, ¿y él quiere más sexo? ¿Qué está tomando para que tenga tanta hambre? No es normal. Nos acurrucamos un rato, escuchando solo el sonido de nuestra respiración.

— Nunca pensé que me volvería tan adicto al coño de una chica."

— "¿Crees que soy una niña? — Me giro para mirarlo, con sus ojos fijos en mí.

— No en personalidad. En edad, sí."

— Tengo 23 años, si quieres saberlo. No soy ninguna niña, Su Excelencia" — respondo, molesta. Algo que dije lo enfureció, y no puede apartarlo de su mirada.

— Tengo 40, Ella."— Frunce el ceño como diciendo "Yo gano", pero esto no es una competición. — Eres prácticamente una bebé, chica."

— "¿Crees que soy infantil solo porque tengo unos mechones rosas en el pelo? Eso no significa nada."

— Claro que no, pero te hacen parecer más joven. Confieso que siempre pensé que era de mal gusto que las chicas de tu edad llevaran mechones vibrantes, pero no en ti. Eres guapa, deliciosa, y tienes el beso más dulce que he recibido en mi vida."

— Seguro que has besado muchísimo, ¿verdad?", — le digo, y él sonríe con picardía. —Pero, si quieres saberlo, tu beso es el más delicioso que he recibido, aunque no he besado mucho."

Aaron sonríe, acariciándome la cara. Me pregunto si siempre es tan cariñoso con sus amantes. No puedo creer que un hombre como él pueda engañar a su esposa y que yo sea cómplice. No puedo evitar fijarme en el anillo que lleva en la mano. Verlo en su dedo me hace sentir increíblemente incómoda, avergonzada y culpable.

El jacuzzi es del tamaño de una piscina mediana, y la profundidad del borde me permite sentarme con el agua cubriéndome parte del pecho. Tengo la hermosa visión de él frente a mí, con la cabeza bien alta y los brazos sobre el borde. Nuestros pies se rozan en una deliciosa caricia. Cuando le escribí a Audrey para avisarle que no me quedaría a dormir, el reloj ya marcaba las 2:10 a. m.

Nunca había estado en un jacuzzi. Es tan relajante que siento que floto en agua poco profunda. La mirada de Aaron me quema constantemente. Nos preparó el lugar con antelación, dejándonos fruta para comer. Tengo tanta hambre que podría comerme mil fresas.

Suspiro, lamiéndome los labios, cuando me doy cuenta de que me está devorando con la mirada. Es la primera vez que me siento tan deseada en mi vida.

— Por qué me miras así? ¿Cómo qué? Como si estuvieras lleno de pensamientos impuros.

— Estoy teniendo pensamientos impuros. Pero no puedo follarte ahora, o acabarás en el hospital mañana.

— Si fuera al hospital, podría estar tranquilo, porque no mencionaría que fue el gobernador del estado quien me dejó así. Sería terrible para tu imagen de padre de familia. — Si eso le preocupa, puede estar tranquilo.

— Si algo así sucediera, me causaría muchos dolores de cabeza. Tengo una imagen que proteger. — Y como la tiene... está casado y es un hombre de familia. — Mi vida personal no puede interferir con mi trabajo. Además, soy muy competente y estoy dedicado a luchar por los derechos de nuestros ciudadanos.

— Debes vivir una vida muy vigilada, con todas las miradas puestas en ti. Tienes que ser el mejor del país, no puedes involucrarte en escándalos, y tienes que ser un padre ejemplar y un esposo amoroso. Si yo fuera tú, estaría viviendo entre la espada y la pared. Si los medios se enteraran de tus escapadas nocturnas, podrías tener las cosas muy difíciles, sobre todo si te presentas a la reelección.

— Estoy en mi segundo mandato. Pienso tomarme un descanso de la política para dedicarme a mis hijas.

— Una sabia decisión. Les encantará tener a su padre más presente. Daría lo que fuera por recuperarlo.

— ¿Murió?

— Sí.

— Lo siento mucho. Sé lo que es perder a alguien a quien amas.

Nuestra conexión, tanto sexual como abierta, se siente como si nos conociéramos de toda la vida. Esto revela una complicidad que nunca había sentido con nadie, ni siquiera con Audrey, ya que nos llevó meses confiarnos nuestros secretos. Estar con Aaron me da

seguridad, pero no puedo revelarle que soy inmigrante sin papeles. Esta es la última vez que estaremos juntos.

"— Aaron, ¿puedo decirte algo?"

— Lo que sea." "

— No me arrepiento de lo que hicimos esa noche. Estuvo muy bien. ¿Pero puedo irme a casa ya? No me siento bien saliendo con un hombre casado que siempre lleva anillo de bodas y dice que su amante está buenísima."

Aaron se queda sin palabras. Su expresión se ensombrece, dejando atrás al hombre más delgado. Vuelve a ser el hombre de rostro adusto que conocía.

1- Duerme aquí. Mañana, cuando despiertes, puedes irte. Mi chófer te llevará a casa".

Sale del jacuzzi, presumiendo su cuerpo tonificado, y rápidamente se pone una bata. Irrité al gobernador diciéndole cómo me sentía. Trago saliva con dificultad. Quizás sea lo mejor. Paso unos minutos más en el baño. Al salir de la bañera, me pongo una bata, que estaba colgada, y regreso a la habitación.

Aaron no está. ¿Se ha ido? Agarro mi teléfono para ver si he recibido algún mensaje. Son las 3:20 a. m. Junto a donde estaba, hay un cheque de 100.000 dólares a mi nombre. María Antonella Madero. ¿Me pagó 100.000 dólares por nuestra noche? $70,000 más de lo acordado. Con este dinero, puedo regresar a vivir a México. Temblé al ver la cantidad, hasta que me invadió una sensación de tristeza. Me vendí. Todo lo que pasó aquí fue una aventura de una noche, en la que le vendí mi cuerpo al gobernador.

Capítulo 6

ELLA

DOS MESES DESPUÉS

— Mira a la tía, querida — le pido. — Eso, amor. Tus fotos están increíbles, princesa.

La niña sonría, emocionada y ansiosa por los resultados de las fotos de su sesión de 15 años. Audrey hace un "pulgar arriba" para mí, alegre. Estamos tan felices por haber conseguido un trabajo en el estudio de su amigo, Brandon Clayder, que todavía no podemos dejar de sonreír como idiotas. Esto ha sido una bendición en nuestras vidas, aún más porque no me pidieron los papeles. Este no es un servicio registrado y ganamos por trabajo. Lo cual, afortunadamente, hacemos casi todos los días. Como este es un estudio nuevo, Brandon todavía está regularizando este asunto de registrar nuestras nóminas. Tengo mucha esperanza de que lo logre.

Audrey era la única que sabía que vivo ilegalmente aquí, pero ahora también lo sabe su amigo, Brandon. Ella me dijo que él es de confianza y que está dispuesto a ayudarme, contratando a un abogado especializado para ver qué se puede hacer por mí. Él dijo que soy un talento nato y que no puede perderme. Me quedé avergonzada, pero si no fuera por él, no habría podido tener un poco más de esperanza.

Brandon siempre ha enviado trabajos a Audrey, y ahora nos hizo formar parte de su equipo. Fotografiar me da tanta paz que me olvidó de mis problemas y aflicciones. Mi hermanita, Lola, siempre me llama después de llegar del colegio.

En cuanto a Aaron Maxwell, ya no busqué saber nada más de él. Nuestra noche quedó atrás. Envié los 30 mil dólares a mi madre y otros 10 mil para que puedan vivir con más tranquilidad por un tiempo. Dije que el dinero fue prestado por mi jefe, no les conté que vendí mi cuerpo para el gobernador estadounidense.

El resto del dinero, no lo usé. No desconté de la chequera los otros 60 mil dólares, solo pedí que la cantidad volviera a la cuenta del propietario. Y así se hizo en el banco, con mucha discreción.

— ¿Vamos a tomar una copa después del trabajo? — Brandon guiña un ojo al rozarse conmigo, apurado.

Es divertido. Está corriendo contra el tiempo todo el tiempo, así que ni esperó mi respuesta.

— ¿Una copa con el jefe? — Audrey revira los ojos al acercarse a mí. — Eso no va a funcionar. — Ella muestra preocupación. — ¿Quieres ser promoted? No es así como se avanza en la vida.

¿Qué piensa ella de mí? No tendré ninguna relación amorosa con mi jefe. Nunca. Nunca debemos mezclar amor con los negocios. Leí eso en un libro famoso de autoayuda. Ella parece no conocerme bien. No soy del tipo que seduce al jefe para ascender en la vida.

— Audrey, yo nunca haría algo así...

— Es una broma, loca. — Ella me da varias pinzas en la barriga, intentando hacerme reír, pero me quedé tan asustada con lo que dijo, que no puedo reír. — Perdón. Sabes que me gusta provocarte de vez en cuando. Olvidé que vas a morir virgen, chica.

Paso seco, forzando una sonrisa. Ella no sabe qué pasó entre yo y el gobernador. Estaba tan concentrada en sus propios pensamientos que solo se dio cuenta de que el gobernador estaba en la fiesta y que era su cumpleaños porque lo comenté al día siguiente.

— Vuelve a la normalidad, Ella. Ya dije que fue una broma. El jefe también me invitó a una copa. En realidad, todo el equipo va a ir. Creo que quiere decirnos algo importante de la alta sociedad. — Cruza los dedos, esperanzada.

— Cuando te mate algún día, espero que el juez entienda por qué hice eso. — hago una mueca, molesta.

Vuelvo a mirar las fotos a través del lente de mi cámara.

La cámara que uso en el estudio es más pesada, de última generación y vale más que el departamento en el que vivimos. Brandon consiguió un gran préstamo en el banco, lo que le permitió algunos lujos y extravagancias. Confieso que tengo curiosidad por saber qué será ese trago. Espero que tenga noticias buenas que hagan que nuestros nombres y el de la empresa crezcan cada vez más.

Termino nuestro turno y cambio de ropa en el baño del trabajo, optando por algo más holgado. Últimamente, estoy comiendo

bastante comida rápida debido a la rutina cansada y exigente del trabajo. Estoy hinchada y necesito, con urgencia, un tratamiento detox. Como hoy hace frío, uso una bufanda que me regaló Audrey, mi amiga loca que quiero matar casi todos los días.



Brandon reunió a todo su equipo de 15 empleados alrededor de cinco mesas. Cuenta los desafíos de haber comenzado un negocio solo, sin incentivos, y habla de lo bueno y talentoso que es, como si nosotros no existiéramos y todo el trabajo fuera solo suyo. Audrey revolvió los ojos dos veces cuando él habló sobre la idea de tener una socia talentosa como ella en el futuro. Es divertido ver a nuestro jefe entusiasmado por el alcohol.

— Bueno... Todos deben estar cansados de escucharme hablar sobre lo genial y talentoso que soy. Saben que puedo hablar de mí mismo durante horas, sin cansarme, y les encantaría. — Me uno a la gracia de mis colegas, que ríen y aplauden. Molestar al jefe es lo último que quiero. — Pero, vamos al grano. ¿Soy increíble? Lo soy. Sin embargo, los llamé para decirles que vamos a cubrir el evento de Golden Wings.

— Espera... ¿La famosa Golden Wings? — pregunta Cissi, emocionada.

Todos estamos en shock. Golden Wings es la mayor empresa de producción de joyas del país, gestionada por multimillonarios poderosos de la élite de Estados Unidos. Cada año, hacen una gran campaña para recaudar fondos para donar a instituciones benéficas, y este año realizarán el evento en Minnesota. Será la primera vez aquí. Un evento así, que traerá mucha cobertura mediática para nuestra ciudad, reunirá a las personas más importantes de la

sociedad, que tienen mucho dinero. Además, podremos elevar nuestro nivel en el mundo de la fotografía.

— Como soy muy amigo de Luige Paivan, organizador principal del evento, él logró que nos metamos dentro para fotografiar para la empresa Golden Wings. Toda la prensa del evento será del personal de la empresa. Solo nuestro equipo estará dentro del lugar, mientras que otros fotógrafos tendrán restricciones. Pueden celebrarlo, queridos. — Aplaudimos de pie, silbando, gritando y riendo. Tendremos una oportunidad única. — No toleraré fallas. Hagamos un buen trabajo, chicos y chicas.

El equipo de fotógrafos está compuesto por 15 personas. Nos dividimos en seis parejas y un trío. Audrey y yo somos un equipo inseparable. Brandon está tan emocionado, que la sonrisa domina su rostro toda la noche. Con eso, conseguiremos un bono importante para este evento. Estoy ansiosa por ser parte de algo así. Siempre fue mi sueño crecer en la fotografía, mientras que el de medicina se va dejando de lado cada vez más.

Cuando todos se van, Audrey y yo quedamos en el bar pequeño. Me gusta la variedad de bebidas que ofrece este lugar. Aquí puedo encontrar mi querida tequila, que era la bebida favorita de mi padre y mi abuelo. Solía beberla con ellos en ocasiones raras, en momentos familiares.

— Este evento será muy importante, Ella. Estoy muy nerviosa por la próxima semana. Cuando me pongo feliz, tengo muchas ganas de besar en la boca, amiga, y ese moreno allí me está poniendo muy excitada. Disimula.

Miro atrás, tratando de ser discreta, pero no soy muy buena en eso. El "hombre" al que ella se refiere es un chico. Me pregunto si tiene 18 años.

— Te apuesto que aún no es mayor de edad.

— No me interesa, quiero ver si besa bien.

Cuando menos lo espero, ella sale de la mesa y va tras el chico. Admiro a Audrey por su naturalidad. Ella es tan auténtica y

decidida. Cuando quiere algo, lo busca. No sé explicar, pero ella es encantadora, divertida, nada tímida y sabe imponerse. Somos tan opuestas. Me pregunto cómo podemos ser tan amigas si somos tan diferentes. Quizás eso sea lo que nos une.

Bebo el último trago de mi tequila. Es suficiente para hacer que mi mundo dé vueltas por unos instantes. Levanto la cabeza para no marearme. Me gusta escuchar música, y la sensación que causa la bebida en mi cuerpo ahora es de nostalgia. Recuerdo a mi madre, a mi hermana, a mi padre y a mis abuelos maternos. Extraño mi casa. Ya decidí que ya no voy a pasar tanto tiempo en Estados Unidos, lejos de casa, sin ver a las personas que amo.

Tomo mi celular para llamar un taxi, mientras mi amiga está besando al chico que llamó su atención. A Audrey le gustan los chicos más jóvenes que ella de vez en cuando, para sentirse más atractiva, según dice. Los mucilones besan bien, como ella dice. Es aceptable, porque cada uno es libre de ser quien quiera.

— ¿Puedo invitarte una bebida? — la voz masculina llama mi atención hacia el rubio alto, de ojos azules.

Ese no es un mucilón; creo que tiene mi edad.

— ¿Estás hablando conmigo?

— Sí, contigo.

— No quiero beber, gracias, pero puedes pagarle bebida a otra chica que esté interesada aquí — Hago un gesto con la mano al ponerme de pie, lista para irme.

El tipo se queda sin entender nada. A veces soy un caballo cojo que da puntapiés a los hombres. Juro que intenté ser lo más amable posible, pero si no quiero, no quiero, y punto. Soy sincera.

Mi amiga me sigue al verme salir.

— El amigo de él fue detrás de ti, loca, y, por lo que vi, le dijiste que se fuera a pastar.

— El amigo de tu amigo no es mi amigo. — Toco con mi dedo medio la punta de su nariz en una provocación.

— Eres muy molesta, Ella. ¿Hasta cuándo vas a seguir virgen?

— Hasta el día que quiera — digo con rudeza.

Odio las exigencias. Odio que me exijan algo que no quiero hacer solo porque todo el mundo lo hace. Aunque, en este caso, no le dije a Audrey que ya estuve con el gobernador. Si ella supiera, sería capaz de inventar una fanfic en su cabeza, y eso no sería bueno para ninguna de las dos.

— Ya pedí un taxi. Vamos — aviso.

— Vamos. Solo porque mañana trabajo.



Visto mi pijama después de ducharme y preparo un té para calmar mis nervios. Apostaría a que mañana despertaré con dolor de cabeza. Leo, desde la barra de notificaciones de mi celular, que tengo un mensaje de Brandon.

—"Mañana, en cuanto llegue al trabajo, búscame en mi oficina. Buenas noches, Ella."

Debe ser para hablar del trabajo. Eso espero. Espero no haber recibido ninguna mirada maliciosa de mi jefe. Necesito mi trabajo y no puedo permitirme el lujo de perderlo solo por rechazar a Brandon.

Mi cabeza está a mil. La mente de una persona ansiosa crea muchas y muchas situaciones que aún no han ocurrido.

Pero una cosa sé: Brandon, a veces, me mira como si quisiera decirme algo más.

Entro la cabeza en la almohada, permitiéndome dormir cuando ya son más de las dos de la mañana, aunque sé que despertaré a

las 6:30.



Nada hay peor que ir a trabajar como si hubieras bebido demasiado. Visto la ropa negra del trabajo en el estudio, me ato el cabello, preparo un café negro y frí huevos para mí y mi amiga perezosa, que no sabe freír un huevo. Ella me agradece y pronto partimos juntas al trabajo.

En el estudio, busco a Brandon, como él me pidió, curiosa por saber de qué trata la conversación que quiere tener conmigo.

— Puedes entrar, Ella. Siéntate, por favor.

Su sala es amplia, con una mesa en el centro y algunos cuadros que expresan todo su amor por la fotografía. Allí, veo la foto de una niña que sospecho que es su hija. No trato de saber mucho de su vida, así como no traté de saber de la vida del gobernador.

— Estoy de pie, tengo fotos en 15 minutos. ¿Qué querías conmigo?

— Quiero que hagas las fotos de mi hija, Emma, en su noveno cumpleaños, la próxima semana. El evento será en la casa de campo de mi madre.

— ¿En la casa de campo? ¿Quieres que viaje fuera del estudio?

— Exacto. Eres la persona más calificada para esta situación. Mi esposa no sabe con quién más contar y me gustaría tenerte presente en este evento tan especial, Ella. Eres tan buena con los niños.

Entonces, él está casado y tiene una hija.

— Cuenta conmigo, Brandon.

¿Cómo podría decir "no" a mi jefe y a su hija?

— Iremos juntos, tú y yo. Te aviso más sobre esto durante la próxima semana. Por ahora, quiero que te preocupes solo por el evento.

— Entonces, me voy. No quiero llegar tarde. — Sonrío amablemente.

— ¡Wow! Te ves aún más bonita cuando sonríes, Ella. ¿Ya te he dicho que tu sonrisa cautiva a cualquier hombre, incluso a mí?

Me trago en seco. Su comentario me incomodó. Escuchar la insinuación de un hombre casado me pone incómoda, sobre todo porque es mi jefe. ¿No basta con el error de haber ido a la cama con el gobernador? Me culpo por haber sido parte de esa traición. No volveré a hacer eso, nunca más.

— Te he puesto en una situación incómoda. Perdón, Ella. Fue un cumplido sincero. Eres una mujer hermosa, maravillosa y una profesional ejemplar. La verdad, tengo mucha suerte de tenerte en mi equipo — su pecho sube y baja y su mirada es como la de un depredador. Y yo soy la presa. — Quiero que sepas que cada vez quiero que estés más presente en mi equipo. Y en mi vida.

— Con permiso, Brandon. Tengo que irme.

Salgo aprisa de su oficina, queriendo esconderme. Brandon me dijo que me quiere para él. Esto no puede estar pasando. No ahora, cuando todo va tan bien en mi vida financiera.

— ¿Todo bien? — Audrey se preocupa al verme casi sin aire, en una esquina del estudio. — Ya sé, fue la tequila. Amiga, controla la próxima vez. — Da dos golpes en mi hombro y se va, animada, a tomar fotografías.

Si pudiera desaparecer, haría eso ahora mismo.

Capítulo 7

ELLA

La semana voló ante nuestros ojos, trayéndonos al gran día, a la noche del evento de Golden Wings, que busca recaudar millones para la caridad. Este año, la causa serán niños desamparados en países en desarrollo. Los principales países que recibirán ayuda serán de África y América Central.

Llevo puesta una camiseta blanca de botones, un chaleco negro encima, pantalones de vestir y tacones escarpin. El equipo de las chicas está así, mientras los chicos usan trajes muy elegantes. Brandon quiere todo perfecto, empezando por nuestra ropa. Dejé mi cabello en un coletas semi atado, y la franja cae de lado sobre mi rostro. El maquillaje que uso es sencillo. Apliqué un labial nude, del color de mis labios.

La cámara cuelga sobre mi cuello. Como siempre, está sujeta para evitar daños.

Todos estamos nerviosos y ansiosos. Ha sido una semana tensa para muchos, incluido yo, principalmente por los piropos de mi jefe, que cada vez eran más provocativos. Me persiguió en la sala de café, siempre apareciendo cuando estaba sola en mi mesa, o cuando me iba, para ofrecerme una carona. No sabía qué hacer, solo traté de ser sutil fingiendo no entender lo que pasaba. No sé si podré soportar mucho más sus piropos. Él está casado, y este error, no lo cometeré más.

Audrey eligió una coleta elegante. Ella es una diosa; está deslumbrante. Mi dupla favorita en todo el mundo es ella.

El evento será en uno de los salones de fiesta más sofisticados del Hotel Hall Intepare, del grupo SSWI. Llegamos al lugar tres horas antes para registrar nuestro acceso y estudiar los puntos necesarios donde cada uno estaría. Brandon se aseguró de que nadie dejara mis huellas dactilares. Hice de su secretaria al pasar por la entrada y él dio un nombre que no era el mío, para que no quedara comprometida en el futuro. Mi jefe es muy amable cuando se trata de protegerme y asegurarse de que permanezca en el país todo el tiempo posible. Ahora entiendo por qué lucha tanto por mi permanencia en Minnesota: él me quiere aquí el mayor tiempo posible.

Esta semana fue horrible. Tuve que huir de él, esconderme y evitar que estuviéramos solos más de dos minutos. No sé si eso será posible la próxima semana.

— Vamos, chicos. Déjenme orgullosos. — Brandon tiene garra y determinación, además de una mirada de águila. En todo momento, sus ojos buscan los míos. — Si necesitas cualquier cosa,, dime, querida. Cuando estés cansada, podemos descansar en uno de los cuartos que reservé. — Él toca mi hombro después de que los demás se dispersaron por el salón, que, por cierto, está deslumbrante.

Nunca había estado en un lugar tan grandioso que expresara tanta elegancia, sofisticación y, sobre todo, riqueza.

— Suelo permanecer despierta toda la noche. Y cuando termine el evento, iré a casa con Audrey. Tú, seguramente, volverás al calor de tu familia. — Forcé una sonrisa y me marché.

Él no pareció emocionado con mi respuesta.

¡Qué se joda!

Camino más hacia adelante, contemplando la belleza del salón casi vacío. Solo las personas que trabajarán allí ya llegaron, como los camareros, el presentador de la subasta, algunas personas de redes sociales y nosotros, los únicos fotógrafos con acceso a la zona privada.

La vajilla sobre las mesas es de una belleza extraordinaria, y los detalles en las puntas de los cuchillos me recuerdan las reliquias del siglo pasado, con una belleza rústica. Parte de la decoración tiene un toque rústico, lo cual me gusta mucho. Los detalles no se escapan a mi lente.

— Vamos con todo, Ella. Súbete, mi chica latina más sexy del mundo. — Mi amiga lanza besos mientras camina más rápido hacia la entrada, donde quiere captar la vista.

Solo ella puede hacerme reír después de un momento tenso.

A medida que la gente llega, más brillo y destellos llenan la noche. Las mesas comienzan a llenarse de personas importantes, como celebridades, modelos y multimillonarios con fortunas incalculables. Escuché rumores de que un juez importante estará presente. Quien representará al gobernador del estado será su

secretario, y sentí un alivio al saberlo. No sé qué haría si lo volviera a encontrar. Él roba mis suspiros sin siquiera estar aquí, y me derrumbé solo con escuchar que no vino.

Necesito un poco de agua. Recorro el salón. La subasta comenzará en unos instantes, como se anunció. Veo a Audrey, desde lejos, tomando fotos, de lo que parece, de tres niñas pequeñas. Llevan vestidos iguales, color lavanda, y están de espaldas a mí. No veo sus rostros, pero noto que son de la misma altura y que su cabello rizado tiene un tono similar. Conocí a tres lindas niñas pelirrojas, y ellas me trajeron bastante trabajo.

— Ella, toma una foto de ellas con tu polaroid. Sé que la tienes en tu mochila. Quieren un recuerdo — me pide Audrey, animada.

Recojo la polaroid de mi mochila, pequeña para la ocasión. Tuve que decidir llevar esa cámara en lugar de mis productos de belleza. Siempre me gusta llevárla a todas partes porque las fotos salen impresas. Dejo mi cámara profesional colgada en mi hombro derecho con la correa, como si fuera un bolso, y en un parpadeo tomo la foto de las niñas, que sonríen, entusiasmadas.

No puedo creer lo que veo. Son las trillizas que casi me hicieron ir a la cárcel. Las hijas del gobernador, con quienes perdí la virginidad.

— Chicas, esa es la botarga con mechones rosas — dice una, emocionada.

Se refiere a mí de la misma manera que su padre cuando tuvimos aquella noche apasionada. ¿Qué significa esa expresión?

— ¿Te acuerdas de mí? Soy Skylar. — La del medio sonríe.

— Claro que me acuerdo, princesa. Miré a todos lados y no vi helado aquí — bromeo.

— Yo dije que no había — dice otra, molesta.

Si son hijas del gobernador y mi amiga tomó fotos, necesito borrar las fotos lo antes posible, o nos arrestarán.

— Déjame tu cámara — Audrey no entiende muy bien mi expresión de nerviosismo y miedo.

Por suerte, solo tenía dos fotos, y acabé de borrarlas. Audrey debe pensar que estoy loca.

— ¿Te volviste loca? ¿No tomaste tu café esta tarde?

— ¡Por Dios! No tomes fotos de ellas por nada del mundo. Lo explico después — le susurro, para que las niñas no escuchen.

Audrey no recuerda, pero sabe que tengo una buena razón para pedirle que no tome fotos a las niñas. Es evidente que estoy nerviosa; casi dejo caer mi cámara del hombro. Guardo mi polaroid. No sé si estoy llamando la atención de las personas a nuestro alrededor. Estoy cerca del baño, que está a unos cinco metros. Las niñas deben haber salido de allí. ¿Vienen solas? ¿Serán acompañadas por su madre, ya que su padre no está en el evento? Por supuesto que la esposa del gobernador asistiría a un evento así con sus hijas.

— Tu nombre es Ella, ¿verdad? El mío es Hailee. Soy dos centímetros más alta que mis hermanas.

— Ahora que lo dices, sí noto esos dos centímetros. — Sonrío. — ¿Están solas?

— Nuestra niñera está en el baño. Dijimos que caminamos demasiado rápido — advierte Hailee a sus hermanas. Parece ser la más madura entre las tres.

— Ella las alcanzará, como siempre. Soy Kaylee. — Ella tiene la sonrisa más bonita que he visto en mi vida.

— ¿Estás segura de que no hay helado aquí? — Skylar, la más sensible, por lo que he notado.

— No — dicen en coro las otras dos, dejando triste a la más pequeña.

— Ahí va ella a llorar solo por eso. Aquí no es lugar para llorar — la reprende Hailee.

Me da pena la niñita. Ella lleva el pulgar a la boca y sus ojitos se aprietan. Quiere llorar. Skylar me recuerda a mi hermanita, que es muy sensible y linda, justo como ella.

— Princesa, puedes tomar helado después de que termine el evento. Tu niñera puede conseguirlo para ti. No llores por eso, mi cielo. Ven aquí, déjame secar tus lágrimas. — Llevo mi pañuelo de seda hasta el rincón de sus ojos y seco sus lágrimas, que mojan sus mejillas. — Está bien, ni siquiera parece que lloraste. — Sonrío, y ella también sonríe.

— Gracias, barbiezita — su voz es dulce, como la de un ángel.

— ¿Podemos ver nuestra foto, la que tomaste con la polaroid? — La foto está en mi mano, no puedo esconderla a ellas.

¿Cómo decir "no" a tres princesas lindas, dulces e idénticas? Son hermosas. Las niñas más hermosas que he conocido en mi vida.

— Ahí os encontré, chicas. No se alejen de mí, por favor. — Patty, la niñera, estaba preocupada porque las trillizas se apartaron de ella. Ella me mira, como intentando recordarme, y sonríe. — Es la chica de la fiesta infantil.

— Sí. Estaba cubriendo ese evento. ¿Cómo estás, Patty?

— Bien. Señorita Ella? — Asiento. — La señorita está deslumbrante hoy.

— ¿No es una Barbie linda? — Skylar mira, entusiasmada, a la niñera, que sonríe como si recordara algo.

¿Qué es "barbiezinha" para ellas? ¿Un juego?

— Vamos, chicas. Volvamos a la mesa rápidamente — Patty pide, y ellas obedecen, tomándose de las manos. — Un placer verla de nuevo, señorita.

Asiento y ellas siguen hacia la mesa. No llegué a entregar la foto en polaroid.

Cuando menos lo esperaba, alguien me llamó, con voz de ángel:

— La señorita no nos mostró la foto. — Por el dedito en la boca, es Skylar, la hada tierna.

— Claro, la foto. Pero no puedes contarle a nadie que fui yo quien la tomó. ¿De acuerdo? — Parpadeo hacia ella, que encuentra esto divertido.

— Mi padre te asustó aquel día en la fiesta. — Se divierte con mi miedo. — Prometo que no diré nada, señorita.

— No quiero que mientas, pero agradezco tu discreción, princesita.

Ella me guiña un ojo de vuelta, alegre. Como la foto es de ellas, es mi deber entregársela. Apuesto a que la niñera no vio que Skylar se alejó sola. Esas niñas seguramente dejan a Patty más de una vez con canas. Son apresuradas, extrovertidas y parecen ser unas pequeñas que disfrutan jugarle trucos a la niñera, siempre escapando.

— Skylar, ¿qué te dije sobre alejarte sola de tu niñera? — La voz masculina y rígida llega a ser aterradora, haciendo que me tiña de pies a cabeza. Es como si de sus labios hubiera salido la orden de una instrucción explícita. Como un general hablando con sus soldados.

Si me dio miedo, la niña también debe haberse asustado. Mis ojos encuentran los del dueño de esa voz ronca, poderosa y orgásmica. De repente, empiezo a tener mareos con la imponente imagen que mis ojos vislumbran. Trago saliva.

Aaron Maxwell.

El gobernador.

El hombre que me aterroriza y, al mismo tiempo, me excita. Con su presencia, roba todo el aire de mis pulmones. Creo que me olvidé de que debía respirar. Inspiro profundamente, sintiendo que mi corazón late acelerado, causando una leve molestia en mi pecho.

Pensé que nunca lo volvería a ver.

— Perdón, papá. No volverá a pasar. Lo prometo.

— Regresa junto a tu niñera, mi ángel — ya no tiene esa voz aterradora con la hija, que, inmediatamente, obedece. Patty la espera más atrás.

Intento esconder la foto de sus hijas, cerrando las manos sobre ella. No quería arrugar el papel, pero esa fue la única solución que encontré para que Aaron no la viera en mi mano. Me devoraría viva si supiera esa información.

Él vuelve su mirada dominante to me. Solo a mí. Mi pecho sube y baja por el nerviosismo. Dos meses después, aquí estoy frente a ese hombre que hace parecer que todo a nuestro alrededor desapareció. Me siento asfixiada, como si estuviéramos solos. Esta área es más escondida y reservada.

Literalmente, clavo los pies en el suelo. No puedo ni siquiera correr.

— ¿Incitando a mi hija a mentir, señorita Madero? — Él aprieta la mandíbula, un tanto rudo.

Entonces, recuerda mi apellido.

Claro... después de hacerme un cheque de 100 mil reales...

Es extraño estar cara a cara después de haber sido tan vulnerable en sus brazos. Si para él es normal, para mí no lo es. Recuerdo cada detalle de su cuerpo desnudo, como si pudiera verlo todo en mi mente ahora.

Termino mordiendo mi labio, nerviosa, y él cruza los brazos en señal de reproche. ¿Qué hice para ser reprendida con su mirada feroz?

— N-no. Yo no... — Cierro los ojos brevemente. Él escuchó, no serviría negar. — Lo siento. — Miro al suelo, avergonzada.

La rapidez con la que su mano toca mi mentón, levantándola, para que mis ojos se encuentren con los suyos, me sorprende. Él vuelve a cruzar los brazos y me mira minuciosamente. ¿Busca algún detalle diferente? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué no volvió con su familia?

— ¿Estás escondiendo algo de mí? Déjame ver la foto — pide pacíficamente, entrecerrando sus azules ojos.

Respiro lentamente, abro la mano y le entrego la foto arrugada, sin resistirme. El modelo es pequeño, de 7x9 centímetros de largo y 6x6 de ancho. Él enfoca su vista en la imagen y la mira con admiración y encanto.

— Para que conste, solo me di cuenta de que se trataba de tus niñas cuando ya había presionado el botón.

— No te estoy acusando de nada. — ¿Eso es una buena señal?

— Esa es la única foto, te lo aseguro. Puedes mirar en mi cámara si quieres, pero no puedes quedártela, mucho menos el HD. La de aquí cuesta cara y pertenece a mi jefe.

Él vuelve su mirada hacia mí.

— Creo que no hay más fotos. Me quedaré con esta.

— Claro. Son tus hijas, la foto es tuya. — Él mira otra vez el papel y lo guarda en su bolsillo. — Con permiso, su excelencia, debo volver al trabajo.

— Claro. — Noté que quería decir algo más, pero no dijo nada.

Tengo la sensación de que su mirada me acompaña mientras camino, y eso me hace aprender a andar nerviosa. Respiro profundo al alejarme de él.

¡Oh, cielos! Qué encuentro. Qué hombre tan perfumado.

Aaron estaba tan hermoso y perfumado, que mi corazón todavía late acelerado. Intento mantenerme en los rincones, para no encontrármelo. Cuando comienza la subasta y mencionado su nombre, agradecemos. Lo veo levantarse y caminar hacia el escenario, donde dice unas palabras breves y formales en agradecimiento. En cuanto vuelve a la mesa, finalmente, veo a su esposa a su lado. Ella es pelirroja. Sus hijas heredaron el color de su cabello. Ella es una mujer alta, delgada y elegante. A diferencia de mí, no tiene un kilo de más en el abdomen.

Me pregunto qué vio Aaron en mí, estando casado con una mujer tan bella. El gobernador es un libertino, esa es la justificación más obvia. Incluso posa junto a su esposa en algunas fotos, y siento un nudo en el pecho al verlo con ella. Sé que noSignifiqué nada para él. Los hombres como él están acostumbados a jugar con chicas como yo y luego actuar como si no fuéramos nadie.

Que esta noche termine pronto. Ese es mi único deseo.

Capítulo 8

ELLA

De lejos, lo veo. Las expresiones rígidas y cerradas predominan en su rostro. No sonríe a la mujer, que, en todo momento, sonríe libremente. En un momento determinado del evento, me di cuenta de que las chicas ya no estaban presentes. Eso fue un poco antes de la medianoche. La pareja es bonita. Ella es joven; quizás tenga cinco

años más que yo. Debe venir de una familia rica e importante, para estar a la altura de ser la esposa de un hombre con clase y nivel social alto como él.

No entiendo cómo puedo sentirme tan incómoda al ver a un esposo junto a su esposa. Ellos están casados, y yo solo fui un amor de una noche. Un amor que no significó nada para él. Alejo de mi corazón esos pensamientos que podrían llevarme al fondo del pozo. Tengo que aceptar que fui mujer por una noche.

— Ni siquiera recordaba que no estaba permitido tomar fotos a las hijas del gobernador. La pobre Skylar casi se desmaya cuando el hombre le prohibió sacar fotos de ella y de las hermanas, que, por cierto, son muy lindas. Tú me salvaste, amiga. A estas personas ricas les pasan cosas muy extrañas. Un hombre como el gobernador, que fue criado para ser el futuro presidente del país, todo tacaño con sus hijas. Él proviene de una familia importante en la política. Su padre fue elegido gobernador por dos mandatos, además de haber sido senador, y él y su hermano están en la política desde jóvenes. Creo que ese temor que tiene con sus hijas debe venir de algún trauma infantil y por lo que pasó con su esposa.

— ¿Qué le pasó a su esposa? — pregunto, intrigada.

Audrey no tiene tiempo de hablar. Desde lejos, Brandon nos observa como si estuviéramos haciendo algo malo. Solo dejamos de tomar fotos por 30 segundos, pero él, aparentemente, está molesto con nosotras.

— Parece que el jefe cambió de humor. Me dijeron que él y su esposa están en crisis. Finalmente, la mujer se dio cuenta de que el esposo salta la cerca — despotrica Audrey, haciendo una mueca para el jefe.

Creo que el humor de Brandon cambió por mi culpa. Respiro profundo, volviendo a trabajar. No veo la hora de que termine esta noche.



Las horas pasaron y, finalmente, todo terminó. Solo quedaron las personas de limpieza y nosotros, que esperamos el taxi. Antes de salir del edificio, voy al baño. Audrey me espera afuera, por si llega el taxi. Dejo mi mochila y el celular sobre el lavabo, entro en una cabina y me alivio. Aguanté mucho tiempo mi pipí para no molestar aún más a mi jefe.

Oigo un silbido que viene del baño, me visto y abro la puerta. Me encuentro cara a cara con Brandon, que está cerca de mi mochila. Él acaba de poner mi celular de vuelta sobre el lavabo.

— Parece que tu amiga ya se fue. Le avisaste que ibas a tomar algo con Esma.

Esma es mi compañera; forma parte del equipo de trabajo.

No me gustó que él hubiera entrado en el baño de mujeres y enviado un mensaje a Audrey sin mi permiso. Dejar el celular sin contraseña puede ser peligroso. Solo ahora entendí por qué Audrey siempre me advertía que pusiera una contraseña. Sin embargo, nunca pensé que viviría este dilema con mi jefe.

— ¿Enviaste un mensaje sin mi permiso? ¿Por qué lo hiciste, Brandon?

— Creo que debes saber la razón. Sé que no es tan inocente. Seguramente, ya has notado mi interés en ti.

Suspiré, cansada, dando cuenta de que él está dispuesto a abrirse emocionalmente, sin vergüenza ni miedos, creyendo que lo aceptaré.

— Sí, lo he notado, pero quiero que sepas que no siento lo mismo. Por eso, no podemos estar juntos, Brandon. Y tú estás casado.

— ¿Qué problema hay en que esté casado? Desde cuándo eso impide que las personas sean libres?

— Te respeto como mi jefe y estoy agradecida por la oportunidad que me das, después de todo, nadie contrataría a una inmigrante ilegal, y tú hiciste eso sin pensarlo dos veces, sabiendo que podría complicarse si me descubrieran.

— Creo que ahora sabes por qué corro ese riesgo. Me gustas, Ella. Me gustas mucho. Quiero que aceptes tomar una copa conmigo en la azotea ahora.

— No acepto — digo de inmediato. — No puedo.

— Confieso que tu rechazo me provoca, pero ya basta de este jueguito. Soy tu jefe, chica. Me gusta tu inocencia y tu nerviosismo, pero ya me has cansado lo suficiente para enojarme.

— Esto no es un juego, Brandon. No me gustas tanto como para involucrarnos de la manera en que estás pensando.

— Recuerda que tienes en la palma de mi mano — me recuerda. — Eres una mexicana que vive ilegalmente aquí, en mi país. Podría denunciarte, y te aseguro que tu pobre madre quedaría totalmente en la pobreza sin la ayuda de su hija, que sería deportada y, además, enfrentaría procesos judiciales por haber estado tanto tiempo ilegal en América.

Debo tragar saliva, con un nudo en el pecho.

Brandon no es el hombre que creí que fuera. No es íntegro. Me está mostrando su verdadera cara. No es el tipo respetuoso que salía a beber con nosotros. No es el jefe respetuoso que aparentaba ser. Es un lobo vestido de cordero, y esto acaba de demostrarlo ahora.

— ¿Si no me acuesto contigo, me denunciarás?

— Tendré que hacerlo, hermosa morena. Hace semanas que tengo deseos reprimidos por ti. Y, después de todo, lo que propongo no es nada del otro mundo. Una mujer hermosa y sexy como tú, seguramente, ya ha tenido sexo antes. Si no, puedo asegurarte que

soy muy amoroso en la cama con las mujeres que son amables conmigo.

Su discurso me causa náuseas. Lo que él hace es acoso, sin embargo, no puedo denunciarlo, porque soy una inmigrante ilegal, y él es un hombre con muchas posesiones, que en este momento me está menospreciando con su poder. Siento tanta rabia que sería capaz de golpear su rostro disimulado. Es un gusano, un sinvergüenza. Si piensa que cederé a sus amenazas, está equivocado.

— No soy una prostituta, Brandon. No sé con qué tipo de mujer está acostumbrado, pero su chantaje no funcionará conmigo. Puede denunciarme. Puedo ir a la cárcel, pero nunca seré suya, ni que tenga que despedirme de América para siempre. — Con enojo, mientras trato de contener las lágrimas de rabia, me esfuerzo para no perder el control y no golpearlo.

Él se ríe, divirtiéndose con mis emociones. Cuando camina hacia mí y disminuye toda la distancia que nos separaba, su mano toca mi barbilla con fuerza. En un impulso, le doy una bofetada en la mano. Intento liberarme de él, pero me sujeta con fuerza por la cintura, atrayéndome hacia él. Su aliento caliente a champán me embriaga, dejándome mareada. Intenta besarme, y giro la cara hacia un lado, queriendo, a toda costa, evitar que nuestras bocas se toquen.

¡Qué asco!

—¡Suéltame, cobarde! ¡Socorro! —grito.

—Cállate, putita mexicana. —Me tapa la boca con la palma de su mano.

Su sonrisa lasciva me causa náuseas. Intento morder su mano, hasta que consigo agarrar de lado su muñeca y morderla con bastante fuerza. Él grita, alejándose algunos pasos.

—¡Perra! Ahora te voy a enseñar a respetar a un hombre.

¿Será capaz de pegarme? Brandon viene hacia mí, listo para darme una bofetada en la cara. Llevo mis manos al frente para

defenderme, usando mis brazos como escudo. Me preparo para el impacto de su fuerza. El rubio es un hombre fuerte y musculoso, que practica boxeo en sus ratos libres.

—¡Hijo de puta! —Me asusté al oír una voz ronca rugir.

Abro los ojos y me encuentro con un hombre que golpeó el rostro de Brandon, haciendo que cayera al suelo. Golpea la cara de mi jefe tantas veces, que pienso que va a matarlo.

Asustada, llevo las manos a mi boca, incrédula ante tanta violencia.

—¿Te gusta hacerte el machito con mujeres indefensas? ¿Por qué no vienes a hacerte el macho alfa con alguien de tu tamaño, cobarde?

Brandon gime de dolor con cada golpe que Aaron asesta contra su rostro. En sus manos hay sangre. Cojo mi mochila, desesperada, acabo tirando mi celular al suelo y me agacho para recogerlo. En el rostro de Aaron hay tanta furia, que sería capaz de matar a mi jefe.

—Vas a matarlo. Por favor, para —suplico, asustada, y tengo su atención total para mí—. No vale la pena.

Brandon está desmayado, por lo que aparenta. Aaron lo soltó en el momento en que hablé. Él me mira, preocupado. De sus ojos sale humo, y resopla de odio. Mi pecho sube y baja debido al nerviosismo. Nunca sentí tanto miedo en la vida como ahora. Mis carnes tiemblan y no consigo levantarme del suelo, sin fuerzas en las piernas.

Aaron golpeó tanto a mi jefe, que su rostro está cubierto de sangre y se desmayó. Lo que hizo, lo puso en peligro. Esto será un escándalo si llega a los medios y manchará su carrera política.

—Podría matar fácilmente a hombres como él —dice Aaron al ponerse de pie, mirándome con compasión. Está furioso.

El nudo de la corbata en su cuello se aflojó totalmente.

Cierro los ojos, apretándolos de una manera dolorosa. Cuando los abro, noto que Aaron acaba de dejar sus ojos muy cerca de los

míos.

—No llores. Ella, él llegó a...

—N-no. Llegaste a tiempo. Gracias. —Respiro el aire despacio.

—¿Conoces a este hombre?

—Él es mi jefe. Era... —No voy a trabajar más para alguien así. Y él, ciertamente, me denunciará.

—Vamos a salir de aquí. Ven conmigo.

El momento ojo a ojo me deja totalmente hechizada por la oscuridad del océano profundo que hay en sus iris.

—¿A dónde vamos?

—No puedo dejarte aquí sola. Te llevo a casa.

Asiento.

Él me defendió del gusano de mi jefe. Me siento agradecida.

—¿Murió? —Miro a Brandon.

—Me gustaría que sí.

—Eso sería terrible para ti. —Me preocupo.

—Hombres como él merecen morir. Necesitas denunciarlo. Iré contigo.

—No. Yo no puedo.

—Ella, no sientas miedo. La ley está de tu lado.

En este caso, no. Si él supiera que soy una inmigrante ilegal...

—¿Puedes llevarme a casa, por favor? No consigo pensar en nada más ahora.

—¿Él siempre te trató así?

—No. Él no era así hasta hace algunos días.

Aaron carga mi cámara sujeta a su hombro y lleva mi mochila en una de sus manos, dejándome solo con mi celular. Yo camino a su lado y tomamos un ascensor que nos lleva a un garaje subterráneo, donde hay cerca de ocho hombres, sus

guardaespaldas. Ellos no me miran directamente a los ojos, pero sé lo que piensan.

"Otra puta del gobernador."

No me importa lo que ellos piensen.

Oigo cuando Aaron dice que él mismo va a conducir. Él abre la puerta del frente para mí, con caballerosidad, y sujeta mi mano, ayudándome a subir al coche, que es alto. No entiendo de coches, pero sé que este aquí es blindado, por la posición de Aaron. Él tira del cinturón para mí, dejándome segura, y su rostro queda próximo al mío. ¿Será que él percibe el poder que tiene sobre mis emociones? Apenas consigo respirar cuando él está cerca de mí.

—¿Todo bien? —pregunta Aaron.

—Sí.

Él guarda mi mochila y cámara en el asiento de atrás, cierra la puerta y asume la dirección.

—¿Dónde vives?

—Puedes dejarme en la parada de autobús más cercana. —La última cosa que quiero es incomodarlo.

—¿Dónde vives, Ella? —pregunta él una vez más. Parece que no le gustan los rodeos.

—Vivo lejos de aquí. No quiero ocupar tu tiempo, de verdad. Puedes llevarme a una parada de autobús, y yo iré, tranquila, a casa.

—¿De verdad crees que voy a dejarte sola, después de lo que ese tipo te hizo?

—Vivo con mi amiga, no estaré sola —replico.

—Ella, eres testaruda. —Ríe modestamente—. Si supieras cómo odio a las personas que no me obedecen...

—¿Solo porque usted es el gobernador del estado, yo debo obedecerle? —Percibo que acabé instigándolo.

—Debes obedecerme porque a mí me gusta así. No deberías contrariarme.

—¿Qué acontece con las personas que lo contrarían? —Es curiosidad.

—Acostumbro a mostrar mi peor cara.

—Su esposa debe sufrir bastante. —Cuando percibí, ya había hablado, y por la expresión cerrada de él, no le gustó—. Por favor, discúlpeme. Yo estoy en shock con lo que aconteció —uso lo acontecido a mi favor, por haber hablado de más.

Mi celular suena en mis manos. Es mi amiga llamando.

—Un minuto —yo pido y él asiente—. Audrey, ¿qué barullo es ese? ¿No fuiste a casa?

—Yo estoy en casa. Las chicas pidieron unas bebidas y, cuando percibí, la casa ya estaba llena. ¿Dónde estás? Esma llegó aquí y dijo que tú no estabas con ella.

—Yo estoy yendo para casa. No consigo oírte bien. ¿Por qué estás dando una fiesta a las tres de la mañana? Nuestros vecinos no acostumbran a aceptar mucho tus fiestas. ¿Te recuerdas de la última que tú hiciste?

Para mi suerte, yo estaba fuera cuando la policía llegó.

—No estoy oyendo.

—Tampoco estoy oyendo. Voy a enviarte un mensaje, ¿vale? —Encerro la llamada.

Una fiesta. Justo hoy, Audrey está dando una fiesta, cuando todo lo que más quiero es dormir en paz.

—Acho mejor que te lleve a otro lugar que no sea tu casa, para que puedas descansar. Por lo que oí, tu amiga está dando un tipo de fiesta.

—Ella está celebrando el éxito de esta noche. Ya estoy acostumbrada con las fiestas de ella, puedo ir a casa.

—No vas a casa. Vamos para mi apartamento. —Él se refirió al mismo para el cual me llevó aquella noche?

—Ah, no...

—¿Qué dije sobre contrariarme?

Él no me dejará ir para otro lugar que no sea su apartamento.

—Puedes quedarte allá. Duerme. Y cuando despertar y decidir irte, mi chófer te llevará para casa.

—¿No voy a incomodar?

—No. Yo te dejo allá y, enseguida, voy para el aeropuerto. Tengo una agenda llena de asuntos políticos en esta semana —él habla, desanimado.

Entonces, él no va a pasar la noche conmigo. ¿Por qué eso es decepcionante?

—Tú vas a viajar, y yo estoy estorbando tus planes.

—Tranquila. No estás estorbando nada. Por el contrario, Ella. A pesar de los pesares de esta noche, fue bueno reencontrarte y estar en tu compañía.

No tengo una respuesta. Giro el rostro para el vidrio de la puerta y respiro hondo. No da para que yo esconda cómo él me deja eufórica.

El gobernador es un hombre totalmente diferente del que la mayoría de las personas cree.

—Yo subiría contigo, pero estoy contra el tiempo.

—Yo sabía que estaba estorbando tus planes —hablo, disgustada.

Hay una señora esperándome próxima al ascensor que me llevará para el apartamento.

—Ella es la señora Abigail. Puedes confiar en ella para lo que necesites.

—¿Tú despertaste a la mujer solo para recibirme? —No me gusta importunar a las personas.

—A mí me gustaría subir contigo. Siento que tú no estás bien, a pesar de demostrar ser muy fuerte.

Me pregunto si la señora Abigail encubre los casos del gobernador, para que él tenga tanta confianza en ella.

—Aaron, muchas gracias por haberme defendido y haberme salvado de aquel hombre sin escrúpulos. Yo solo tengo miedo de que él te haya reconocido y acabar perjudicándote de alguna manera...

—¿Aún consigues preocuparte conmigo? Quédate tranquila, esa historia no llegará a los medios. Apenas descansa en esta noche.

Asiento, abriendo la puerta del coche, y cojo mi cámara al alargarme en el asiento, para no tener que abrir la otra puerta. Conseguí coger todo lo que estaba allá atrás.

—Gracias.

Es la primera vez que un hombre es amable conmigo sin exigir nada a cambio. Me bajo del coche y la señora Abigail se acerca, insistiendo en llevar mis cosas. Aaron se va sin bajarse del coche y lo veo salir del estacionamiento.

—Vamos a subir, querida. Debe estar exhausta.

¿Será que ella sabe lo que pasó?

—Gracias, señora, y me disculpo por haberla despertado tan tarde.

—La señorita debe ser muy importante para él. Hace mucho tiempo que no veía al gobernador preocuparse por una mujer como se preocupa por la señorita. —Ella me dejó sin saber qué decir.

Abigail es dulce. Me trajo a dormir en el cuarto de Aaron. A pesar de que me había bañado y vestido ropa cómoda para dormir, ella me trajo un pijama de shorts y blusa de botones exactamente de mi talla.

—Si necesita algo, me llama.

Asiento.

Este cuarto me trae recuerdos cálidos y abrasadores de una noche de pasión vivida aquí entre mí y el gobernador. Cierro los ojos, sintiendo el sueño dominarme. Mi cabeza está a mil. Tengo la sensación de que alguien me abraza cálidamente e incluso murmuro, creyendo que estoy soñando despierta.

—Duerme, barbiezinha. Estoy aquí. Nada ni nadie va a lastimarla.

Este es el sueño más delicioso que he tenido en la vida.

Capítulo 9

ELLA

Las cortinas blackout no permiten que la luz de afuera entre en la habitación. Somnolienta, siento que alguien me está abrazando y resoplo, mimada. Boqueando, alcanzo el control que maneja las cortinas y presiono el botón para abrir solo la mitad de ellas. Mis ojos se cansan con esa luz.

Cuando intento soltármelo del hombre rústico que me agarra como si fuera suya, lo siento más presente. Usa fuerza para mantenerme donde estoy y gruñe en mi cuello.

— Quietita. ¿A dónde crees que vas, Ella, sin mi permiso?

¿Siempre es así? ¿Controlador? ¿Mandón?

La voz de Aaron es orgásica. Mi intimidad late cada vez que escucho esa voz y mis paredes internas se contraen en un movimiento bueno. Solo él puede hacerme así, excitada, después de una noche terrible.

¿Por qué está aquí? ¿No viajó?

¡Dios mío! ¿Dormí tanto como para que él ya haya vuelto? Audrey, a esta hora, ya debe estar en la televisión, con mi madre, llorando por mi desaparición. Intento mantener la calma.

¿Está durmiendo Aaron? ¿Tiene el hábito de hablar mientras duerme? ¿Es una persona sonámbula? Ya he tenido sexo con él, pero no sé nada de ese hombre en cuestión. Algunas cosas, habría encontrado en Google si hubiera buscado sobre él.

— ¿Estás despierto? ¿Aaron?

Él no responde, lo que confirma mi sospecha de que está dormido.

Es hasta divertido que hable mientras duerme, como si estuviera despierto. Río en silencio. Me aseguro de estar vestida y respiro hondo, aliviada.

— Estoy vestida, gracias a Dios. — Al menos no caí en la tentación de entregármelo de nuevo a este casado lindo.

Puedo salir de su abrazo y mis pies tocan el suelo frío. Busco la bata que Abigail me entregó. Todo es del mismo tamaño. Me pregunto si esas ropas son de la esposa de él.

Salgo de la habitación, llevando solo mi celular para hablar con Audrey. La llamo, pero no contesta. Hoy es sábado y no tenemos trabajo en el estudio. No he recibido ningún mensaje de Brandon y no sé cómo está él.

Audrey respondió a mi mensaje.

— Vine al estudio esta mañana. Parece que el jefe fue golpeado por ladrones después de salir del evento y está en el hospital. Le dieron unos puntos y su rostro está herido, pero está bien y no corre riesgo de vida. Estoy preocupada por ti. ¿Dónde pasaste la noche, Ella?

— Conocí a un tipo. Cuando llegue a casa, te lo cuento, te juro. — Escribí lo más rápido posible.

Ella me respondió de inmediato.

— ¡Para todo, América! ¿Conociste a un tipo? Dios, necesito saber quién es. No olvides enviarme fotos de él. Amiga, diviértete. Apuesto a que es guapo. ¿Ya perdiste esa cosa? ¿La virginidad?

Me río de su desesperación por saber. Le digo que le contaré todo cuando llegue a casa y bloqueo el celular, que casi se descarga. Mi cargador está en la mochila, que quedó en la habitación. Intento salir de este pasillo para llegar, tal vez, al salón o a la cocina, donde la ama de llaves puede estar. La encuentro cerca de la entrada que da acceso a la sala. No sé si entrar a la derecha o a la izquierda.

— Buenos días, señorita. ¿Durmió bien?

— Buenos días, Abigail. — El reloj marca casi mediodía. — Dormí demasiado. Necesito que me hagas un favor.

— Lo que desee, señorita.

¿Siempre es así ella? ¿Siempre dispuesta a atender los deseos de los demás?

— Mi mochila quedó en la habitación. Necesito que la recojas para mí. Y mis ropas también, que están colgadas. No quiero despertar al gobernador. Necesito irme.

— El señor Maxwell dejó muy claro que usted no puede irse sin antes comer bien. Fue una orden. Acompáñeme, por favor.

No me da tiempo para responder. La sigo hasta el comedor, que es amplio y tiene una gran mesa en el centro, con ocho sillas. La

mesa está llena de panes, varias opciones de frutas, mermeladas, mantequilla de maní, tres tipos diferentes de jugo y yogures.

— ¿Todo esto es para mí?

— Espero que le guste el menú de la mañana. Si tiene alguna sugerencia, solo dígame.

— Abigail, esto parece más el desayuno de un restaurante.

Ella sonríe, disfrutando todo eso.

Abigail es una señora de unos 60 años, con piel oscura — más que la mía — y cabello rizado. Lo lleva recogido en un chongo. Su estatura es baja, como la mía, y es muy bonita.

— Siéntese, señorita. Voy a servirle.

— No es necesario, puedo servirme sola. Mientras como, ¿puede recoger mis cosas?

— No quiero despertar al señor Maxwell. Esperamos que él despierte.

¿Y qué le diré cuando despierte?

— ¿Por qué no viajó? ¿Sabe lo que pasó?

— Creo que por motivos mayores. Usted es su huésped; por favor, permítame. — Ella me sirve jugo de naranja, que está en la jarra que yo sostenía.

Agradezco.

No estoy habituada a que me sirvan, siempre lo he hecho yo sola. Estoy atrapada en esta casa hasta que el dueño del mundo despierte. Mi celular se acaba de descargar, dejando todo en manos de mi ansiedad. Si Aaron decide dejarme atrapada aquí, ni siquiera podré pedir ayuda.

Comí un poco de pan con mermelada, bebí jugo de naranja, comí frutas... y nada del gobernador. Quizás duerma unas horas más. Está cansado. Necesito irme. Si su esposa llega aquí, me arrancará los cabellos.

Le digo a Abigail que volveré a la habitación. Al menos ella no me juzga ni me ve como la puta del gobernador.

Llego al pasillo de la habitación y camino en silencio, sin hacer ruido. Me pongo unas pantuflas suaves. Mi mano toca la manija y la siento ser forzada desde dentro. La puerta se abre en un instante, revelando al hombre musculoso, con expresión somnolienta y perturbada por haber despertado. ¿Tuvo una pesadilla?

— Ella, pensé que te habías ido.

Salivo al ver todos los botones de su camisa abiertos. Aaron usa una camisa blanca de vestir, con las mangas dobladas hasta las muñecas, revelando su Rolex. Conozco la marca. Cuando él lleva la mano a la pared, noto la alianza en su dedo. No la quita en ningún momento.

— Desperté hace un tiempo. Vine a buscar mi mochila y mis ropas para irme. No puedo ir en pijama — bromo. — No con la ropa de tu esposa.

— Ella, ¿realmente no sabes?

— ¿Qué?

Aaron explora mis expresiones, intrigado. Cuando cruza los brazos, acentúa más la definición de su pecho.

¿¿Qué no sé?? ¿Qué misterio es ese?

— Me preocupé por ti.

No tengo respuesta, porque él ha sacudido todas mis estructuras emocionales.

— ¿No tenías un viaje?

— No podría dejarte sola. No sería capaz de eso. Ella, es más fuerte que yo.

— ¿Qué quieres decir?

De verdad, no sé si entiendo bien. Mis emociones y mi corazón acelerado me confunden sobre lo que él intenta decirme.

— Que eres la única persona en el mundo capaz de hacerme cancelar mis compromisos.

No tengo respuesta para esto otra vez. Él puede notar en mi rostro que estoy confusa, asustada y sin entender lo que me está diciendo.

— ¿Puedo irme? Necesito cambiarme y volver a casa. Ya abusé demasiado de tu hospitalidad y generosidad.

— ¡Quédate! — Todos sus pedidos parecen órdenes.

— No puedo quedarme.

— ¿No quieres o no puedes?

— ¿Por qué debería quedarme?

— Porque así como yo te quiero, puedo ver en tu mirada que tú me quieres, pequeña.

— Yo...

— ¡Ella, quédate! — Su voz sale más ronca de lo habitual, expresando su voluntad.

— No soy tuya para darme órdenes, gobernador — le retruco, molesta porque siempre quiere demostrar que es él quien manda.

— Puedes ser mía, Ella. Tu cuerpo ya es mío. Mira cómo te estás reprimiendo, ansiosa por cada toque mío, cariño.

Aaron me deja confundida. ¿Por qué se refirió a mí como "querida" en español? Él es bueno, porque logra ver a través de mi alma. No soy buena escondiendo lo que siento.

— Aaron, lo que sentimos no importa. Estuve contigo una vez, y no me arrepiento, como dije, pero no sé si podría quedarme otra vez, incluso queriéndolo. Tú no eres libre...

Mi madre me mataría si supiera que salí con un hombre casado.

— Ven conmigo, Ella. Quiero mostrarte a alguien — pide amablemente, a través de la mirada, tomando mi mano. Termino permitiendo.

Él camina conmigo por otro pasillo y nos detenemos frente a un aparador de vidrio. Al lado, hay un gran florero con una planta de la que no sé el nombre. Es natural y crece sin necesitar exposición a la luz solar. En la pared hay un cuadro, que diría que mide unos 20x25 cm y 16x16 cm de ancho. Ahí hay una mujer hermosa. Es pelirroja, usa un vestido rosa, del color de la sandía. Tiene el cabello liso y largo. Es hermosa y está embarazada.

Aaron suelta mi mano y la mete en el bolsillo del pantalón, mirando, con admiración, a la mujer.

Si ella es su esposa, ¿quién era la mujer de ayer? Porque no era la misma.

— ¿Es tu esposa? — pregunto al notar que el modelo de alianza en su dedo es igual al que Aaron usa.

Ella está embarazada, con una panza enorme; seguramente, de las trillizas.

— Sí.

— Es hermosa. — No sé a dónde quiere llegar, mostrándome la foto de su mujer. — Las chicas se parecen mucho a ella.

¿Viven en una relación abierta? ¿Es eso lo que quiere decirme?

— Las chicas son una copia fiel de la madre.

— ¿Por qué me estás mostrando una foto de ella? Es una foto hermosa. Tu esposa estaba muy bonita embarazada.

— Margot y yo estuvimos casados por 4 años, 2 meses y 17 días.

¿Él dijo "estuvimos"? Entonces, ¿ya no están casados?

— Aaron...

— Ella falleció hace tres años, cuando las chicas tenían 2 años.

Qué horror.

¿Margot murió? ¿Su esposa falleció hace tres años? Entonces, ¿quién era la mujer que estaba con él en el evento? ¿Tal vez su cuñada? Ella tenía el cabello del mismo color que las niñas.

Puedo ver en sus ojos un dolor profundo. Hay una herida en su corazón. El dolor está en su alma. El dolor de quien perdió a alguien amado.

Entonces, ¿él es viudo? Quiero desaparecer en este momento. Debe odiarme por haber hablado de ella todo ese tiempo.

— Todo ese tiempo que hablé de tu esposa, que la mencioné... No sabía de nada. ¡Dios mío! Qué idiota que fui.

— No es tu culpa, simplemente no sabías. Por lo que veo, no te involucras lo suficiente en política para saber sobre la vida personal del gobernador del estado en el que vives.

Salimos de ese pasillo y volvimos a la habitación.

Fui tan innecesaria todo este tiempo y la juzgué mal, creyendo que era un libertino que traicionaba a su esposa. Jamás podría haber imaginado que era viudo.

¿Aaron todavía sufre por la pérdida de su esposa? ¿Por eso usa siempre alianza? ¿La ama todavía?

— Durante mucho tiempo, no me atreví a mirar a otra mujer, hasta conocerte — confiesa, sin creer en lo que dice; no por vergüenza, sino por haberse involucrado conmigo.

— Fui tan inconveniente... — me siento culpable y triste por no haber percibido su dolor.

— No te disculpes. Al contrario, eres la única persona que habla de ella y no me molesta.

— Lamento mucho tu pérdida, tu dolor y las niñas. — Las niñas... Mis ojos se llenan de lágrimas. — Eran una familia tan hermosa.

— Eres la primera persona que no me dice que la olvide. — se sorprende.

— Nunca podrás olvidarla, nunca. Margot fue la madre de tus hijas. Aunque se haya ido de esta vida, siempre será la madre de ellas y tendrá un lugar especial en tu corazón y en el de las chicas.

No me atrevo a preguntar cómo falleció.

— Solía odiar a personas como tú.

— ¿Personas como yo? — ¿Sabe que soy inmigrante?

— Fotógrafos y toda la prensa. Fue por culpa de gente así que ella perdió la vida. Fue por una persecución para conseguir una foto inédita de la esposa del gobernador, quien nunca le gustó aparecer en los medios.

Pobre Aaron. Qué fatalidad más triste.

— Por eso te enojaste conmigo cuando tomé fotos de tus hijas. — Ahora puedo entender toda su rudeza aquel día. El hombre quería involucrar a la policía por unas fotos.

— Sí. Por eso fui tan rudo en nuestro primer encuentro. Perdóname.

— Estás perdonado. Tienes motivos para odiar los flashes. No sabía nada de esto. Prometí no buscar nada en Google sobre tu vida, porque creía que nunca más te iba a ver.

— La vida suele ser impredecible. Aquí estoy, completamente perdido en mis convicciones. Eres fotógrafa. Debería odiar a todas las personas que usan una cámara, no estar pensando en ti noche y día desde mi cumpleaños, cuando dormimos juntos.

— Me avergüenzo por las circunstancias. — Me vendí por 30 mil dólares, y él me pagó 100 mil.

— Ahora sabes que no estoy casado.

— Ahora lo sé. Sin embargo, no olvidé el cheque que me dejó.

— Tómalo como un regalo. — Él logró hacer desaparecer mi vergüenza por esa actitud. — Y como la propuesta que tengo para ti.

— ¿Propuesta?

— Quiero que vengas conmigo a International Falls por cuatro días. Tengo una propiedad en la zona rural. Despertaste en mí el ardiente fuego de la pasión, y quiero tenerte para mí. Cuatro días es

todo lo que pido. Yo, tú y una hermosa vista del campo. ¿Qué dices?

— Aaron, ni siquiera nos conocemos bien. Quiero decir, tú eres una persona pública. Debería saber más sobre ti, pero...

— Detrás de la fachada de gobernador, soy solo un granjero. ¿Vienes conmigo? Es todo lo que pido. — No parece ser una persona que pide, más bien que exige.

— Acepto. — Cuando me di cuenta, ya había hablado.

Hasta dónde me llevará esta pasión ardiente, no lo sé, pero necesito descubrirlo.

Capítulo 10

AARON

Observo, a través de las cortinas blancas que se mueven de un lado a otro, el reflejo del sol entrando en el ambiente. Un aroma a flores está presente, proveniente de su cabello.

Jazmín.

A veces jazmín, a veces vainilla. Las curvas aparecen en mi horizonte, así como los ojos verdes brillando como dos estrellas en el anochecer, sonriéndome. Margot camina, sosteniendo su vientre con las manos. Trillizas. No es fácil cargar tres bebés en el vientre. Ella se queja de vez en cuando de estar muy cansada y de tener los pies hinchados.

Mi Margot me sonríe. Gano mi día cada vez que la veo sonreír. Aunque esté cansada, por estar en la recta final del embarazo, ella logra tener esa hermosa chispa en los ojos que me conquistó desde el primer momento en que la vi. Siendo la hija del secretario de infraestructura, siempre ha tenido una vida cómoda y, para muchos, era considerada una "patricinha". Lo cual no es un hecho. Nunca conocí a alguien con tanta bondad en el corazón como mi esposa.

Me encuentro soñoliento, sentado en el lado derecho de la cama. La sábana me cubre hasta el ombligo y mi cabeza está adolorida. El tercer año de mandato me está costando toda mi energía. Anoche, llegué cansado de otra viaje a municipios. Ser gobernador exige mucha responsabilidad y dedicación, muchas veces, en tiempo completo.

Mi padre fue gobernador dos veces y senador dos veces, y mi hermano es el senador del estado de Washington. Está en nuestra familia desempeñar papeles importantes en la política. Sin embargo, diferente de mi padre y de mi hermano, yo preferí seguir la tradición en un estado más tranquilo y sereno. No era mi sueño convertirme en gobernador, pero escuché los consejos de mi padre. Después de graduarme en derecho, entré en el campo de la política.

Soy admirado y elogioso por el excelente trabajo que estoy haciendo, pero nada es más satisfactorio que despertar y ver a mi hermosa esposa sonriendo. Soy el hombre más importante del mundo porque ella sonríe, aunque esté cansada.

— Perdón si te desperté. Vine a ver cómo estabas. No vi que habías llegado ayer de viaje, porque dormí en la habitación de las niñas. Ella está quedando muy hermosa, justo como siempre soñé.

Margot se sienta en la cama, estira la espalda y yo deposito un beso en el rincón de su suave cuello. La suerte en la vida no es ganar dinero, es tener esto aquí: ella y, pronto, nuestras hijas.

— Llegué tarde, por eso no te desperté. Vi que estabas durmiendo en la habitación de las niñas y prefirió dejarte sola.

— Aaron, nunca me dejes sola. Sentí que me hacía falta, querido. Solo fue una semana, pero sabes que, en el futuro, estaremos lejos por el resto de tu vida.

Frunzo el ceño. ¿Qué quiso decir Margot? ¿Por qué estaremos lejos?

— No estaremos lejos, querida. Te lo prometo. — La opresión que siento en el pecho me dice lo contrario de lo que mis labios dijeron.

Mis manos quieren posarse en su piel suave, pero no puedo. De repente, es como si Margot ya no estuviera conmigo. Busco sus ojos, pero no los encuentro y salto de la cama para buscarla. Corro hasta la varanda, llamando su nombre. La opresión en mi corazón me deja sin aire. Llevo la mano izquierda a esa zona y hago masajes para aliviar esa sensación. La asfixia domina mi ser.

Salgo inmediatamente de la habitación, en dirección a la de nuestras hijas. ¿Dónde puede estar Margot? Al abrir la puerta, en desesperación, no encuentro nada en la habitación. ¿Qué pasó con el cuarto? Se han desaparecido las tres cunas alineadas y las estanterías con las muñecas Barbie que Margot compró, en un intento de hacer que las trillizas se enamoraran de su dibujo favorito en la infancia. ¿Cómo es posible que no haya nada aquí? ¿Quién se llevó todo? Las peluches, la cama que se había preparado para que mi esposa durmiera en la habitación cuando la niñera estuviera de descanso, la mecedora de lactancia...

Al principio, nos asustamos con el embarazo de trillizas. Nos asustamos con la idea de ser padres de tres niñas. Sin embargo, el susto solo fue en el momento en que se reveló la noticia. En mi familia, ya ha habido casos de gemelos y trillizos. Mi padre era

gemelo, al igual que mi abuela materna. Y ella contaba que su abuela tuvo hermanas tricigéneas. En la familia de Margot también hay casos. Entonces, esta noticia no debería ser un shock para nosotros. Preparámos todo para la llegada de las niñas con mucho amor, desde la elección de sus nombres hasta la planificación de su primer día de clases. Estamos tan felices, que ni nos acordamos de las dificultades que será tener tres bebés recién nacidas en casa. Confort y amor no faltarán. De eso, no tenemos dudas.

— ¿Margot? Querida, ¿dónde estás?

La adrenalina en mi cuerpo no me permitió sentir antes lo frío y húmedo que estaba el suelo, debido a la ola de frío con heladas que empezó la semana pasada. En unos días, empezará la nevada.

¿Por qué no responde?

¿A dónde fuiste, amor mío? ¿Por qué no apareces?

— ¡Margot! — grito, exasperado.

Termino asustándome con los llantos de nuestras hijas, doy la vuelta y corro hacia la escalera. Desde arriba, las veo, tan pequeñas e indefensas, llorando.

Kaylee, que siempre sonrie por todo, solloza. Hailee, mi cara de luna, abraza a la abuela, quien también llora. Y mi pequeña y delicada Skylar, con los deditos en la boca, ojos rojos y lágrimas humedeciendo sus mejillas, se aferra a su pequeño osito.

Mi madre no sabe qué decirme ni qué hacer. Las niñas son muy pequeñas y frágiles.

— Querido, lo siento mucho. Los fotógrafos... Ellos fueron los responsables de la muerte de Margot. Ellos deben pagar.

Llevo las manos, desesperado, a mi cabeza. ¿Murió mi Margot? No puede ser. Mis hijas son muy pequeñas para vivir sin su madre. No puedo vivir sin la única mujer que amé en toda mi vida.

Me siento en la base de la escalera, permitiendo que las lágrimas y el dolor dominen mi ser. Perdí el amor de mi vida, y nuestras hijas tienen solo 2 años.



Tomo aire de una vez para mis pulmones. Me desperté con dificultad para respirar.

Una vez más, soñé con el pasado, con recuerdos de mi esposa embarazada y de lo felices que estábamos por la llegada de las niñas. Aquella noche fue una pesadilla: ella regresaba a casa después de un evento benéfico, con el conductor. Ambos comenzaron a ser perseguidos por fotógrafos y paparazzi. Fue entonces cuando el conductor de la familia en ese momento decidió hacer un desvío, pero por ir a alta velocidad, chocó contra un camión. Los dos perdieron la vida esa noche.

Perdí al amor de mi vida, la madre de mis hijas.

Las niñas lloraban porque su madre no había llegado a casa. Mi madre ya sabía lo que había pasado y trataba de consolar a las tres, que no entendían nada. Eran muy pequeñas. Y hoy, tres años después, todavía son mis bebés.

Me desperté con dolor de cabeza, en otra mañana rutinaria de mi día a día, lejos de casa, siguiendo el sueño de mi familia. Como gobernador del estado, tengo deberes semanales que cumplir, sin descanso. Me baño a las 05:30, hora en que despierto todos los días. Incluso antes de que suene la alarma, muchas veces ya estoy de pie. El reloj automático es mi mente.

Estar lejos de casa no es una tarea fácil. No cuando tres princesitas hermosas están esperando, ansiosamente, mi llegada. Skylar, que casi nunca habla, pidió "por favor, papá" por videollamada anoche, para que fuera a casa. Será el cumpleaños de la hija de un amigo mío, un abogado reconocido. Bernard forma parte de mi equipo competente de abogados, que cuidan y protegen mi imagen personal y profesional. Somos amigos desde la

secundaria. La invitación fue enviada hace aproximadamente un mes y medio. Mis hijas no suelen salir de casa para asistir a eventos. Me gusta decir que, en casa, están más seguras. Mi puesto me exige protegerlas de una realidad que, en la mayoría de los casos, puede ser perturbadora y incómoda por la prensa. Logré una medida cautelar en la justicia para que ningún fotógrafo o paparazzi tomara fotos de mis hijas.

Margot pagó muy caro el precio de una fotografía. No permitiré que mis hijas vivan el mismo tormento que vivió su madre.

Sin embargo, la petición de mi hija no puede ser negada. La pequeña Skylar habla muy poco. Entre las hermanas, ella es la que está más afectada por la pérdida de su madre. Sé que mi niña todavía llora por la noche, con saudade. Ella no es tan fuerte como sus hermanas. Pero, ¿cómo hablar de fuerza, si todas ellas son niñas hermosas de casi 6 años? No tienen que ser fuertes, necesitan ser amadas. Siempre intento darles lo mejor de mí. Muchas veces, he pensado en renunciar a mi mandato para dedicarme exclusivamente a ellas, pero sabía que, si hacía eso en ese momento, no podría cuidar de mis hijas. Mi mente, de vez en cuando, se distrae con el trabajo. Eso me ayuda a ser un buen padre y a no permitir que mis trillizas vean mi dolor.

— Aaron, no va a haber tiempo. La fiesta de cumpleaños empieza a las 10 horas.

— Llegaremos a las 10. Cierto, Ivy?

Ivy es la hermana menor de mi esposa. Ella trabaja conmigo desde que dejó la facultad de relaciones públicas para hacer prácticas, y se mantuvo en el trabajo a pedido de su hermana, que quería tenerla siempre cerca de nosotros. Además de trabajar en esa área, ella es mi secretaria.

— Llegaré a tiempo. — Miro el reloj en el momento en que entramos en mi jet privado. Prefiero viajar así.

— Pensé que tú y yo podríamos aprovechar el hermoso día soleado que hace en la ciudad y...

— Mis hijas me necesitan, Ivy. No voy a trabajar más hoy. Cancela todos mis compromisos en el despacho.

Ivy es una mujer excepcional de 30 años, hermosa y muy competente, además de ser tía de mis hijas. Hemos recibido mucho apoyo de ella tras la pérdida de mi esposa. Ella también perdió una parte de su corazón, a su querida hermana.

Puedo notar un leve descontento en su rostro, que pronto se llena con una sonrisa contenida.

Veo las nubes blancas por la ventana de la aeronave. Me gusta observarlas y, así, buscar tranquilidad a través de la vista. A Margot le encantaba volar. Ella decía que estar entre las nubes era mágico.

Pero realmente mágico era estar con ella, sin importar dónde.

Han pasado tres años desde su muerte. Tres años largos, y todavía sueño con ella. La mayoría de mis sueños son recuerdos de nosotros, mientras que la otra parte suele ser de pesadillas. Me culpo por no haber evitado aquel accidente. Debería haber acompañado a Margot y buscado, como prometí. Sin embargo, la agenda llena me hizo entrar en una videoconferencia en casa y el conductor fue a buscarla, para que nunca volviera.

La vida con ella era más ligera y mi carga no era tan pesada. Un día, los dos y nuestras hijas viviríamos en el campo, como ella siempre quiso.

Pero no ocurrió como queríamos.

Descubrí, de la peor manera, que puedes tener todo el dinero del mundo, pero nunca podrás comprar el tiempo. Las personas que amamos pueden dejar nuestras vidas en un abrir y cerrar de ojos, para nunca más volver.



Haré una sorpresa para las niñas, asistiendo a la fiesta de cumpleaños de la hija de mi amigo. Tuvimos un pequeño retraso de 15 minutos en el aterrizaje y enfrentamos el tráfico debido a una obra en el asfalto, en total 40 minutos de retraso. Odio cuando suceden este tipo de situaciones. Estoy acostumbrado a controlar mi tiempo minuto a minuto y segundo a segundo, y nada puede salir mal. Cuando esto pasa, generalmente, me molesto, como ahora.

El condominio donde se realiza la fiesta es el mismo donde vivimos, por eso permití que mis hijas vinieran con la niñera. Mi madre también ayuda con las nietas en la medida de lo posible, mientras buscamos otra niñera. Una de las razones por las que despidieron a la última fue por haber molestado a Skylar. Mi hija es delicada, así que no acepto que la hagan llorar. Quien sea, no lo tolero. Claro que reembolsé a la joven, aunque hubiera trabajado poco tiempo en nuestra casa, y la recomendé a otra familia. Ya sabes cómo es... Cuando eres gobernador, todo es motivo para escándalos.

Encuentro a Bernard cerca de la entrada del evento. Él me toma de la mano, emocionado con el cumpleaños de su hija, saludándome con una sonrisa contagiosa. Está siendo un gran padre. Un ejemplo a seguir.

— Mi amigo, qué bueno que pudiste venir. Tus hijas estarán muy emocionadas. Las vi cerca de la fuente.

Así es una fiesta infantil: el padre combina con la ropa de la pequeña. En los tiempos de mi padre, eso sería exponerse al ridículo.

— Estaré poco tiempo. Estoy cansado, amigo. Solo vine por las niñas y, claro, por nuestra amistad.

— Pitter está aquí. Digamos que está desfilando por ahí, como el nuevo jefe de policía.

— Te felicitaré si lo veo.

Voy hacia el lugar donde me dijo que vio a mis hijas. Intenté comunicarme con la niñera, pero no contestó. Como siempre, debe

estar con el celular en silencio. "Perdón, señor. Se me olvidó". "Eso no volverá a ocurrir". Estoy perdiendo la paciencia con esa mujer.

Barro todo el lugar con la vista, muy observador, hasta que veo a mis hijas sentadas en la fuente, balanceando las piernas y entusiasmadas por algo. Reconozco las miradas traviesas de las tres. Seguramente, Kaylee está haciendo alguna travesura con la niñera. Noto que Patty está conversando con una mujer.

En el momento en que mis ojos se fijan en ella con fascinación, pienso: "La mujer más hermosa que he visto en mi vida".

¿Quién es ella?

¿Cuál es su nombre?

Necesito saber quién es.

En ese momento, no me reconozco. Es como si no fuera yo mismo al ver a ese ángel con cabello rizado, sosteniendo una cámara en las manos y sonriendo a la niñera de mis hijas, como si ambas fueran íntimas. Para sonreír así a alguien, solo puede ser bastante cercana a ella.

La sangre empezó a bombear más fuerte por mi corazón, elevando mi excitación, como no ocurría en mucho tiempo. Por unos instantes, me quedé paralizado ante aquella sonrisa deslumbrante en su rostro.

Es la mujer con la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida.

Capítulo 11

AARON

Me gusta cómo ella sonríe.

Ella no actúa como si fuera el centro de atención, como la mayoría de las mujeres que he conocido en mi entorno social. Observo la manera en que sus dedos sujetan una mechón de cabello

que cayó sobre sus ojos. Ella no aparta la atención de Patty, que está frente a ella, y frunce el ceño como si desaprobara algo que escuchó de ella, pero no se descompone, como la gran mayoría de las mujeres que he conocido. Sus labios son carnosos, en una proporción increíblemente fascinante, lo que le da una sonrisa deslumbrante, y sus ojos son de un marrón oscuro predominante. Ese color realza su mirada, logrando que tenga una de las miradas más confiadas que he visto. Sin hablar del cuerpo esculpido con la mayor perfección humana. Esas curvas definidas atraen a cualquier hombre. Basta con que mire a mi alrededor para que vea dos o tres hombres mirando a la mujer cuyo nombre no sé.

¿Qué estoy haciendo? Respiro hondo al despertar estos pensamientos insanos.

Esa piel color almendra está causando revuelo a su alrededor. Noté que Fred Caulper está mirando a la mujer con los ojos, sin ni siquiera conocerla. ¿Quién se cree que es para mirar así a una mujer que no es suya? No puedo permitir que desee tener algo que no le pertenece.

Siento una presión en el pecho, irritado por la situación. Voy a resolver esto ahora mismo. Voy a pedirle explicaciones a él y a todos los hombres que están codiciando a esa hermosa mujer que no les pertenece.

Espera...

¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo exigir una explicación, si ella tampoco es mía?

Aaron Maxwell, ¿qué te está pasando? Ella sostiene una cámara, así que no puede ser una buena persona y no merece tu respeto, mucho menos tu preocupación.

Todos los fotógrafos y paparazzi están de más, son insensibles, oportunistas y seres despreciables, capaces de todo por una foto. Incluso pueden quitarle la vida a personas inocentes por obtener la foto perfecta. Por eso odio a todos en este ramo, sin excepción: hombres o mujeres, niños o ancianos. Los rechazo a todos.

De repente, veo que mis hijas llaman la atención de la muchacha. ¿Están haciendo una pose para tomar una foto? ¿Quién se cree esa mujer para fotografiar a mis hijas? ¿No sabe que puede ser arrestada por eso? En el momento en que el flash de su cámara captura la imagen de mis muñecas, el odio domina mi ser y ya no pienso en nada más; solo en que esa fotógrafa deje de molestar a las niñas.

Con pasos firmes, camino hasta ellas y me detengo justo detrás de ella. La furia en mis ojos es captada por Patty, que, por cierto, es una irresponsable y está a punto de perder su trabajo por su actitud frágil de no impedir que algo así ocurriera.

Esa joven sostiene la cámara con la imagen de mis niñas en la pantalla y parece que ya tiene una opinión formada sobre mí. La escucho atentamente.

— ¿Qué clase de padres no acompañan a sus hijas en una fiesta infantil? Pobres niñas. Daría cualquier cosa por tener a mi papá conmigo. Lamentablemente, falleció hace algunos años. No entiendo a los padres que no pasan tiempo con sus hijos. Si yo fuera la madre de esas tres lindas niñas, no las dejaría solas por nada. Por cierto, tu jefe es un idiota. Seguro que es un ricachón mediocre.

¿Esa chica está jugando con la vida? Primero, por haber tomado fotos de mis hijas sin mi permiso, cuando todos saben que eso está prohibido. Segundo, por tener una opinión formada sobre mi familia. ¿Cómo podría estar la madre de ellas presente, si está muerta? ¿Y qué hay de que yo sea un idiota y un ricachón mediocre? Creo que ella es de la oposición. Lo cual no afecta en nada a mi ego. Los pensamientos que la gente tiene sobre mí no son interesantes.

Pero no permitiré que mencionen a mi familia. ¿Acaso, por ser fotógrafa, cree que sabe demasiado acerca de mi vida? Soy una figura pública bastante reservada. Lo que no le da derecho a sacar conclusiones precipitadas sobre mí.

Ningún encanto en este mundo me hará tener paciencia con esa mujer. Solo Dios sabe cómo me gustaría darle unas palmadas en

sus nalgas en este momento, para que aprenda a tener respeto en su atrevida lengua.

Patty no hace otra cosa que temblar. Es casi graciosa, porque comete errores y luego tiene miedo de perder su trabajo. Lo bueno es que mis hijas le gustan, y para ellas es difícil perder a alguien a quien aman.

Cuando la mirada de la fotógrafa cruza con la mía, por un instante, ella queda paralizada. La miro de pies a cabeza y solo entonces noto los mechones rosas en su cabello.

Es una barbie, como dicen que quieren que sea mi novia. Resulta que ellas tienen una muñeca Barbie morena con mechones rosas en el cabello, su favorita. Las chicas siempre repiten que quieren que encuentre una novia igual a su muñeca.

En un primer momento, veo entusiasmo en los rostros de las tres. Me miran como si la fotógrafa fuera mi novia.

— Vamos a comer helado, papá. Ven con nosotros.

Mis ojos no pueden creer lo que veo. Mis oídos disfrutan de la dulzura en la voz de mi Skylar. ¿Ella dijo una frase completa después de tanto tiempo? Al principio, parezco estar sorprendido por el acontecimiento. Mi pequeña está hablando.

Mi corazón se llena de alegría por haberla escuchado decir una frase larga conmigo. Ella pasó los últimos tres años con la ayuda de la fonoaudióloga y psicólogos, pero nunca decía más de tres palabras, como "papá", "sí" y "no". Siempre mueve la cabeza cuando quiere algo, me toma de la mano y me lleva a donde desea estar, pero ahora dijo una sola frase de una vez.

¿Qué la hizo hablar así?

La llevaré a casa ahora mismo. Este gran avance debe celebrarse. Hago una señal a Patty para que lleve a las niñas, pero antes de ir con ellas, la fotógrafa necesita aclararme algunas cosas.

No va a escaparse de mí.

— Adiós, Ella. Me encantó conocerte. — Skylar nunca se acerca a desconocidos, ¿y ahora dice que fue un placer conocer a la mujer?

No quiero pensar que esa fotógrafa pudo tener algo que ver con que mi hija esté hablando así. Su voz es dulce, como la de las hermanas, pero sensible.

— Adiós, Skylar. — La joven hace una despedida suave.

Patty se lleva a las tres. Todavía estoy fascinado con la voz de mi hija y maravillado con su progreso, pero no olvido que esa mujer tiene fotos de las niñas. En el instante en que da un paso para irse, la agarro fuerte de su brazo, furioso.

Ella me mira con miedo, asustada.

— ¿Quién te crees para tomar fotos de mis hijas sin mi permiso? — Espero que mi voz autoritaria le cause escalofríos.

Antes de que me mire así, asustada, que haya pensado bien y no haya tomado fotos de las trillizas.

— Señor, me duele el brazo. — Ella dijo tan bajo que casi no escuché, cubierto por mi ira.

Otra cosa que me distrae es el aroma que sale de su cabello. Eso provoca que cierre brevemente los ojos e inhale el delicioso olor a fresa.

— Pregunté quién te crees para tomar fotos de mis hijas, señorita. — Sigo sujetando firme su brazo. A toda costa, intenta soltarse de mí, hasta que cedo y la suelto.

— Soy la fotógrafa de la fiesta. ¿No es evidente? — Ella me mira con tanta molestia que sus ojos casi se llenan de lágrimas.

— No tenías autorización para tomar fotos de las niñas. Borra inmediatamente esas fotos — ordeno, frente a esos ojos apretados y mejillas enrojecidas de rabia.

Ella sujeta la cámara con fuerza involuntariamente, como si ese objeto fuera su bien más preciado.

Su respiración agitada baila en sintonía con la mía. Ella parece confundida, sin entender mi reacción.

— Borra esas fotos de inmediato, o llamaré a la policía, señorita.

Su rostro cambia del agua al vino y adopta una postura más neutra, dominada por el miedo. Su cuerpo entero está en alerta. ¿En alerta por qué? ¿Qué tiene esa joven contra la policía para estar tan asustada que quede muda?

— Por favor, no llame a la policía, señor — Ella tiembla al intentar hacer algo con la cámara. — Yo borro las fotos ahora mismo, si quiere. ¿Quiere que tome la cámara? Aquí la tiene.

Cruzo los brazos, intrigado. Quiero saber qué la llevó a actuar así, aterrorizada, o tal vez temiendo perder su trabajo.

— ¿Por qué tanto temor? ¿Eres alguna criminal? ¿Faces algún proceso? — Ante su silencio, continúo. — ¿Acaso, mis hijas estaban hablando con una delincuente?

Cuando ella levanta el pecho para hablar, noto que tiene un poco de acento en su inglés. O quizás solo está nerviosa.

¿Realmente no sabe con quién está hablando?

— En primer lugar: más respeto, señorita. No soy una delincuente. No estoy haciendo nada malo, solo creo que no deberíamos involucrar a la policía en una situación tan tonta como esta. Me contrataron para fotografiar a los niños. Pido disculpas si no sabía que sus hijas eran una excepción. — En la última parte, noto un tono burlón en su voz. Odio cómo habla esa gente más joven.

— Debería saber que con solo acercarse a mis hijas podría haber sido arrestada. — Me acerco más a ella con la intención de tomar la cámara.

— No podía saber eso en una fiesta infantil a la que fui contratada para tomar fotos. Y no es como si fuera a lastimar a sus hijas. — Ella se muestra ofendida.

— Me quedaré con esto aquí. — Retiro el disco duro de la cámara y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón. — La cámara no me interesa, solo los contenidos que había en ella.

La mujer casi llora cuando tomé el disco duro. Imagino que debe ser caro. Quizá esté pensando en cómo hará para comprar otro. O si trabaja para alguna empresa, tendrá que rendir cuentas. Es divertido ver la molestia en su rostro. Debe estar maldiciéndome mentalmente. Es del tipo de persona que, si sus labios no expresan algo, no puede ocultar la expresión fácilmente. La miro nuevamente con mucha atención. Ella sigue siendo una mujer hermosa, a pesar de trabajar en el campo que más rechazo.

— ¿Perdiste algo? Si piensas que soy una criminal, ¿por qué no revisas mi historial? ¿Acaso eres detective? ¡Qué estúpido (idiota)!

— Vuelve a tu trabajo. — Me cansa con su insolencia.

— Volveré cuando quiera. No me paga usted. No puede darme órdenes, majestad. — Ella aún tiene la osadía de enfrentarse a mí.

— Qué lengua afilada tienes, señorita. Deberías tener cuidado al hablar así conmigo. No tienes idea del problema en el que te estás metiendo.

Desacatar a una figura pública es delito y resulta en prisión.

— ¿Y quién es usted? ¿El presidente de los Estados Unidos? ¿El rey Carlos de Inglaterra? Creo que no. Usted es viejo, pero no como él. Y ambos serían más educados — retruca.

Doy un paso adelante, cerrando los puños, ante la audacia de ella. Ella se burló de mí. Me comparó con un presidente, menospreciando mi cargo político, y también me comparó con un viejo rey, burlándose de mi edad. Chica atrevida. Me gustaría crear una ley para castigarla.

— Conoce tus límites, señorita. Vuelve a tu trabajo, si no quieres que cambie de opinión y llame a la policía.

La observo dominar el español con mucha facilidad y llego a admirar lo sexy que suena su voz en otro idioma.

— Mamá siempre dice que cuanto mayor se hace la gente, más amargada se vuelve. ¡Hijo de puta!

Ella reforzó que soy viejo. Chica atrevida. Si supiera que tengo la palma de la mano inquieta...

¿Habla tan bien ese otro idioma o solo lo hizo para molestarte?

No tengo tiempo para responder, porque escucho la voz de mi amigo llamándome.

— Aaron. — Pitter viene en mi dirección, con una sonrisa de oreja a oreja, seguramente por la promoción. — Perdón. Debo decir: señor gobernador del estado de Minnesota, qué honor tenerlo aquí.

En ese momento, mi mirada está completamente en mi viejo amigo, que llega a molestarme con tanta alegría por un trabajo.

— Es mejor que diga "su excelencia". ¿O prefiere "su excelencia", señor gobernador? — Él no pierde oportunidad para irritarme por mi cargo.

Noté que la señorita quiso desaparecer cuando oyó que Pitter me llamó gobernador. ¿Realmente no lo sabía? ¿En qué mundo vive ella? La morena quedó atónita, avergonzada y callada, como si nunca hubiera sido insolente.

Decido divertirme un poco, haciendo que ella se asuste más, mencionando el cargo de Pitter.

— Tú llegas a ser comediante, Pitter. Que ser jefe de policía te ha puesto de muy buen humor.

La fotógrafa intenta disimular el impacto que sintió al saber quién soy yo y quién es mi amigo.

— ¿Algún problema por aquí, Aaron? ¿Estoy molestando?

Hago señal de que no.

Le busco los ojos. Mi hija dijo su nombre. Si no me equivoco, es Ella. Por cierto, un nombre hermoso. Singular.

— ¿Señorita? — Me divierto con su incomodidad.

— Por favor, ¿su excelencia?

Quise reírme cuando me llamó así. Su vocabulario cambió radicalmente.

— Pensé que mi nombre era otro. La señorita dijo otra cosa en español, algo como hijo d...

— No, no dije nada. — Ella está nerviosa. — Usted debe haberse confundido. — Ella quiere desaparecer, eso lo sé.

— ¿Habla español, señorita? — para ponerla más nerviosa, pregunta mi amigo, entrometiéndose, mirándola con deseo.

¿Quién piensa que es para mirar así a mi fotógrafa?

Ante el silencio de la joven, quiero jugar.

— Parece que su español no es tan bueno para comunicarse. Ella lo usa mejor para insultar a alguien en ese idioma.

Ya no tiene más argumentos para defenderse. Saber quién soy le hizo perder la valentía y la intención de enfrentarse. Así es como todos me tratan, sabiendo quién soy: con respeto.

— Ya me voy. Espero que les gusten las fotos de sus hijas. Con permiso, su excelencia. — Ya no parece tan divertido verla llamándome así. — Señor. — Mi amigo asiente.

Ella se va, desapareciendo entre las demás personas, y la observo hasta que se pierde de vista, hasta el último momento. Salió algo avergonzada y triste. Le fui muy duro a la chica. Ahora veo que no debería haber sido tan severo.

— ¿Escuché bien? ¿Dejaste que la chica saliera viva después de que tomara fotos de tus hijas? Inconcebible.

— También lo creo.

Lo que es imposible sucede de vez en cuando.



Por la noche, en mi cuarto, cuando estoy aburrido y no puedo dormir, recuerdo que hay algo en el bolsillo de mis pantalones. Espero que todavía esté allí. El disco duro que tomé de Ella. Debería haberle hecho borrar solo las fotos, porque ese disco es caro para alguien como ella comprar. Personas como ella, quiero decir, una chica sencilla y sin muchas posesiones como yo. No debería haber tomado algo tan costoso.

Abro, en mi portátil, las imágenes que estaban en la cámara. Las cinco primeras fotos son de mis hijas. Skylar tiene una sonrisa deslumbrante. No sonreía así desde hacía tiempo. Incluso, esta mañana, en la tarde, mi hija dijo algunas palabras más, como "quiero mis fotos, papá".

Las chicas me recibieron con "papi, esa chica es la barbie. Tienes que salir con ella". Eso fue cosa de Haylee, la más traviesa. Son muy inocentes. Imagínate. No puedo salir con alguien que apenas conozco, y además, alguien que me considera un viejo.

No debería husmear en las fotos, pero ignoro las del evento y las de otros niños y adultos, maravillándome solo con las de la fotógrafa. En el evento, ella estaba de pie, distraída, cuando alguien le tomó fotos. Creo que ni ella las vio. Son las primeras del disco duro. Sus curvas son el éxtasis de cualquier hombre y sus ojos son vibrantes, incluso con gafas. ¿Qué tiene esa mujer que me deja tan fascinado por su belleza?

Ella no es más que una fotógrafa atrevida y parlanchina.

No puedo pensar en ella. Sería traición pensar en otra mujer, aunque fuera solo para sexo, para una noche y nada más. Desde que perdí a Margot, no he estado con otras mujeres. El dolor del duelo que vivo no me permite abrir espacio para alguien más.

Cuando ella murió, morí también. No sentí deseo, ni siquiera carnal, por ninguna otra mujer en estos tres años. Por eso no me reconozco ahora, deslumbrado por esa chica con olor a fresa.

No te voy a traicionar, Margot... Nuestro amor.

Esa chica no robará mi paz, porque nunca más la veré.

Capítulo 12

ELLA

Analizo detenidamente a Aaron bebiendo su bebida destilada. Él es un aficionado al alcohol. En eso, somos completamente diferentes. Percibo que sus expresiones faciales son extremas y que él está serio. Desde el momento en que salimos de su apartamento, todavía no me ha dirigido la palabra, desde Saint Paul hasta su casa

de campo, que no tiene nada de modesta. Pude maravillarme con una hermosa vista de la vida rural. La calma que hay en este lugar me deja completamente relajada. Tan pronto como llegamos aquí, después de algunas horas en su jet privado, pude ver, por primera vez, lo poderoso que es. No veníamos en nada que fuera del gobierno, todo era suyo, parte de su herencia. Era lo que los pilotos decían en cuanto pasé por ellos.

Las personas quedaron impactadas con mi presencia. No sé si saben que soy una chica común, sin posesiones, viajando con un multimillonario. Investigué más sobre la vida personal de Aaron. No encontré mucha información en los sitios, pero descubrí que él y su hermano vienen de una familia muy reconocida en la política. Su padre también tiene una herencia millonaria, que fue pasada a los hijos tras su muerte. Son dueños de muchas empresas multinacionales, en los sectores agrícola, ganadero y de construcción. Me pareció muy interesante.

Por supuesto, quedé maravillada con la comodidad de su jet de lujo. Era como estar en un hotel cinco estrellas en las alturas. El vuelo fue tranquilo, y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en su vasta granja. Aquí hace frío, mucho frío, por estar en la frontera con Canadá. Cada vez están más próximas las frentes frías.

La única vez que escuché algo salir de los labios de Aaron fue cuando entramos en la mansión y la mujer dijo, con sorpresa:

— Su visita inesperada no nos dio tiempo de preparar muchas cosas, pero nos encargaremos de que todo salga como usted desea.

— ¿Cuál es el pronóstico del tiempo, señora Naila?

— Deberá nevar, a más tardar, en una semana.

Entonces, pensé: "Qué increíble será ver la nieve en un lugar tan hermoso como este."

Luego acompañé a Aaron hasta la habitación, que es donde estamos desde hace unos cinco o seis minutos, en completo silencio. No sé qué hacer más que temblar de frío. No traje ropa conmigo. En

Saint Paul, no hacía tanto frío como aquí, donde la temperatura más suave es heladora.

Me pregunto si el gobernador está bebiendo porque siente frío y desea calentar su cuerpo con la bebida o si fue porque se arrepintió de haberme invitado a un lugar que me parecería muy familiar y acogedor si no fuera por lo serio que está el anfitrión.

Entonces, cuando termina de ingerir toda esa bebida, obtengo sus hermosos ojos azules, sombríos como una tormenta, completamente para mí. Él sabe perfectamente que esa mirada me deja sin sentido por completo. Aaron comienza a mirarme con tanta fijación, que me pregunto si hay algo mal conmigo. No estaba preparada para ser devorada de esa manera. Eso me incomoda.

— ¿Hay algo mal conmigo? — cruzo los brazos.

Visto la ropa que usé en el evento, el uniforme de trabajo. Una labor en la que nunca más pondré los pies.

— No hay nada malo contigo. — Lo vi tan sutil y ligero, que ya no lo reconozco.

— Me estabas mirando como si hubiera algo malo en mí.

Reduciendo la distancia entre nosotros, Aaron succiona el oxígeno que debería ser mío. Su belleza impresionante y madura me deja atontada. ¿Cómo puede ser tan sexy con tanta naturalidad? Debe pensar que soy una tonta por no poder contener lo que estoy sintiendo ahora.

— Solo admiraba tu belleza. Eres perfecta de la cabeza a los pies. — Sus dedos tocan sutilmente mi barbilla, dejándome liviana. Podría hacer lo que quisiera conmigo. — Me pregunto qué puede querer una mujer tan bonita y amable de un viejo gruñón como yo.

Me río de su comentario. Él permanece serio e intrigado, entonces me doy cuenta de que no fue una broma. Aaron realmente está intrigado conmigo, con el hecho de que estoy loca por estar en sus brazos otra vez. Mientras penso en lo contrario: ¿por qué alguien como él querría algo conmigo? No se trata de rebajarme. No es

sobre menospreciarme, sino sobre las muchas diferencias sociales que hay entre nosotros.

— No eres viejo — rebato.

— Tienes 23 años, María Antonella. — Él es el único que me llama así. — Soy casi 20 años mayor.

— No parece. Y eso no importa. Creo que la edad es solo un número. Es irrelevante en este caso.

Es irrelevante porque sé que alguien como él solo quiere sexo con alguien como yo. Entonces, ¿por qué yo también no puedo aprovechar el momento y divertirme con el gobernador con la misma intensidad con la que él piensa divertirse conmigo? Sé que me trajo a este lugar remoto para que nuestro asunto no salga de aquí. Me imagino si me pedirá que firme algún documento, al final de todo, para mantener en secreto nuestro vínculo, como hacen en las películas.

— No te preocupes. No te voy a llevar a la justicia porque hayamos tenido sexo. Tampoco exigiré una compensación por esto — bromeo, pero él permanece neutral. Es difícil que se ría. — En el peor de los casos, no estarás obligado a casarte conmigo — intento otra vez. Pero en vano, pues no ríe en absoluto. — Perdóname. Mi lado humorista suele funcionar con las personas que conozco, pero quizás ellas se ríen porque me quieren mucho y no pueden... — Aaron pone un dedo índice en el centro de mis labios, haciendo que me quede en silencio.

Cierro los ojos al sentir una explosión de calor recorrer mi cuerpo. Él me dejó muy excitada con solo un toque. Su mano izquierda me recoge para estar junto a su cuerpo, uniéndonos. No niego que tiene buenas habilidades para soltar mi cabello, que había recogido en una cola de caballo.

Aaron susurra a mi oído:

— Gasta tu energía en otra cosa, pequeña. Ya que estamos en el campo, pensé en enseñarte a montar a caballo.

— Tengo mucho miedo de los caballos, nunca monté en uno.

— Te garantizo que ya has montado en mi caballo y que estás familiarizada con él. Además, soy un excelente profesor. Harás todo lo que diga, sin miedo.

— Aaron... — susurro su nombre, llorando, cuando él baja besos por la carne de mi cuello. — Esto no es sobre caballos.

— No es sobre caballos, cariño.

Sus palabras me dejan completamente sin foco para pensar en otra cosa que no sea su boca caliente, ardiente, besando mi piel con urgencia y bajando besos y lamidas por mi mandíbula. Tras abrir uno a uno los botones de mi camisa negra, me deja sin sujetador en un movimiento mágico. Luego, saborea, como un libertino, mis aréolas con la punta de la lengua. Gimo su nombre otra vez, dejándolo hambriento.

Aaron tiene una insaciable hambre por mis pechos. Siempre los he considerado muy pequeños y desproporcionados con mi cuerpo. Tengo un trasero redondo, caderas anchas y pechos pequeños. Siempre he tenido vergüenza de desvestirme incluso frente a mi madre, sin embargo, Aaron me hace olvidar toda esa timidez al comerme con la boca.

— Aaron...

Abro la cremallera de mis pantalones para ayudarlo, facilitando el proceso. En un parpadeo, me deja sin la ropa interior y mira mi intimidad, como si fuera lo único que quisiera lamer ahora. Sostengo firmemente su barbilla, besando sus labios. Él solo acepta pequeñas mordidas y no busca mi boca como en nuestra primera noche.

Espero, queriendo sentir el sabor de tus labios en los míos, pero cuando percibo que no quiere que le bese, no permito que eso nos impida sentir placer, especialmente cuando su mano desliza por mi barriga hasta llegar, con las puntas de los dedos, a mi clítoris. Incluso me sorprendo de lo mojada que estoy.

— Uuhh... Qué delicia, cariño. Estás tan mojadita que podría comer tu pequeñas piernas ahora mismo, entrando en ti de manera bruta y fuerte. Quizás eso es lo que deseas.

— Quiero que me folles. — Mordo mi labio, tentada por su propuesta.

— Muy bien, haremos lo que tú quieras. Sepas que no saldremos de esta cama hasta que ambos estemos completamente saciados y satisfechos.

Aaron me levanta en brazos de manera brusca, haciendo que suelte un gritito. Resulta que fue tan rápido, y no lo esperaba. Él me mira a los ojos como si fuera algo fascinante. Me aferró a su cuello, también mirando sus ojos, el mar azul y tempestuoso que, en ese momento, es mío. Y soy el barco navegando sobre esas olas densas. La corriente marina está muy agitad, pero creo que soy capaz de aguantar.

Él me acuesta justo en medio de la cama y observo el show de strip que hace al desabotonar la camisa y despojarse de las prendas inferiores. Su pene está duro y potente, con las venas pulsando, listo para devorarme. Tiene en su aura el gen dominante de un alfa. Ahora que tiene a su presa a la espera, no dudaré en que me devore por completo.

Aaron se posiciona entre mis piernas y desliza su pene en mi canal hasta llenarlo, subiendo las manos a mi cuello, sin piedad para apretarlo.

— Aaron... — suplico por misericordia.

Él puede ser muy feroz. Esa faceta, aún no la conocía.

— A partir de ahora, controlo tu respiración, cuántas veces vas a respirar, cuántas veces vas a llegar al orgasmo e incluso cuántas veces te vas a desmayar de placer.

— No estás usando condón — le advierto, preocupada. Él es muy capaz de engendrar bebés. Que las trillizas lo digan. Solo tres a la vez.

— Estoy a punto de follarte como un animal, ¿y tu única preocupación es si te voy a dejar embarazada? — Parece que a él no le importa eso.

Es un hombre experimentado, así que, en el momento adecuado, se quitará antes de que llegue a eyacular en mi vagina.

El chasquido de su mano en mi rostro, reprendiéndome por mi advertencia, me causa ardor. Fue fuerte. Ccierro los ojos, tomada por una extraña sensación de dolor y quema en la cabeza. Mi estómago se calienta y el corazón se acelera. Los golpes que recibo son rígidos. Él es muy grande y sus embestidas alcanzan todas las extensiones nerviosas de mi vagina. Es inevitable no sentir la presión de su pene, que esparce deseo por todo mi cuerpo.

— Mírame, Ella — exige, apretando más mi cuello — ¡Eres mía! ¡Solo mía!

Yo soy suya. Al menos en este momento, todo en mí le pertenece, desde mi respiración hasta mis orgasmos.

— Ella, ¿por qué me dejas tan dependiente de esta manera? — Aaron habla consigo mismo. Sus pensamientos e instintos lo dominan.

La cama empieza a crujir y no puedo conformarme con gemidos suaves. Llevo las manos a la boca para no hacer mucho ruido y que los empleados no escuchen. Aaron se divierte con mi actitud.

— No me prives de los hermosos sonidos de tus gemidos — suplica.

— Si alguien me oye, pensará que soy una puta escandalosa.

— Que piensen lo que quieran. ¡Eres mía!

Veo cuánto ansía los sonidos de mis gemidos. Dentro de mí hay tanto deseo, que ya no puedo contenerme. Necesito llegar al clímax, sobre todo cuando su boca baja a mis pechos. Golpe bajo. Sabe que esa es mi zona más sensible. Mientras los estimula, puedo sentir cómo se contraen todos mis músculos vaginales. En la pasión del sexo, nuestros gemidos y entregas son todo lo que existe. Mi corazón late acelerado igual que mi respiración.

Alucinado, Aaron aprieta mi vagina alrededor de su miembro, y ya no puedo aguantar más la explosión que es llegar, sintiéndome la mujer más deseada del mundo.

— Oh, Aaron... — gimoteo mientras apoyo mi frente en la suya.

En un movimiento rápido, se queda con la espalda en la cabecera, haciéndome sentar sobre su pene, después de que llegué a un orgasmo delicioso.

— Te dije que debías montar.

— Oh... Sí, tú lo dijiste.

Levanto las manos hacia la parte superior del cabecero para poder subir y bajar como él quiere. Serán movimientos peligrosos, porque no tengo manera de saber si él va a contenerse y no acabar dentro de mí. Con cuidado y atención, monto como desea y busco su boca, aunque él no acepta el beso, solo hace que eche la cabeza para atrás, para poder besarlo y deleitarse, ocupando su boca con otra cosa que no sean mis labios.

¿Por qué no quiere besarme?

Aaron parece un animal feroz al hacerme subir y bajar rápido, tan rápido que pronto me hace caer de lado para llegar a eyacular sobre mi estómago. Su descarga es caliente e intensa.

— Fuiste perfecta, Ella. Espero que estés lista para otra ronda. Durante el resto de esta tarde y noche, no saldremos de esta habitación.

Capítulo 13

ELLA

Apoyo las manos sobre la cerca de madera para admirar lo grande y hermoso que es el hombre que está montado en su caballo negro. Quien dice que los príncipes solo montan en caballos blancos, está equivocado.

Me desperté en cuanto sentí que salía un peso de la cama y me cambié de ropa. Estoy usando unos jeans y una camiseta de manga larga, debido al frío. Ropa que estaban en la maleta que Aaron pidió a la ama de llaves que organice.

Todo en esta hacienda me deslumbra, incluyendo los sonidos de los pajaritos en esta mañana fría y helada, en la que el clima está nublado por la lluvia. Una gran frente fría se acerca y, hasta el próximo fin de semana, nevará. Sin embargo, ya no estaré aquí para ver la nieve, ya que nos iremos antes.

Cuando paro a pensar en por qué vine aquí, siento un vacío completo e intrigante. No me gusta pensar demasiado en esto, porque termino creando muchas teorías. ¿Seré la primera en venir? Los empleados me miran de una manera tan extraña que incluso pienso que me ven como una prostituta, ya que siempre tienen los ojos abiertos y me observan, asombrados, como si fuera un ternero listo para el matadero.

Aaron intenta un poco fallidamente amansar el caballo, con la ayuda de otro hombre, que es el capataz de este lugar. El caballo da un golpe brusco al levantarse rápidamente y echarse para atrás, relinchando impacientemente. Me asusto, emitiendo un sonido de miedo, al ver que por poco no derriba a Aaron, que intenta calmarlo aguantando firmemente las riendas. El animal mueve la cabeza de un lado a otro.

— Oouw, campeón, calma. — La voz masculina y dominante no es del agrado del caballo.

— Señor, es mejor que dejemos descansar un poco al animal. Está asustado desde que llegó a la hacienda. — El capataz intenta acariciarlo mientras Aaron se baja de él.

Ambos hablan de algo que no puedo oír bien, porque estoy demasiado atenta solo al rostro del animal, que realmente parece asustado. Hablan de llamar a un domador para amansarlo. Él es tan bonito, fuerte, y tiene brillo en su pelaje. Creo que me enamoré de él a primera vista.

No me di cuenta de que el gobernador se acercaba a mí hasta que escuché su voz.

— ¿Te gustó el animal? — él pregunta, intrigado. Yo no parezco ser del tipo de mujer que le gusta el campo y sus peculiaridades. — Buenos días.

— Buenos días. — Sus ojos azules están fijos en los míos de una manera que hace que mi corazón acelere. — Es muy bonito. Estoy encantada con su fuerza y el brillo en su pelaje. ¿Cómo se llama?

— ¿Cómo se llama? — Aaron me mira, genuinamente confundido.

— Sí. Los animales de tu hacienda... ¿No sueles ponerles nombres? — He visto muchas películas y leído bastantes libros. La vida real no se asemeja a la ficción.

— ¿Sabes que no?

— ¿En serio?

— Algunos animales incluso tienen un nombre. Obra de la señorita Kaylee.

— Entonces, ella le dará un lindo nombre al caballo. Estoy segura.

El relinchar del caballo, yéndose con el capataz, llama nuestra atención.

— Llegó a la hacienda hace menos de un mes, y ninguna de mis hijas ha venido en este período, por eso todavía no tiene nombre. Este muchacho llegó muy asustado, y todavía estamos intentando domarlo.

— Quizá él no quiera ser domado — deduzco, viéndolo salir del corral.

Aaron salta la cerca y viene hacia mí. Es un verdadero vaquero, usando pantalón de montar y camisa de campesino.

— Es, quizás, él no quiera — afirma, con paciencia.

— ¿Te lastimaste? Por un momento, pensé que ibas a caerte.

— Estoy bien. No es el caballo más bruto que he intentado domar.

— Entonces, ¿ese es el hombre detrás del gobernador? ¿Aaron, el granjero?

— ¿Aaron, el granjero? — Frunzo el ceño. — Quizás sí lo sea. La vida en el campo es lo que más deseo.

— Este lugar es hermoso. Sé que ya lo he dicho un millón de veces desde que llegué aquí, pero es porque nunca antes estuve en un ambiente tan agradable y tranquilo como este. Sin duda, nunca olvidaré esto.

— ¿De verdad te encantó la vida en el campo, señorita Madero? — Él parece dudar.

— ¿Quién no se encantaría con esta vida, señor gobernador? — Cruzo los brazos. — Este lugar es tan...

— Reconfortante.

— Sí. Esa es la palabra que quería decir. En la ciudad, no oímos los sonidos de los pájaros y no vemos caballos tan hermosos como aquel que intentó domar. Y me dijeron que, cuando nieva, todo se vuelve más hermoso aquí. Me encantaría ver estos campos cubiertos de nieve y el lago congelado, como en las películas. Debe ser una verdadera obra de arte. — Cuando me doy cuenta, ya estoy suspirando, enamorada de las imágenes en mi mente.

Aaron me mira como si, por unos instantes, estuviera paralizado. Él no es de mostrar mucho sus emociones y expresiones, pero algo vibró en él en el momento en que me vio hablar, con tanto cariño, sobre la hacienda.

— Ya que te gustó tanto el caballo, puedes ponerle un nombre.

¿En serio? ¿Me está permitiendo? Me siento halagada con la propuesta.

Son momentos en los cuales mi mente se bloquea: en pequeños momentos con mucho significado.

— No, gracias. Esa honra será para la señorita Kaylee. Ella se pondría triste si viniera a la casa de campo y descubriera que otra persona le puso nombre al caballo.

Sus ojos atraviesan los míos con decisión.

— Me gustaría saber qué nombre tienes en mente.

— Hum... Si él fuera mío, lo llamaría Trován. — Aaron ríe como si eso le pareciera muy gracioso. — ¿Por qué te ríes de mí?

— Porque, por primera vez, pensé en un nombre para un animal. Y, adivina.

— ¿También pensaste en Trován? — Él hace un misterio, lleno de suspenso.

— No. Por eso me río, porque jamás habría pensado en Trován. — Aaron se ríe por un breve instante, intentando ser gracioso con esta situación. Y creo que ni él mismo se da cuenta.

Revuelvo los ojos ante su intento fallido de humor y pienso que esta puede ser la primera vez en mucho tiempo que intenta hacerme reír. Es la sensación que tengo. Sonrío, considerando válida su actitud de intentar estar ligero conmigo.

— Trován era el nombre de mi caballo de juguete. Mi papá me regaló un caballito cuando era niña. Tenía unos 3 o 4 años. Montaba en él y jugaba. Siempre fue bajita, así que usé mi caballo Trován por mucho tiempo. — Cuando me doy cuenta, ya compartí esa memoria con el gobernador.

— Lo siento mucho por tu papá, en caso de que no lo haya dicho.

— Gracias.

— De nada, chica de ojos almendrados.

Hago una pausa.

Él sabe que soy latina. ¡Si no lo supiera, no diría toda una frase en español!

Respiro profundo, tratando de no ponerme nerviosa por ese pequeño detalle. Aaron puede haber deducido esto por algo que dije. A veces hablo en español sin darme cuenta. Al principio, me quedo sin reacción.

— ¿Cómo conoces mi idioma?

— Domino el español por la política. Siempre es bueno conversar con otros líderes en sus idiomas. Pero tú me preguntaste cómo aprendí el tuyo. Entonces, ¿hablas también español?

¿Por qué tuve la impresión de que él está convencido de que no soy americana?

— Sí, hablo español con fluidez. — Suspiro, deseando que no siga con este tema.

— ¿Puedo preguntar cómo aprendiste el idioma con fluidez?

Sin mentiras. Aunque no esté en una relación seria con el gobernador, creo que es justo ser sinceros el uno con el otro.

— Mi madre es mexicana, igual que mi padre. Nací en México. — Decirlo de una sola vez pareció más fácil.

— ¿Mexicana?

— Sí. De la Ciudad de México.

— Sabes que, cuando te vi, encontré lindos rasgos latinos en tu bello cuerpo de sirena. Pensé que tenías alguna ascendencia cuando me hablaste en español, insultándome.

— Qué vergüenza. Comprendiste lo que dije. — Ahora solo quiero esconder mi rostro.

— Fuiste la primera persona que me insultó en años. Desde que me convertí en gobernador, la gente no se atreve a mirarme a los ojos y decirme algunas verdades. Y, bueno, tú no fuiste una de esas personas.

Aaron vive en un mundo de hipocresía, donde las personas no son sinceras. La mayoría intenta halagarlo para obtener ventajas. Pero no me parece que sea un hombre que ceda a sobornos, parece muy íntegro. Una de las cualidades que admiro en él.

— Ese día, juro por Dios que quería olvidar — repito eso en mi interior.

— ¿Te arrepientes tanto de haberme conocido?

— Podría haber sido arrestada ese día. Me amenazaste de muchas formas y todavía jugaste conmigo cuando llegó tu amigo, el jefe de policía. — Cuando descubrí que él era el gobernador, quise morir. — Quise morir cuando tu amigo te llamó "su Excelencia".

— Me gustó mucho ese día. A pesar de que fotografiaste a mis hijas sin mi permiso, lograste darme un cierto alivio al enfrentarte a mí sin miedo. Entonces pensé: "¡Vaya! Esa chica tiene valor". Podría haberte arrestado... — Aaron cruza los brazos. — Sin embargo, vi lo asustada que estabas por mi comportamiento grosero. Perdóname.

— No entendía tus motivos, pero ahora los entiendo. No me debes disculpas, Aaron.

En tu lugar, habría reaccionado de la misma manera.

— Pero me pregunto: ¿fue solo por mi actitud ruda o había algo más, Ella?

Respiro hondo, un poco tensa. ¿Cómo decirle a una autoridad del país que soy una inmigrante ilegal? Sería como confesarlo en la corte ante un juez. Me sudan las manos frías. Es difícil para mí abrirme con algunos sobre este tema. Dos de las personas que descubrieron mi condición arruinaron mi vida. Primero, mi compañera de universidad, que me delató a la dirección. Luego, mi jefe. Él merece ser castrado para aprender a nunca obligar a una mujer a ceder.

Aaron es un tipo atractivo, que me hace llegar al orgasmo con mucha intensidad, pero no es alguien en quien pueda confiar toda mi vida, pues nuestro caso tiene fecha de caducidad y está a punto de expirar.

— Señor, disculpe por la molestia. — La encargada de la hacienda es amable al sonreírnos.

— ¿Desea algo, señora Wilson? — pregunta Aaron.

Es una mujer de mediana edad y con raíces solo en el campo.

— Un telefonema para usted al teléfono fijo de la oficina. Es su hija Skylar. Quiere hablar con usted.

Aaron se queda sin reacción por unos momentos, y no entiendo por qué. Skylar es una niña dulce. Seguramente extraña a su padre.

— Iré ahora mismo. ¿Me esperas aquí para dar un paseo cuando vuelva? — me pide.

— Claro. Ve a hablar con tu hija. — sonrío.

Aaron camina rápidamente, corriendo en algunos tramos. Pareció animado de repente. También parece que es un buen padre, por lo que pude notar.

La señora Wilson me muestra una sonrisa animada.

— Señora Wilson, ¿quiere ayuda con algo? Puedo ayudarla a preparar el almuerzo. ¿Qué le parece?

— Señorita, no es necesario. El señor Maxwell nos dio instrucciones específicas para atender a usted en todos sus caprichos. Dime qué quieres, y lo haré. — Tiene un ánimo intrigante.

— No necesito nada. Voy a esperarlo aquí para dar un paseo.

— Qué bueno tenerte aquí. El señor Aaron está sonrojado como hace mucho no lo veía. Eso es gracias a usted. Sin contar que su hija está ansiosa, por teléfono, por saber si su padre está saliendo con una tal chica de mechas rosas. Debe ser usted.

La mujer pide permiso y se retira.

¿Sus hijas saben sobre nosotros? Ojalá pudiera entender qué significa que yo sea la "chica de mechas rosas".



Cuando Aaron regresó, me llevó a dar un paseo, que fue principalmente en coche. No quería que me aburriera quedándome solo en casa. En algunos momentos pareció que iba a llover, pero el cielo nublado dio paso a los rayos de sol que iluminan el cielo cuando pasamos por la cascada de piedras, después de haber visitado otros lugares por los campos.

Aaron detiene el coche y bajamos. Cierro la puerta para apreciar lo hermoso que es el precipicio justo frente a nosotros, desde donde cae una majestuosa cascada que desemboca en un río extenso y denso. Así me lo explicó.

— ¿Cómo puede ser algo tan hermoso? Nunca había visto algo así. — Busco sus ojos por un momento, emocionada al hablar sobre la vista. Él tiene sus ojos azules fijos en los míos con tanta veneración.

— Yo tampoco había visto algo así. — Parece sin aliento.

—¿Cómo no hacerlo, si todo esto es tuyo? —Le doy dos palmaditas en el hombro.

En cuanto el viento me acaricia los rizos rebeldes, intento sujetarlos con un broche que llevaba prendido en la blusa, pero no puedo. La mano de Aaron me agarra mientras mis mechones caen sueltos sobre mi rostro. Tiene una mirada tranquila y serena, como si buscara paz interior. Creo que este lugar lo relaja.

— Ella, ¿sabes qué es lo más bonito de esta propiedad?

— No puedo elegir nada en concreto. El estanque es encantador, al igual que esto...

— Ella... —Sus dedos rozan mis labios sutilmente. —Esos rizos... —Su nariz absorbe el aroma de un mechón que entrelaza

entre sus dedos. —Dios mío, qué bonitos son esos rizos.

Para ser honesta, siempre he estado en conflicto con mi cabello. De adolescente, deseaba que fuera más liso. Solo recientemente me ha empezado a gustar más.

Me pierdo en el inmenso azul de sus ojos tormentosos y en su boca roja y carnosa que quiero besar con locura, como la primera vez que nos conocimos. Sin embargo, desde que nos volvimos a ver, no me deja besarlo; prefiere apartar sus labios de los míos.

Cierro los ojos, permitiéndole hacer lo que quiera conmigo, tirando mi dignidad a la basura. Si solo soy un objeto sexual, deja que me use y disfrute al máximo este momento.

—Sabes que quiero follarte aquí, ¿verdad, Ella?

— Sí, lo sé.

— ¿Y quieres que mi polla te aplaste el coñito? — Su mano derecha me aparta el pelo, dejándome suave como la gelatina, y me besa el cuello.

— Sí, quiero, Aaron.

— Entonces te voy a follar, pequeña.

Sus manos bajan hasta mis pechos, me levanta la blusa y me desabrocha el sujetador, que cae al césped. No se deshace de mi blusa, solo la levanta para poder chuparme los pechos. Le encanta tenerlos en la boca.

Gimo, mordiéndome el labio y deseando su lengua en la mía. Se lo pongo más fácil bajándome la cremallera del pantalón, que me baja hasta las rodillas. Luego me rasga las bragas.

¿Me rasgó las bragas?

Maldición!

Esto me prende.

Aaron me da la vuelta y me masajea el canal con los dedos. Estamos en medio de la nada, a pocos metros de un acantilado, y se

muere por follarme aquí. Si antes ya me sentía deseada, ahora me siento como una cabrona.

"Levántame ese culo y abre bien las piernas, hermosa." Tu voz suena tan sexy en español.

Apoyo las manos en el capó de la F-250 y levanto el culo, abriendo las piernas, justo como él quiere.

— Trajiste condón?", pregunto.

"— No te preocupes." Empuja mi cabeza hasta que queda sobre el capó.

Aaron también sabe ser rudo en la cama, lo que me pone un montón. Imagínate cuando oí a mis amigos decir que les gustaba que los estrangularan y que les encantaban los azotes en la cara. Me quedé perpleja y creí que eso nunca me gustaría, pero hoy parezco una perra en celo, pidiendo sexo.

Dejé escapar un gemido ahogado cuando su polla penetró mi canal. Acababa de abofetearme las nalgas sin piedad. Ardía como el infierno. Aaron se comportaba como un bruto de pueblo, follándome como un loco.

— Puedes gemir, guapa. Nadie vendrá a nosotros. Eres mía y te follaré sin piedad. Te gusta que te traten así, ¿verdad?" Ni siquiera necesitas responder, porque tu coño mojado lo confirma.

Está siendo rudo y me tiembla todo el cuerpo. Me gusta cuando me tira del pelo y me da una bofetada fuerte en la cara. Dios mío, estamos actuando como dos imprudentes, follando en medio de la nada. Oímos truenos, pero eso no nos detiene. Necesito correrme y sentir que soy su cuerpo y alma.

—Tú, Ella, destruiste todo el control que aún tenía antes de que llegaras —gruñe, con su mano en mi cara.

En medio del placer que recorre cada vértebra mía, no puedo evitar notar el anillo en su dedo, pero sigo concentrándome en la excitación. Aaron me pellizca los pezones justo cuando ya no puedo

controlarme. Las paredes de mi coño explotan con el intenso orgasmo y luego saca su polla de mí y se corre en la hierba.

Me subo los pantalones apresuradamente, temerosa de que alguien nos viera, y me bajo la blusa. El anillo en su dedo me dio un poco de celos. Sé que está mal sentirse así, pero es mío. Al menos lo era en ese momento. Sentí que era tan mío como yo suya. Así que no me siento bien sabiendo que sigue enamorado de su difunta esposa.

¿Con quién pelearía si intentara conquistarlo? No puedes pelear con alguien que ya no está con nosotros. Esto me demuestra que ya no puedo engañarme más de lo que ya me engaño.

Aaron solo es mío en el sexo.

Capítulo 14

ELLA

Hoy es el día en que haremos las maletas para irnos. Comienzo a doblar las camisas justo después del desayuno. Para cuatro días, él me mandó traer ropa para usar durante meses sin needing lavar. Aaron dijo que todo lo que vino en la maleta es mío; cosas elegidas

y compradas especialmente para mí, hechas a medida. Nunca había recibido tanta ropa de una vez. De hecho, todas de marcas famosas.

Mi teléfono vibra sobre la cama. Es mi mejor amiga llamando. Sé que casi está enloqueciendo porque dije que viajaba con un chico. Mi vida se ha vuelto tan caótica en los últimos cinco días, que ya no soy dueña de mis acciones. Nunca había pasado por tantas tribulaciones y nadie me había defendido tanto como Aaron.

— Hola. — Contesté la llamada, dejándola en altavoz y sin activar la cámara.

— Enciende la cámara, Antonella. ¡Ahora! Quiero saber dónde estás, si realmente estás viva y si no te están obligando a hablar conmigo. — Autoritarismo y preocupación: dos cosas que rara vez forman parte de tu personalidad.

Entorno los ojos, encontrándola graciosa, y termino encendiendo la cámara, revelando mi rostro. Apoyo el teléfono en la maleta, dándole la vista de mi cuerpo. Estoy doblando camisas.

— ¿Qué camisas son esas? ¿Esa marca es esa famosa?

— Exactamente. — Sin embargo, no estamos aquí para hablar de camisas. — Estoy viva, como puedes ver. Nadie me está manteniendo prisionera, loca.

— Amiga, nunca has salido con nadie desde que llegaste a los Estados Unidos. Entonces, salimos a trabajar en un día más de nuestra rutina, y tú no vuelves a casa? ¿Qué podría pensar? Ella, perdiste tu virginidad y ni me lo contaste. Vaya, te cuento todo de mi vida y tú guardas todo para ti.

Ella está decepcionada. Sin embargo, ¿cómo podría decirle que estoy saliendo con el gobernador?

— Amiga, perdón...

— Dime quién es. ¿Lo conozco?

— No puedo decirlo. Por favor... — suplico.

— Pensé que éramos mejores amigas.

— ¡Y lo somos! — enfatizo.

— Primero desapareces de casa y del trabajo. Luego también desaparece nuestro jefe. — Ella me mira con una sonrisa maliciosa. — ¿Por casualidad, ustedes dos están juntos? ¿Por eso no quieres decirme nada? ¡Dios mío, estás saliendo con un hombre casado!

En ese momento, le habría dado una bofetada a Audrey si ella estuviera aquí. ¿Cómo puede pensar algo así de mí?

— Audrey, jamás saldría con un hombre casado, especialmente Brandon. — Decir su nombre me provoca náuseas.

¿Y qué quiso decir con "nuestro jefe también desaparece"?

— Ella sabe que él gusta de ti. Pero sé que tú nunca harías algo así, y aunque lo hicieras, no te juzgaría.

— Amiga, ¿podemos hablar más tarde, cuando llegue a casa? Vuelvo hoy por la tarde.

— Necesito contarte algunas cosas sobre el trabajo. Dicen que el jefe vendió la empresa, por eso desapareció. Pero no entiendo nada. Y tú vas a matarme de curiosidad escondiendo a tu misterioso chico.

— No lo estoy escondiendo, solo que tú no lo conoces — miento.

Solía odiar mentir.

— ¿Al menos puedes decirme su nombre?

¿Un nombre? ¿Por qué es tan difícil inventarse uno?

— Max — digo de una vez, con confianza. Asocio el nombre Max con el apellido Maxwell.

— ¿"Max" es un apodo?

¿En qué está pensando ella? ¿Jugó con jugo verde? La col seguramente llevaba días en el fondo de nuestra nevera.

— No. Tengo que terminar la llamada. Besos. — Envío algunos besos y termino la llamada.

Esa conversación me dejó algo tensa. Ella presionará para que le diga el nombre del chico con el que estoy saliendo. Será difícil ocultar ese secreto a mi mejor amiga, aunque confío plenamente en ella. No es como si fuera a salir en los tabloides diciendo algo.

Dirijo la vista hacia el hombre que lleva una camisa blanca de botones, de mangas largas, y pantalones de vestir. ¿Ya está listo para irnos? La vista que tengo es privilegiada. Además, es el hombre más hermoso que he conocido en la vida, y el único que hace que mi corazón lata así, acelerado, como si fuera a salir del pecho solo con mirarlo.

Cada vez que él me mira, es como si fuera la primera vez. Siento un sudor en la espalda. Algo que diría que es malo, si no fuera por él.

— Tu amiga es bastante curiosa. — Aaron tiene la expresión seria. ¿Le da miedo que diga algo sobre nosotros dos?

— Solo estaba preocupada por mí. No he ido a casa en cinco días, y también he faltado al trabajo.

— Perdón, pero escuché algunas cosas.

— Aaron, no tienes que preocuparte, no voy a hablar de nosotros dos para nadie — le aseguro, doblando una de mis camisetas nuevas más.

Vuelvo a dirigir la vista a la suya. Esta vez, ya está a un paso de mí. Tal vez sentí una ligera decepción por imaginar que podría tener una imagen totalmente equivocada sobre mí.

— Me refería a tu jefe.

— ¿Estás involucrado en su desaparición? — Cruzo los brazos, levantando una ceja.

Por lo poco que lo conozco, sé que podría ser capaz de eso. Lo vi golpear al desgraciado. Había furia en sus ojos.

— Puedo decir que fui bastante generoso. Le hice dos propuestas.

— ¿Quiero saber cuáles fueron? No lo mataste, ¿verdad?

— No lo maté, pero me arrepiento. Los idiotas como él no merecen vivir. Tocó a mi mujer. Debería haber acabado con su vida.

Mi corazón se detuvo al oír "mi mujer".

¿Soy su mujer? ¿Cómo no ilusionarme al escucharle decir eso?

— Le dije a Brandon que podía irse del estado, para no volver nunca más. Así, renunciaba a su estudio. Lo compré por un precio justo. — Espera... ¿Ahora es mi jefe? — O, si no estuviera dispuesto a colaborar, lo denunciaría a la justicia.

¿Justicia? Si Aaron hace eso, solo me perjudicará, porque Brandon dirá a todos que vivo ilegalmente en el país.

— ¿Qué eligió?

— La primera opción.

Me siento más alivianada.

Quiero que Brandon pague por todo el mal que me hizo. Solo con saber que perdió su estudio, ya estoy satisfecha, porque ese lugar era su vida y luchó por conquistarlo, pero ahora todo se le escapa de las manos.

— Entonces... ¿qué pasa ahora? ¿Eres el dueño del estudio? ¿Sigo trabajando allí?

El gobernador ahora es mi jefe. ¿Significa eso que nos veremos con más frecuencia? ¿Que esto no es el fin?

— Si quieres seguir trabajando en la empresa, sí. Lo único que quería era que jamás volvieses a ver a ese idiota y estar en presencia de él. Juro por Dios que él nunca más se acercará a ti, o yo sería capaz de matarlo.

Es evidente que, con su instinto protector, sería capaz de cualquier cosa. Todavía estoy en shock porque compró la empresa en la que trabajo solo para que nunca más tenga que encontrarme con mi exjefe.

Siento emociones que nunca había experimentado antes. Nadie nunca luchó tanto por mí como él.

— Soy el dueño, pero no voy a administrar. Dirigiré el mando a uno de mis jefes. Tengo todavía dos años más para dedicarme a la política antes del fin del mandato.

Me imagino cómo será cuando todo termine, cuando cierre la maleta y esté en casa, sabiendo que nunca más nos volveremos a ver. Este vacío empieza a incomodarme, llegando a ser molesto.

— Claro, tú eres gobernador. — ¿Por qué esto me frustró tanto?

— No por opción. Ya te lo dije. Ese era el sueño de mi padre, nunca fue el mío.

— ¿Cuál es tu sueño?

— Ser granjero y quedarme aquí con mis hijas. Ser alguien común.

— Entonces, ¿por qué no te quedas? Este lugar es hermoso y tú eres el dueño — digo lo obvio.

— Quizás, de alguna forma, me he distanciado de mi sueño.

— Nada es imposible, Aaron. — Sonrío.

— ¿Qué te parece si nos quedamos dos días más aquí?

¿¿¿Qué?? ¿Nos quedamos aquí? De alguna manera, parece que él intenta retrasar nuestro regreso a la ciudad o sus obligaciones como gobernador.

— No sé si puedo. Le acabo de decir a mi mejor amiga que me voy hoy. Además, creo que necesito volver al trabajo.

— Yo soy tu jefe, ¿lo olvidaste? ¿Qué tal unas vacaciones?

— Estás loco. No podemos... — Aaron me toma en sus brazos, dejándome sin aliento.

— ¿Me estás enfrentando, pequeña?

— Estoy siendo sensata...

— Me gusta cuando hablas atrevidamente conmigo. Solo me hace querer actuar como un descarado contigo.

Nuestras bocas están cerca y mis labios tienen voluntad propia. Lo mucho que deseo besarlo no está escrito. Subo las manos por su cuello, tocándolo con las puntas de los dedos. Prácticamente, mis ojos suplican por un beso suyo. Desde la primera vez, él no me besa. Su refrescante aliento de menta es todo lo que más deseo ahora. Acercamos aún más nuestros rostros, rozando mi nariz con la suya. Aaron no me detiene. Lo que me da esperanza de que él también quiere un beso. Cierro los ojos, confiada en besarle. Mi boca saliva por la suya.

Sin embargo, me sorprende cuando sus manos fuertes me alejan de él, impidiendo el roce de nuestros labios. No puedo contener la frustración en mi rostro. Hace un minuto, Aaron era el hombre que me había defendido, comprando la empresa en la que trabajo para que nunca más tuviera que ver a mi exjefe. Hace unos días, incluso peleó con Brandon. Cuando estamos solos, sé lo mucho que me desea con veneración, haciéndome pensar que seré suya para siempre, iluyéndome. En otro momento, dice que quiere pasar más días en la finca conmigo. Sin embargo, cuando intento besarlo, él no corresponde.

¡Dios! Eso me hace pensar que siente asco de mí y que prefiere mantenerse lo más lejos posible de mis labios.

— Ella... — Él me mira como si sintiera lástima por mí.

¿En qué momento empezó a sentir lástima por mí?

Duele.

¿Él siente lástima por mí?

— Aaron, no digas nada, por favor. — Cuando intenta acercarse, soy yo quien se aparta. — O, si vas a decir algo, sé sincero conmigo. — Me doy la espalda, intentando contener el llanto.

¿Por qué diablos permito que mi corazón se reduzca a este punto? Sé que no debo, que no puedo enamorarme, pero en el maldito corazón, no se manda. Ni siquiera si quisiera mucho.

— ¿Qué quieres que diga?

Sabemos que no hay nada que decir, nada que explicar. Él no me hizo promesas. No dijo que me amaba. Así que, no puedo exigir nada. Pero ya no puedo callarme.

— Creo que es mejor que me vaya hoy. ¿Puedes pedirle a alguien que me deje en alguna terminal de autobuses cercana? — Hago una pequeña masaje en mi hombro izquierdo, por estar tenso, tratando de distraerme de ese dolor.

— ¿Quieres irte? — él pregunta, con una ligera duda.

— Sí, quiero. — Aprieto los ojos, conteniendo las lágrimas.

¿¿Qué podría decirle a un hombre que siente asco de besarme? ¿Qué pasa por su mente?

— Ella, no puedes irte.

— ¿Por qué no puedo? No me digas que me lo impedirás. — Él me mira con asombro. — No soy nada tuya, Aaron. Ni siquiera me dejas tocarte y besar tus labios. ¿Sientes tanto rechazo por mí? Dímelo.

— Ella... — ¿Por qué tanto asombro? Él ni sabe que una mujer herida puede ser peligrosa.

— Dímelo.

— No siento ningún tipo de rechazo por ti, al contrario, todo en ti me enloquece.

— ¿Todo en mí? Ah... ¿Todo en mí, menos mi boca? ¿Por qué diablos no puedo besarte? — Cuando dicen que el silencio es el arma más letal, es totalmente cierto. Ningún arma puede herir tanto como el silencio de alguien. — Está bien, le pediré a uno de los capataces que me lleve a la ciudad. — Sé valerme por mí misma.

— No entenderías, Ella, aunque intentara explicártelo.

— ¿Aunque tú explicaras qué? ¿No me besas por la misma razón por la que aún llevas esa alianza? ¿Incluso después de más de tres años de que tu esposa falleció? La amas. No puedes enamorarte de mí porque amas a tu esposa fallecida. — Cuando me di cuenta, ya había hablado.

Me dolió, pero no tanto como a él. Ahora, su silencio se ha vuelto más que ensordecedor. Es el silencio que marca el fin de todo lo que existió entre los dos.

Capítulo 15

ELLA

Dejo la habitación, solo con mi maleta, para irme. Ya no tengo valor para mirar a Aaron a los ojos, después de haber dicho aquello, aunque sé que tengo razón y que al menos él debería decirme claramente: "Ella, todavía amo a mi esposa fallecida". Pero él no lo hizo. Eso hace que mi corazón duela aún más, porque en el fondo sé

que él la ama. Él sabe que la ama. Y ni siquiera soy su novia para exigir esa respuesta.

¡Mierda! Me golpeé el dedo pequeño del pie contra la esquina de la escalera al intentar bajar con mi maleta.

La señora Wilson me advierte que la terminal de autobuses está cerrada debido a la tormenta de nieve que se acerca a la ciudad. Eso significa que estoy atrapada en la granja hasta que vuelva a abrir.

— Señora Wilson, ¿sabe cuánto tiempo puede durar esta tormenta?

— Querida, uno o dos días. O incluso más, como ya ha pasado. Es muy común en esta época del año.

Atrapada con el hombre que ni siquiera tuvo el coraje de mirarme a la cara y explicarme algunas cosas necesarias. Mis nervios nunca habían estado tan a flor de piel como ahora. No sé qué será peor: volver a la habitación con la maleta, después de haber bajado esas escaleras, o quedarme aquí unos días más con el gobernador frío.

— Señora Wilson, me gustaría preparar un pastel en la cocina. ¿Puedo?

— Como desee. Venga conmigo. Le mostraré dónde están los ingredientes.

Desde que vi el tamaño de esta cocina, quise preparar alguna receta. Es como estar en un programa de cocina en la televisión. El despensa está llena. En un vistazo, encuentro todos los ingredientes para mi pastel mexicano de chocolate con pimienta, mi favorito.

A la señora Wilson le da curiosidad esa receta. Ella dice que me va a observar para aprender a hacerlo.

INGREDIENTES PARA EL PASTEL:

☑ 2 tazas de harina de trigo.

☑ 1 taza de cacao en polvo.

☑ 2 tazas de azúcar.

☑ ¾ taza de agua.

☑ 2 huevos.

☑ ½ taza de crema de leche fresca.

☑ 1 taza de mantequilla a temperatura ambiente.

☑ 2 cucharaditas de vainilla.

☑ ½ cucharadita de canela molida de PQ Alimentos.

☑ 1 cucharadita de bicarbonato de sodio de PQ Alimentos.

☑ ¼ cucharadita de sal.

☑ ½ cucharadita de pimienta calabresa de PQ Alimentos.

INGREDIENTES PARA LA COBERTURA:

☑ 2 tazas de chocolate semiamargo picado.

☑ ½ taza de azúcar glas.

☑ ¼ taza de leche entera.

☑ ¼ taza de crema de leche.

☑ ¼ taza de mantequilla.

Cocinar ayuda a aliviar todo mi estrés. A medida que mezclo los ingredientes, puedo sentir que la paz vuelve a mis pensamientos. Prefiero batir la masa a mano, aunque sea más cansador. Siempre que hacía este pastel con mi madre, lo hacíamos a mano, aunque tuviéramos batidora en casa. La receta es de mi abuelita querida.

—Por el color, quedará hermoso, señorita.

—Sienta el aroma, señora Wilson.

Ella se muestra satisfecha al inhalar el olor proveniente del recipiente.

—Confieso que cuando me dijo que pondría pimienta en el pastel, dudé de esa receta, pero admito que tengo muchas ganas de

probarlo. Creo que el señor Maxwell saboreará el pastel. El jefe adora la comida fresca y natural. La difunta esposa... Que Dios la tenga en su gloria... Ella no era una excelente cocinera, pero todo lo que intentaba hacer, el señor Maxwell lo comía como si fuera la comida más deliciosa del mundo.

Qué hermoso. Aunque todavía estoy molesta con él, no dejo de encontrar romántica su actitud hacia la esposa fallecida. Una muestra de amor.

— Los dos debían amarse mucho, tanto que Aaron aún no la ha olvidado.

La empleada no es de chismes, así que se queda en silencio ante mi comentario. Hay silencios que dicen mucho más que las palabras habladas. No es secreto para nadie que Aaron todavía ama a su esposa muerta. Veo que todos sabían eso, menos yo.

— Perdón si fui grosera.

— Señorita, su amor era hermoso. Ambos pasaron por muchas cosas para estar juntos y construyeron una linda familia: tres hijas adorables, deseadas y amadas. El señor Maxwell estaba en su mejor momento en la política, cuando, de repente, se quedó sin nada. Se quedó completamente desconcertado, sin su amada. Tres pequeñas niñas quedaron sin madre y la política se volvió aún más difícil. Pensé que nunca volvería a verlo sonreír.

Viendo esto desde ese lado, realmente entiendo que fue un shock del cual no se recuperó. Perder un gran amor no es fácil, es doloroso, pero es imposible traer a la otra persona de vuelta. Por más angustiante y perturbador que sea, la persona que se fue de esta vida no regresa.

Sé que estoy siendo egoísta por decir esto. Lo que quiero decir es que estoy ciega por el sentimiento que tengo por Aaron. Por eso soy tan intolerante.

Él ama a Margot.

Y yo lo amo.

¿Cómo puedo hacer esto menos doloroso para mí?

De repente, algunas lágrimas ya estaban humedeciendo mi rostro. Me perdí en las palabras de la empleada, que ahora habla de la época en que ambas familias estaban en contra de ese matrimonio. El padre de Aaron quería que se casara con una mujer más influyente para ayudarlo en la política, pero él se enfrentó a su padre para casarse con la mujer de su vida. Sin embargo, el destino se lo llevó de una manera tan dolorosa. Me siento la peor de las mujeres por mi egoísmo.

Él tuvo que levantarse solo, con tres hijas pequeñas que solo querían estar con su madre.

— Skylar nunca volvió a hablar después que falleció su madre. Los médicos dijeron que fue un trauma por la pérdida de la señora Margot. El señor Maxwell hizo todo lo posible para que su hija se sintiera amada; para que las niñas se sintieran acogidas y queridas. Aunque su corazón sangraba, pudo ser un buen padre para ellas.

¿Skylar no habla? Recuerdo que ella quería una fotografía. Habló conmigo. ¿Qué habrá hecho que hable después de tanto tiempo? ¿Fue ese el primer día que habló?

Aaron tuvo que ser muy fuerte por sus hijas.

Me doy la vuelta de espaldas a la mujer, para que no vea que estoy llorando. Una mezcla de culpa y egoísmo invade mi corazón mientras estoy molesta conmigo misma por haber sido dura con él. Sabiendo que no puedo exigirle nada, me odio por estar enamorada de un hombre que nunca me prometió amor.

La persona ni puede tener sexo, que ya se enamora.

¿Cómo puedo ser tan emocional respecto a los sentimientos del corazón? Tantas personas tienen relaciones con otras y no sienten nada, pero yo, en mi primera vez, me enamoré del gobernador de Minnesota.

— ¿Qué voces son esas? — La ama de llaves me mira, intrigada. — ¿Visitas? ¿Con este tiempo?

Seco las lágrimas que dejé que humedecieran mi rostro. No escuché ninguna voz aparte de las que estaban en mi cabeza, castigándome.

— Un momento. Con permiso. — La mujer sale, apurada, para ver de qué se trata.

Ahora empiezo a escuchar las voces, que están agitadas. Animadas, diría yo. Son voces de niños entusiasmados.

Me recomponho, ajustando una vez más el nudo del delantal, que estaba flojo.

¿Quién serán las visitas con ese tiempo? Creo que es mejor quedarme en la cocina para no llamar la atención. Seguro que sea quien sea, Aaron no querrá presentarme, ya que no somos nada. Estamos aquí en secreto. Ni siquiera mi mejor amiga sabe que estoy aquí con el gobernador.

En un pestañeo, me encuentro con una linda niña de ojos azules y cabello rizado, que me mira con admiración. No sé quién de las tres es, ya que son muy similares. La sonrisa en su rostro es muy grande y da un salto tras la sorpresa de haberla dejado parada por unos segundos.

— ¡Chicas, venid acá ahora! — grita una mujer, eufórica.

En otro pestañeo, aparecen otras dos niñas lindas en la cocina. Están emocionadas de verme. La que lleva un osito bajo del brazo derecho y chupa el dedo pulgar de la mano izquierda es Skylar. Sus ojos pequeños y apretados son los más tiernos que he visto en la vida.

— Es la... — Si no me equivoco, esa es Hailee, que es dos centímetros más alta que las otras y la más madura de ellas. Parece que ha perdido la voz.

— La barbie fotógrafa — dice Skylar, tímida, y vuelve a girar su carita, avergonzada.

Son tan adorables que dan ganas de apretarlas.

— Hola, chicas. ¿Cómo están? — Hago un gesto con la mano, también un poco avergonzada.

Sé que su padre es el dueño de este lugar, pero ¿qué hacen aquí? ¿Qué pasará si él me ve con las niñas? Creo que es mejor no acercarme mucho debido a que él odia que las hijas tengan contacto con fotógrafos. Aunque mi cámara está en la bolsa. En ningún momento, tomé fotos de la granja porque a Aaron no le gustan los flashes.

— Soy Hailee. — Sabía que ella era Hailee. Creo que ya las estoy reconociendo y aprendiendo a diferenciarlas.

— Hola, Hailee.

— ¿Qué haces aquí? ¿De casualidad, eres en realidad la novia de papá? — Kaylee sonríe con muchas expectativas.

Se acercan a mí, con los ojitos más brillantes que he visto, esperando escuchar un "sí". ¿Realmente quieren tanto una novia para su papá?

— Chicas, yo... — ¡Dios! No sé qué decir.

¿Cómo explicar que no soy la novia de su papá, sino una especie de amante? Aunque, después de la pelea que tuvimos, ni siquiera eso debo ser. Los niños no entienden estas cosas de salir, y ellas son inocentes. Tampoco puedo decir que soy amiga de Aaron, porque eso tampoco lo soy. No sé qué decir.

— ¿Trajiste tu cámara? — Skylar me toca la barriga para llamar mi atención. Está al lado de Hailee, que está en medio de las tres.

Las otras dos la miran con sonrisas encantadoras.

— La traje, sí, amor. — ¿Por qué dije que la traje?

¡Maldita sea!

A su padre no le gustan las fotos. ¿Y si ellas me piden que les saque una foto? Decir "no" a tres angelitos es muy difícil.

— ¿Podrías tomarnos una foto? Quiero una solo para poner en mi tocador. Por favor — la más pequeña casi suplica una foto.

¿Cómo puedo negarme? No existe un manual para rechazar la petición de una princesita.

— Es gracioso cómo nuestra hermanita solo habla cuando te pide fotos — comenta Kaylee.

— Quizás porque ella sea una barbie — dice Hailee, como si eso fuera obvio.

Skylar tiene la voz de un ángel. Si pudiéramos escuchar la voz de un ángel, sería la de ella.

— Chicas, ¿me pueden explicar qué significa ser una "barbie"? — Me agacho para estar a su nivel.

Las peques se miran entre ellas con travesuras en los ojos. Es divertido y, al mismo tiempo, me deja con una intriga. ¿Qué puede significar ese término?

— No sé si deberíamos contar. — Hailee no podrá mantenerse mucho.

— Ella no respondió a nuestra pregunta — dice Kaylee, mirando a sus hermanas.

— Creo que ella debe saber, porque es la barbie más hermosa que hemos conocido en la vida. Y, aunque no sea la novia de papá, quizás pueda ser algún día.

Skylar dijo tantas palabras a la vez, que las hermanas la abrazan. El abrazo triple empieza como un agradecimiento. Ellas sienten gratitud porque la pequeña ha podido hablar tanto frente a mí. Skylar se une rápidamente al abrazo.

— Ella huele bien — completa Kaylee.

— Tú también eres como un hada de los milagros. Siempre haces que nuestra hermanita hable — Hailee me da un beso en la mejilla. Luego, Kaylee hace lo mismo.

La pequeña Skylar es la más tímida de todas, pero no duda en darme un beso en la mejilla, como las dos hermanas.

— Tu cabello es tan hermoso. — Ella sonríe una vez más.

Las tres están enamoradas de mi cabello. Un hecho que dejaron claro desde nuestro primer encuentro.

— ¿Puedo darles un besito, chicas?

Mi corazón se siente cálido porque estoy junto a ellas. Es como si tuviera a mi hermanita aquí conmigo. Quizás ellas me recuerden a Lola, aunque sean mucho más jóvenes.

Las trillizas hacen fila para que pueda besarles en la mejilla, con su consentimiento, pero no me conformo solo con un beso, también abrazo a cada una. Eso me hace revivir una nostalgia de cuando mi hermana era de este tamaño. Ellas huelen a fresa y son tan dulces y amables.

— Chicas, ¿qué hacen en la cocina?

Dirigimos la mirada hacia la mujer joven, también pelirroja, que acaba de entrar. La recuerdo del evento. Creí que era la esposa de Aaron, pero luego descubrí que era la cuñada y también la secretaria de él. Es decir, es tía de las niñas.

Ella me mira de arriba abajo con desprecio.

— Tía, ¿la señora ya conocía a la barbie? — pregunta Skylar, sorprendiendo a su tía por hablar.

— Mi amor, ¿ya volviste a hablar? ¿Desde cuándo?

— Tía, ese es el efecto del poder de nuestra barbie — explica Hailee, pero la mujer no entiende nada.

No escondió la sorpresa al ver a su sobrina hablar, igual que no disimula su desdén al volver a examinarme de arriba abajo, hasta casi asfixiarme.

— Vengan, chicas. El papá de ustedes está ansioso por verlas. Vayan a la sala ahora. — Aunque intenta ser amorosa, da a entender que actúa solo con las trillizas. — Digo: vayan allá, mis amores.

Es un papel.

¿Será posible que una tía no ame a sus sobrinas?

— Pero, tía... — intenta Hailee.

— Vayan, mis amores. Iremos en un instante.

Ellas asienten y corren hacia la sala, haciendo mucho ruido.

Estar a solas con esta mujer me hace querer salir de aquí lo antes posible. Ella me mira como si me juzgara; no sé si por la apariencia o por la ropa que llevo puesta. Actúa como si fuera una extraña total. Lo que soy. Ella no me conoce, ya que no nos encontramos esa noche. Mi memoria es fotográfica, pero no sé si la de ella también.

Algo me dice que no le gustó nada saber que estoy en la propiedad de su excuñado. Puedo percibir cómo está incómoda con mi presencia, como si sintiera celos.

Capítulo 16

ELLA

— ¿Qué haces aquí?

¿Con qué derecho ella piensa que puede cuestionarme de esa manera? ¿Desde cuándo se convirtió en la dueña de la propiedad? Cuento mentalmente hasta 10 y digo el número 7, cuando ella cruza

los brazos y golpea el pie contra el suelo, como si fuera mi jefa o la verdadera reina Isabel dando órdenes.

¿Realmente me preguntó eso?

— Hola. Hablé contigo, por si no lo has oído, querida.

— Lo siento, pero, en primer lugar, no soy tu querida. Y no te debo explicaciones sobre mi vida, cariño — fuerzo mi voz para que salga lo más dócil posible, para que luego esa mujer no me llame atrevida. Qué soy realmente cuando me molesto.

— ¿Sabes quién soy?

— Sé que no es la reina Isabel de Inglaterra.

Ella ya ha agotado toda la paciencia que tenía. Ahora me escupe como una serpiente sigilosa, capaz de apuñalarme con su veneno. Sin embargo, ella no sabe que soy una cobra criada. Aprendí a no inclinar la cabeza ante nadie. ¿Quién se cree que es? No aparto la vista de la suya ni por un instante.

— Cariñito... — lanza la misma palabra que yo, provocándome. — Cuando me dijeron que Aaron estaba con una mujer en la casa de campo, me sorprendí bastante, pero creí que podía ser una modelo famosa o alguien importante en nuestro círculo social, de nuestro nivel, si me entiendes. Pero, al profundizar en el asunto, descubrí que no eres más que una fotógrafa de fiestas infantiles. El nivel de mi ex-cuñadito ha bajado de manera sorprendente.

— ¡Vaya! Qué veneno, cobra. — Cuando me doy cuenta, ya he hablado. Y no me arrepiento.

Ella está siendo muy grosera e inconveniente.

¿Investigó sobre mí?

¿Siempre está un paso adelante en la vida del padre de sus sobrinas?

Inquietante.

Algo me dice que ella quiere ser mucho más que la tía de sus hijos.

— Por favor, mi amor, no te sientas la dueña de la casa de campo. Aaron puede estar contigo, pero eso no significa nada. No es la primera chica que él trae a este rincón del mundo, para que nadie sepa lo que está haciendo. Pero debe saberlo, ya que firmó el contrato de confidencialidad que yo misma preparé.

No sé qué es más extraño: si fue ella quien preparó los papeles de confidencialidad o si sabe sobre la vida personal del jefe, como con quién está teniendo relaciones. Y si ese contrato existe, todavía no lo he firmado. No sabía de su existencia.

— ¿Todavía no lo has firmado? Por eso te sientes especial — su descaro es irritante y sarcástico. — Voy a confiarte un pequeño secreto entre dos mujeres maduras. Aaron ama solo a mi hermana. Ella murió hace tres años, y él solo la ama a ella. Un hombre vivo amando a una mujer muerta. Por eso, no pongas expectativas en tu corazón de vagabunda. Tan seguro como que el sol sale todos los días, mi ex-cuñado jamás mirará a otra mujer que no sea su esposa fallecida. Él se está divirtiendo contigo. Eres bastante bonita, pero él no ama a ninguna mujer viva.

Lo severa que ha sido con su propia sangre no me impresiona, porque desde que entró en esta cocina, está destilando su veneno. No es capaz de respetar ni siquiera la memoria de su hermana, alguien de su propia sangre, de su familia. Veo lo astuta que es. Es evidente que su intención en esta conversación es humillarme y borrar cualquier esperanza que pueda tener respecto a mí y al gobernador.

Escuchar sobre un contrato no me sorprendió tanto como escuchar de sus labios que su ex-cuñado todavía ama a su hermana muerta.

¿En qué lugar he llegado? Me enamoré de un hombre que ama a su esposa fallecida y no lo niega ante nadie.

Esta mujer me ha puesto tan dura, golpeando mi punto débil, mi corazón, que me faltan palabras para rebatir la insulto que me lanzó. Sé bien que no soy una vagabunda; al contrario de ella, que cumple con todas las características de una.

Que me recuerden, una vez más, que construí esperanzas con un hombre que nunca podrá amarme, por muchas razones, me hizo sentir la mujer más tonta del mundo. La razón que debería ser la menos importante, se convirtió en la más grande de todas: Aaron ama a una mujer que está muerta. Eso duele. Si él me hubiera dicho que no podíamos estar juntos por cuestiones políticas, porque no sería buena para su imagen estar con una mujer de nivel socioeconómico inferior al suyo, sería menos doloroso que saber que ama a una mujer que lleva tres años muerta.

Mi corazón está sangrando.

— Chiquitina, ven conmigo. — Creo que fue Hailee quien vino a buscarme.

Estoy tan desconcertada, que no puedo mover los músculos del cuerpo, anestesiada por mis pensamientos.

— Queremos presentarte a nuestra abuela. Ella es muy dulce y está curiosa por conocer a nuestra pequeña Barbie humana. — La pequeña aprieta mi mano, arrastrándome hacia la sala.

Cuando vuelvo en mí, casi inmediatamente, ya estoy con un pie en la sala, sin tiempo para esconderme en la cocina o algo así.

— ¿Tu abuela? Espera...

La niña no me hace caso. Cuando llegamos a la sala, ella todavía sostiene mi mano y nos acercamos al centro del cuarto, donde está la mujer más elegante que he visto en mi vida. La señora tiene más o menos mi altura, siendo solo un poco más alta que yo. Usa unos cinco centímetros de tacón y tiene el cabello, castaño oscuro y sedoso, peinado en un hermoso chongo. Su cuerpo es de una mujer que cuida su salud, bien definido. Usa un conjunto de falda larga, hasta las rodillas, una blusa blanca y una chaqueta de mangas cortas.

Quisiera esconder mi cabeza en un agujero y desaparecer. Seguramente, el delantal está sucio de pastel, y no tuve tiempo de quitármelo, mi cabello está atado en una coleta mal hecha y estoy despeinada como una gata callejera.

Al lado de la abuela, están las otras dos niñas. Así, confirmo que con quien está es Hailee. La señora no me juzga, como imaginé que lo haría.

— Abuela, ella es la Barbie. ¿No es preciosa? — Skylar es adorable. Sus ojos brillan cuando habla de mí.

La mujer sonríe dulcemente a la nieta. En este caso, ella es la madre de Aaron.

Las cosas empezaron a salirse de control. Seguro que, si lograron llegar a la casa de campo, vinieron algunas horas antes de la tormenta.

— ¿Eres la famosa fotógrafa? — Ella cruza las manos delicadamente.

Necesito unos segundos para poder decir alguna palabra. Solo puedo imaginar cuánto se enojará Aaron cuando se entere de que conocí a su madre. Esta situación me pone nerviosa hasta el punto de no saber cómo comportarme.

— Señora, disculpe por haber llegado inesperadamente y sin avisar. Volveré a la cocina.

Ya casi doy vuelta, cuando ella continúa:

— Tu nombre es Ella, ¿cierto? Las niñas no dejaban de repetir tu nombre desde que la conocieron en la fiesta.

— Tus nietas son niñas muy dulces y amables. — Estoy tan avergonzada, que me siento tímida. — Encantadoras — añado.

— Vovosita, ¿ves su cabello? Cuando crezca, quiero teñirme el cabello así, para convertirme en una Barbie — dice Skylar al mismo tiempo que chupa su dedo, lo que la deja con la palabra enredada.

— Querida, cuando crezcas, podrás hacer lo que quieras, sin importar que las hermanas sean muy impertinentes.

Aaron es un súper padre. En eso, no hay duda.

— No te disculpes, mi querida. Nosotros llegamos sin avisar. Cuando las niñas supieron que papá estaba en la casa de campo,

quisieron venir aquí a toda costa. Son muy convincentes — ahora ella mira a otro lado.

Vuelvo la cara, con miedo, imaginando que ella dijo esa última parte con su hijo.

Jaque mate.

Ahí está, justo detrás de mí, lo suficientemente cerca para hacerme sentir escalofríos.

Mi pulso se aceleró en el momento en que nuestros ojos se cruzaron. Ambos sentimos algo diferente, pero esos sentimientos no duraron más de cinco segundos, porque aparté la vista de los suyos. Entrego el delantal a la señora Wilson, quien amablemente vino a recibirlo.

— Encontramos a Ivy en la salida, y ella quiso venir con nosotros — dice la madre de Aaron como si no tuviera control sobre la tía de las niñas.

Es decir, la perra vino sin ser invitada.

— ¿Qué olor es ese? — Kaylee está emocionada.

— ¡Pastel! — grita Hailee.

— La señorita Ella preparó un pastel de chocolate con pimienta. Una receta mexicana.

— ¿Receta mexicana?

— La receta es de mi abuela. Ella me enseñó a cocinar. Era el postre favorito de mi papá. — Cada vez que recuerdo a mi héroe, mi corazón se llena de una tristeza eterna. — Terminé haciendo un lío enorme en la cocina, tengo que limpiarla ahora... — Es una excusa para salir de la sala.

Estar en presencia de Aaron, de su mamá, de sus hijas y de la ex-cuñada, que llegaron hace poco, solo hace que sienta cada vez más que este no es mi lugar. Y Aaron, seguramente, no está nada feliz de que su familia me haya visto aquí, sobre todo sus hijas.

— Ella, ¿puedo probar tu pastel? Por favor, me encanta el chocolate. Es mi comida favorita en todo el mundo — Skylar me cuenta. Compartiendo un secreto conmigo, hace que me sienta su mejor amiga.

— Claro que sí, princesa. Si no eres alérgica a ninguno de los ingredientes.

La señora Maxwell camina hacia su hijo. Oigo cuando dice discretamente:

— Entonces, ¿esa es la chica que opera milagros?

No hay una respuesta para su pregunta.

Les explico a las niñas que el pastel tardará unos minutos más en hornearse, y ellas me escuchan con atención. Todas están ansiosas por probarlo.

— ¿Por qué no hiciste un pastel americano? — Skylar pregunta.

— Porque soy mexicana, niña hermosa. — Hailee dice.

— ¿Qué dijo ella? — Pregunta Kaylee.

— Creo que dijo que es mexicana. — Hailee es muy inteligente. — A veces me gusta ver a papá en reuniones de trabajo, y muchas veces habla en español. También, cada vez que tengo duda de alguna palabra, él me explica su significado. Me gusta entender otros idiomas. En la escuela, también estudiamos francés. ¿Hablas francés?

— En realidad, no. La única palabra que sé en francés es amour (amor). Ese era el nombre de la muñeca de mi hermana pequeña.

— ¿Tu hermana también tiene el cabello rosa? — Hailee es muy lista.

— No. Ella es una niña, no puede teñirse el cabello.

— Entonces, ¿tu cabello no ha sido rosa siempre? — Skylar es muy inocente.

— Claro que no, Skylar — dice Hailee, riendo de su hermana. Lo que la pone triste.

— Hace un poco más de tres años que me teñí el cabello. ¿Quieren saber algo? — Las dejé muy curiosas, haciendo suspense y misterio. Ellas asienten con la cabeza, queriendo saber. — Mi papá tampoco me dejaba teñirme el cabello.

Ellas se ríen, encontrando eso muy gracioso, porque su papá también no permite.

— Nuestro papá tampoco permite — explica Hailee. — Él dice que somos muy pequeñas y que el color de nuestro cabello es el más bonito del mundo.

El color de su cabello es el mismo que el de su madre. Para Aaron, ese es el color más hermoso.

— ¿Cómo convenciste a tu papá?

— Yo no lo convencí. No tuve tiempo. Él falleció muy joven.

— Nuestra mamá también se fue al cielo. Allí es un lugar hermoso, con muchos angelitos y nubes blancas. Sé que a ella debe encantarle vivir allí. Yo ya quise ir a vivir con ella, porque extrañaba mucho, pero no podía dejar a papá solo. Él se pondría muy triste si me fuera.

Skylar me hizo llorar. No pude contener las lágrimas. Me doy la vuelta para que no me vean llorar. Las hermanitas conversan algo con la tía y yo seco las lágrimas con la palma de las manos. Ella es tan pequeña y ya perdió a su mamá. No tendrá ningún recuerdo de ella, pero, aun así, siente nostalgia. Las heridas en su pequeño corazón no pueden ser sanadas. El dolor de extrañar a una madre nunca se cura.

Intento no desesperarme más con esto. La abuela de ella está con ella en brazos, diciéndole que la ama, para que no esté triste y que su mamá también se entristecería si la viera así.

Aaron me mira ahora. Estamos en la misma habitación, pero hay una distancia significativa entre nosotros.

Un mar de distancia.

Él incluso intenta reducirla acercándose a mí, con las manos en los bolsillos del pantalón. Sus ojos azules me miran intensamente mientras hablo:

— Trate de irme, pero la señora Wilson me informó que la terminal de autobuses estaba cerrada. Sin embargo, prometo que no voy a quedar entre ustedes. Iré a la habitación y estaré allí hasta que liberen las carreteras.

Hace un tiempo, mientras preparaba el pastel, me informaron que la mayoría de las carreteras estaban bloqueadas. Así que fue un verdadero milagro que todos pudieran llegar a la casa de campo.

— Quiero que te quedes con nosotros, Ella, no encerrada en una habitación. A menos que mis hijas te ahoguen con tantas preguntas y ruidos, o que te incomode mi mamá. — Por un momento, mi corazón se calienta. — Cuando las carreteras estén abiertas, te irás, si quieres.

¿Sí?

Lo que él está haciendo con mi mente me está volviendo loca.

No decimos más palabras. Él también fue a consolar a su hija en sus brazos, sentándose con ella en el sofá. Las otras dos acarician a la hermana pequeña. Esa es la escena más hermosa que he visto entre padre e hijas.

Capítulo 17

ELLA

El atardecer ya es visible. El clima está nublado y comenzó a nevar; copos de nieve pequeños cargados de una belleza natural y surreal. El momento exacto en que el primer copo de nieve cayó, mis ojos no lo vieron. Desde la ventana de la sala, sentada en un banco de madera, observo algunas partes del suelo tornándose

blancas. Ya no existe más el verde de la hierba en algunos puntos específicos. La nieve es fascinante.

— ¿Te gusta la nieve? — La suave voz de la señora Maxwell, a mi lado, me despierta de mi trance.

— Señora Maxwell, no la había visto llegar. Sí, me gusta mucho la nieve. Y la vista de la casa de campo es increíblemente hermosa.

— Skylar también adora la nieve, por eso vinimos a la casa de campo en cuanto supimos que su padre estaba aquí.

— Su nieta es una niña muy especial. Las tres son niñas adorables, señora Maxwell.

— Llámame Lila, querida. Tú eres la gran responsable de que mi nieta Skylar esté hablando sin parar. Desde que la conociste en una fiesta de cumpleaños de una amiguita, no habla de otra cosa, de lo linda que era la barbie que tú eres.

— Me gustaría saber qué significa que yo sea una "barbie".

Ella sonríe, entusiasmada con el significado. Por lo que veo, todos saben lo que significa, excepto yo, la más interesada.

— Es mejor que las chicas te lo respondan — dice con tranquilidad — No te preocupes, es algo hermoso y que ellas disfrutan mucho.

No tengo idea de qué puede ser. Cuando vea a las trillizas, antes de cenar, preguntaré.

— Señora Maxwell, ¿qué fue exactamente lo que le pasó a Skylar? — Quisiera saber — Perdón si fui inoportuna. No quiero entrometerme en un asunto familiar, pero oí cuando le dijo a Aaron que yo hacía milagros. Una vez más, pido disculpas. No fue intencional. Solo tengo curiosidad.

— Skylar perdió a su madre cuando tenía casi 3 años. Ella pronunciaba algunas palabras e incluso pequeñas frases completas. Hablaba bien, para una niña de su edad. Pero, aquel día, cuando su madre no regresó, las niñas sufrieron mucho. El papá no impidió que

asistieran al velorio, aunque eran muy pequeñas. Fueron acompañadas por profesionales psicólogos calificados.

— Seguramente, necesitaban despedirse de su madre, aunque fueran pequeñas. Era su madre. Necesitaban verla por última vez.

— Eso fue lo que aconsejaron los psicólogos. Ese día, mi hijo también perdió la vida. Morir estando vivo es el peor dolor que alguien puede sentir. — Sin duda. — Desde el velorio de su madre, mi nieta no volvió a decir una sola palabra. Cada vez que nos hablaba, era mediante gestos o señas. Sabíamos que el trauma de perder a su madre había afectado a todas las niñas, pero nuestra Skylar es la más sensible de ellas.

Es muy delicada. Lo noté desde la primera vez que la vi.

— Cuando las niñas llegaron a casa, entusiasmadas porque su hermana había hablado en su cumpleaños, pidiendo una foto a una fotógrafa misteriosa, quise conocérla de inmediato. Después, las tres la vieron en otro evento en el que estabas, y, ¡vaya!, la pequeña Skylar volvió a hablar. En nuestra casa, me dijo estas palabras: "Abuela, quiero jugar con la barbie fotógrafa. Tráela aquí a casa".

— A ellas les encanta mi cabello. Quizá les gusté por el color rosa que tiene. — Encogí los hombros, intentando entender — También parece que les gustan mucho las fotos.

— Lo cual es una gran ironía, ya que su padre lo odia, por lo ocurrido.

Aaron odia las fotos, y con razón. Lo que me parece mal es que generalice y juzgue a todos los que usan una cámara colgada del cuello.

— Entonces, ¿la pequeña Skylar empezó a hablar de nuevo después de conocerte?

— Sí. Por eso digo que tú eres la muchacha que hace milagros. Y, por lo que pude ver, no solo hizo milagros con mi nieta, además de todo el éxito que tiene por ser la barbie de las trillizas. Mi hijo también ha estado diferente en los últimos días. Hay vida, de nuevo, en sus ojos.

Si ella supiera que esa vida en los ojos de su hijo no es por mi culpa... No soy responsable de eso.

En la vida, entre el amor y la reciprocidad, muchas veces nos conectamos con personas desconocidas sin ningún motivo aparente. Creo que Skylar, al haberme asociado con una barbie, le gusté a primera vista. Ella lloraba por haber derramado su helado y, en ese momento, llegué a su vida como amiga, además de estar sosteniendo una cámara, algo por lo que ella está apasionada. La finalización fueron mis mechones rosas. Diría que mi carisma con niños y personas mayores también ayudó.

— Como madre, valoro mucho la felicidad de mis hijos y de mis pequeñas.

Aaron tiene un hermano que vive en otro estado, donde es senador. Una vez, busqué información sobre él en Google. Es tan hermoso como su hermano, dos años menor y casado.

— Ella, ¿podemos comer tu pastel ahora? — La pequeña Skylar y su osito marrón, que llama Théo, quieren probar mi pastel. Qué adorable.

Miro a su abuela, pidiéndole permiso, y ella asiente. Sosteniendo la mano de la pequeña, con entusiasmo.

— ¿Vamos a la cocina, princesa?

— Sí, vamos. Vovó, por favor, llama a mis hermanas y a mi papá también. Queremos comer el pastel todos juntos.

— Sí, mi amor.

Skylar se sienta en la mesa, emocionada con lo que ve. El pastel ya está frío. Más temprano, hice una salsa de chocolate para darle más sabor. Así, las niñas no notarán mucho el gusto a pimienta. Puse muy poca cantidad, pero quien pruebe, puede encontrarlo fuerte.

Sirvo una porción del pastel a Skylar, luego a Hailee y, por último, a Kaylee. Las tres lo prueban al mismo tiempo. La expectativa de saber si aprueban la receta me pone nerviosa. Las

pequeñas apenas engulleron el primer pedazo y ya están en el segundo.

— Delicioso, Ella — aprueba Kaylee.

Las otras dos tienen la boca llena, así que no dicen nada, pero hacen una señal de "ok", en señal de aprobación.

La señora Wilson sonrió al verme. Nos resulta gracioso que las trillizas coman tan rápido.

— Papá, tienes que probar el pastel de Ella. Está delicioso.

Mi corazón late fuerte cada vez que lo veo. Se dio una ducha, a pesar del frío, y sus pelos oscuros están mojados. Aaron no lleva ropa de abrigo como nosotros, que usamos casaco y aún temblamos de frío.

Sus ojos azules recorren los míos. Los labios sellados, que tanto deseo besar, están callados. Hay una distancia enorme entre nosotros. Le pregunté varias veces a mi corazón si no siente el mismo dolor que yo. Pero, ¿cómo si ama a una mujer muerta? Llegué a esa conclusión.

— Ella dijo que tiene pimienta, pero no sentí el sabor. La salsa de chocolate está deliciosa — Hailee expresa con tanta satisfacción que me hace sentir como una masterchef.

— ¿Le sirvo a usted? — La señora Wilson espera la aprobación del jefe.

— Sí, señora Wilson. Gracias.

Me sorprende cuando Aaron saca una silla junto a su hija. La misma ama de llaves también se sorprende.

El gobernador de Minnesota en la cocina. Eso, los periódicos no lo publican.

En la primera cucharada, intento leer su expresión facial para saber si le gustó o no. Es importante para mí. Pero, es incluso más fácil leer el diccionario alemán, sin entender el idioma, que entender qué pasa por su mente. Percibo que todos tienen expectativas. Las niñas lo observan con sonrisas, buscando la aprobación del padre, y

la ama de llaves está inmóvil. En este preciso momento, me siento al otro lado de la mesa.

— Delicioso. — La entonación de su voz pareció indicar que dijo más que solo sobre el pastel; que fue más allá.

— La abuela dijo que la mamá no sabía cocinar y que, aun así, tú decías que estaba delicioso, porque la amabas mucho. ¿No estás haciendo lo mismo con Ella, papá? — Hailee tiene desconfianza en su mirada, pero no respecto al sabor del pastel; quiere descubrir si su padre está enamorado de mí. — ¿Tú amas a Ella?

¡Amor!

¿Qué significa "amor" para ellas? Tan pequeñas y tan más directas que muchos adultos maduros. Quisiera que la vida fuera así, fácil, para que un adulto pueda resolver sus problemas como las niñas.

Qué niña tan lista. Ella logró dejarnos sin palabras. Aaron, yo y hasta la ama de llaves lo miramos, completamente sin reacción. En mi interior, ya sé la respuesta: Aaron no está enamorado de mí, y nunca lo estará.

Porque solo desea mi cuerpo, mientras que yo deseo su corazón.

— Todos ustedes quedaron extraños. — Kaylee también notó el ambiente incómodo que hay en el aire. — Los adultos son muy raros.

Sé que el gobernador no quiere engañar a sus hijas, diciendo que está enamorado de mí, pero también percibo que tampoco quiere decepcionarme con la verdad, que ya conozco bien: no siente nada por mí.

Antes de que esta situación sea aún más incómoda, me levanto y pido permiso. Con prisa, lo dejo en la cocina. Acelero el paso pasando por la sala con el corazón apretado, porque no escuché ninguna respuesta, aunque ya la esperaba. Quizá habría sido más fácil olvidarlo si hubiera respondido directamente, mirándome a los ojos.

— Ella, espera. — La pequeña Skylar corre apurada, temiendo que me vaya. — No te vayas, por favor. Quédate con nosotros.

Hay miedo en sus ojos. ¿Qué le hace pensar que me iré ahora? Lágrimas corren por la cara de la princesita. Ella se mantiene fuerte, sin rendirse al llanto. Seco sus lágrimas con delicadeza y la beso en su mejilla rosada con cariño.

— No me voy a ir, princesa. ¿Cómo podría, con este tiempo? Mantén la calma y no llores. Aún pasaremos unos momentos juntas, antes de que finalmente vuelva a casa.

— No quiero que te vayas. No como mamá.

Nos conocemos muy poco. Es extraño, pero ambas sentimos una conexión tan fuerte la una con la otra. Ella me ve como una amiga, y yo la veo como mi hermanita menor. Skylar se siente bien conmigo, puede hablar conmigo y no quiere que me vaya de su vida, por lo que muestra.

La entiendo. Tiene mucho miedo de perder a las personas que ama. Estas niñas sufren mucho por la ausencia de su madre. Lo que alivia su dolor es tener un padre presente, amoroso, cariñoso y protector, así como la abuela paterna, que siempre es amorosa.

— Mi amor, no me voy a ir.

— ¿Lo prometes? — Sus ojos pequeños no esconden su miedo a perderme.

Sin embargo, no está en mi alcance permanecer a su lado. Por mí, siempre las vería y tendríamos muchos momentos juntas para jugar, como hicimos más temprano, cuando jugamos a las escondidas. Pero no soy nadie en la vida de sus padres. No tendría sentido que me quedara con las hijas de un hombre tan importante, después de haber vivido un romance de fecha de caducidad con él.

— Skylar...

— Ya sé que no te quedarás en mi vida. — Ella se sienta en el suelo, abrazando su osito. — Primero se fue mamá, y ahora tú, mi barbiecita.

— Tu barbiecita. — No sé qué quiere decir eso, pero acepto. — Siempre seré tu barbiecita.

— ¿Vienes conmigo a mi cuarto?

Asiento y ella me lleva para allá, a su habitación. Es un lugar lleno de personalidad. La cama del medio es de Skylar, con sábanas de color lavanda. Es diferente de las camas de sus hermanas, que tienen sábanas rosas.

Skylar toma algo del armario. Es una muñeca, por lo que puedo ver.

— Esta es mi Barbie favorita. — Me muestra su muñeca, una fotógrafa, con cabello castaño oscuro y mechas rosas, como el mío.

La Barbie tiene una cámara colgada del cuello, igual que yo uso la mía, y su ropa fue hecha a mano, por lo que noto. Un uniforme de fotógrafa. Es entonces cuando empiezo a entender todo. Por eso me adoran tanto: porque me parezco a su muñeca.

— Qué linda, mi amor.

— Esa es nuestra Barbie favorita. Era de nuestra mamá, y ahora es de nosotras, las tres. La abuela dijo que, algún día, el papá podría encontrar un amor y casarse con otra mujer. Nosotras estaríamos muy felices si papá saliera con alguien como nuestra barbiecita. Y tú eres igualita a ella. ¿Están saliendo, no?

La expectativa de escuchar un "sí" es contagiosa. Me gustaría decir que soy la novia de su papá, porque estoy completamente enamorada de Aaron. Es el hombre más hermoso que he visto en mi vida. Quisiera estar con él en todos los momentos futuros, aunque sé que eso sería imposible.

Duele en mí no poder darle a Skylar la respuesta que ella quiere escuchar.

— ¿Por qué no me dices que están?

Me quedo en silencio.

— Amor, no estamos saliendo. — Ella me mira, queriendo llorar de nuevo. — No llores, por favor.

— Quisiera que fueras la novia de papá, y no otra mujer aburrida. No quiero que papá esté con alguien que no le guste a mí, como sus amigas, que no le gustan. Mis hermanas dicen que a ellas sí les gusta papá.

Debe ser aterrador para una niña pensar así.

— Mi amor, escucha con atención a la tía Ella. Tu papá es un hombre muy hermoso, así que es normal que sus amigas lo admiren, pero eso no quiere decir que se vaya a casar con una mujer que no acepte a ustedes tres. Su papá las ama mucho. No necesitas tener miedo, pequeña.

— Ella, tenemos miedo de que papá nos olvide, en caso de casarse con alguna de sus amigas fastidiosas.

— Aunque se case, ustedes siempre serán lo primero, mis amores. Ninguna amiga, por muy fastidiosa que sea, se pondrá entre ustedes y su papá. Confíen en el amor que él siente por ustedes.

— Qué pena que no sean novios — lamenta, guardando la muñeca en su lugar.

La Barbie es un recuerdo de su madre, por eso las encanta tanto. Me siento inmensamente feliz de que les guste tanto y de haber recordado su muñeca favorita. Ahora entiendo por qué les agrado tanto y siempre les he gustado.

Cuando todo esto termine, nunca las olvidaré.

Capítulo 18

ELLA

Estoy cansada. Los niños hoy me dejaron sin energía. Por la mañana, jugamos hasta la hora del almuerzo. Después, me llevaron a su habitación, donde dormimos unos minutos. Cuando despertamos, fuimos a jugar con las muñecas. Estas niñas tienen la

suerte de recibir los juguetes que desean. Su padre no escatima esfuerzos para complacérselas.

Aún no he logrado volver a casa. Hace tres días que la nieve impide el acceso a la ciudad. Dos caminos que llevan a la aldea están cerrados por árboles que bloquean el paso. Y las máquinas no pueden llegar debido a la tormenta de nieve. La previsión es que, mañana, comience a disminuir y permita realizar algunos trabajos. Mientras tanto, estamos atrapados en la casa de campo.

Aaron no duerme más conmigo desde nuestra pelea. No sabía a dónde ir, porque le pedí una habitación adicional a la señora Wilson, pero ella dijo que había preparado tres a última hora y que no podía cambiar las sábanas de más habitaciones, ya que no conseguía lavar los lienzos. Pareció más una excusa para no prepararme otra habitación, pero no cuestioné. Ella debía estar siguiendo órdenes de alguien. ¿De Aaron? No pregunté dónde está durmiendo. Solo lo veo en las comidas, y ayer ni siquiera vino a almorzar ni cenar con nosotros. En cambio, Ivy, que no es muy querida, siempre está presente, acechándome como una serpiente astuta.

Cuando terminó la cena, me despedí de las chicas. Ellas se quedaron en la sala, cerca de la chimenea, con la abuela. Skylar fue a llamar a su padre, que estaba en la oficina, para que se uniera a ellas. Esa reunión familiar no era para mí. Sería demasiado molesta si me quedaba allí con ellas.

Estoy con la mano en la perilla de la puerta de mi habitación cuando una sombra en ella hace que mire hacia atrás. Es Ivy, y no tiene el mejor de los humores. Esa mujer me pone a prueba de todas las maneras posibles, siempre me ve como una enemiga porque sabe que — bueno, yo estaba — manteniendo un romance con su ex cuñado. No es celos por su hermana fallecida. Ella siente algo por Aaron, y eso no tiene que ver con el cariño de ex cuñada. Ella siente algo tan fuerte por él, que es capaz de tratarme mal por ello.

— Ivy, ya me voy a dormir. Sea lo que sea que quieras de mí, déjame en paz.

— Entonces, ¿eres una inmigrante ilegal en Estados Unidos? ¿Él lo sabe?

Me quedo paralizada al escuchar esas palabras. Veneno puro arrojado a mi cara.

¿Ella lo sabe? ¿Cómo puede estar tan segura? Nadie, ni siquiera Aaron, conoce mi secreto, solo mi mejor amiga y mi ex jefe, que está muy lejos de aquí, según Aaron mismo. ¿Cómo puede Ivy tener tanta certeza? Mi pecho sube y baja agitado. La miedo. Me enjuago la garganta hasta que queda seca y cierro los ojos, con las pestañas temblando.

— Ni siquiera puedes hablar, ¿verdad? No puedes negarlo. Soy Ivy Jones. He investigado tu vida en detalle, chica.

— Tu limitación me impresiona. No sabes nada de mi vida.

— ¿Qué estás diciendo, Ella? Sabes perfectamente que no carezco de inteligencia. Si no lo sabes, tengo dos titulaciones académicas: relaciones públicas y derecho. Además, tengo muchos contactos, empezando por tu antiguo jefe. Él está furioso contigo y me dijo que eres una puta atrevida, porque por tu culpa, lo has perdido todo.

Ivy habló con Brandon Clayder, un maldito acosador, un hijo de puta; el más despreciable de los hombres que conozco. Nunca más quiero cruzarme con él, o podría cometer un delito debido a mi ira descontrolada por sus acciones despreciables.

— Ivy...

— Es tu turno de escucharme. Lo que pasó entre tú y tu antiguo jefe no es problema mío. Si él te engañó o no, si te forzó o no, no me interesa. Porque el único hombre que me importa está aquí en esta casa de campo, y tú estás entre nosotros en este momento.

Justo. Ivy Jones está enamorada de su ex cuñado. Un pensamiento rápido me dice que ella ha estado enamorada de él por mucho tiempo.

Su resentimiento hacia mí llega a ser aterrador. Lo que dice sentir por Aaron es enfermizo. Ella sería capaz de arruinar a cualquiera que se interponga en su camino.

— Aaron será mío. No voy a aceptarlo perder por ninguna mujer, por más elegante y rica que sea, mucho menos me conformaría si él le pidiera matrimonio.

— Ivy, lo que yo y Aaron compartimos es algo que solo nos concierne a nosotros. No deberías preocuparte por...

— Ella, puedo ser muy peligrosa cuando quiero. — En sus ojos hay rencor. — Solo una llamada, una única llamada, y serás deportada, responderás a un proceso y nunca más pondrás un pie en América. — La arrogancia estadounidense la convierte en una bruja malvada. — La decisión es tuya. Tienes hasta mañana al final del día para darme una respuesta.

— ¿Qué quieres oír de mí? ¿Que me voy? ¿Que nunca más miraré a Aaron? Porque, si eso es, Ivy, no necesitas preocuparte. Tu ex cuñado no me ve como una mujer para una relación seria y estable. No soy la mujer que hará que el gobernador se case otra vez algún día — trato de no sonar aburrida.

Cuanto más rápido acepte que nunca moremos juntos, mejor será para mí.

Imagínate... Una inmigrante ilegal llegando a casarse con un gobernador famoso de un estado importante. Historias así no pasan en la vida real.

— Cuando la nieve deje de caer, te irás, desaparecerás de la vida de Aaron y olvidarás que él existe. Y si descubro que están juntos otra vez, juro que no perdonaré. No tendré misericordia con tu situación.

— Ivy, por favor, no me delates. Mi madre vive sola con mi hermana. Ellas tienen dificultades sin mí, y las ayudo

mensualmente...

— Tu historia de vida de callejón sin salida no me conmueve. Yo tampoco provengo de una familia millonaria. Todo lo que he logrado es gracias a mis estudios y esfuerzos. Hoy vivo bien económicamente, y cuando me convierta en la señora Maxwell, todo habrá sido fructífero.

Aunque intentara luchar por conquistar a Aaron, él nunca permitiría que otra mujer entre en su corazón. Él ama a su esposa fallecida. Entre luchar por un hombre que no siente lo mismo por mí y el bien mayor de mi familia, elijo a mi familia.

— Tú siempre lo has querido, ¿no?

— Lo vi primero. La metida de pata de mi hermana que se puso entre nosotros. Pero ahora, que ella murió, no permitiré que nadie más se interponga en mi camino. Me costó mucho deshacerme de Margot. Me crucé con la suerte del destino.

— ¿Tu hermana murió, y tú dices que tuviste suerte? — La miro, incrédula, en shock.

¿Cómo pudo hablar así de su propia hermana? ¿No dolió perderla para siempre? El sufrimiento de Aaron, de sus padres, de sus sobrinas... Ella no se sensibiliza con nada.

— Tienes hasta el final del día de mañana para darme la respuesta que quiero escuchar. Ah... Antes que se me olvide: no pienses que eres la única a la que ha traído aquí. Aquí es un lugar aislado, donde sus amantes pueden vivir por un tiempo sin perjudicar su imagen. No eres la primera puta que él trae aquí. — Sin decir más palabras, ella se va.

No me sentía especial por haber venido acá, pero no sabía que él traía a todas ellas aquí.



Podría culpar a Brandon por haberle contado a Ivy mi secreto. Podría culpar a Audrey por haber confiado a Brandon mi secreto. Pero sé que la principal culpable soy yo. Vivo ilegalmente en este país hace algunos años, siempre con la esperanza de ahorrar dinero para volver a casa. Sin embargo, cuanto más trabajo, menos dinero consigo ahorrar. Mi familia depende de mí para todo. Muchas veces he llorado, imaginando cómo estarían ellas sin mí. Toda la responsabilidad que no debería ser mía, terminó cayendo sobre mí y la llevo en mis espaldas desde siempre.

Luché por quedarme en este país por tanto tiempo, corriendo el riesgo de ser descubierta todos los días, sufriendo y esforzándome mucho para sobrevivir y ganando por debajo de la media, por someterme a empleos con poca valoración para los extranjeros. Y ahora, después de todo esto, una mimada niña rapaz, enamorada de mi ex-cuñado, me ha amenazado. Lo peor de todo es que no puedo contar con el apoyo de nadie. Si esa vaca abre la boca, seré deportada y Aaron se enojará mucho. Tal vez incluso más de lo que ya está, después de nuestra última conversación. Él me evita, y yo también lo evito a él.

Estoy leyendo un libro de recetas que la empleada doméstica me prestó. Mi mente está distraída cuando escucho que abren la puerta. Aaron entró en la cuarto por primera vez, después de tres días. Está triste y devastado. Los sentimientos de infelicidad dominan su rostro. ¿Qué pasó? Trago saliva, pensando en la posibilidad de que Ivy le haya contado algo sobre mi situación. Sin piedad, Aron me echaría afuera de la casa, con todo este mal tiempo. Ahora está lloviendo y, en algunos momentos, tronando. Antes, la tarde se convirtió en noche.

Mi boca está seca. Sus ojos están oscuros como esta tormenta. Aaron está envuelto solo en una toalla. Me pregunto cómo puede bañarse con este clima tan frío. Los calentadores están encendidos desde temprano, pero aún así tengo frío. Soy sensible a este clima.

— Pensé que estarías abajo, con las niñas — se justifica —. Vine por mis ropas.

Entonces, siempre entra en la cuarto cuando tiene la certeza de que no estoy.

— Aaron, no necesitas disculparte. Yo soy la intrusa en tu cuarto, en tu casa. — Me levanto de la cama y me pongo de pie junto a ella. — Yo debería salir de tu cuarto. — Busco mis sandalias a mi alrededor y las pongo.

— Quédate — pide, con paciencia —. La señora Wilson llevará mi ropa a la habitación de huéspedes.

¿Él tiene que salir del cuarto que es suyo? No me parece justo.

— De ninguna manera. Yo me voy a ir. Creo que mañana podrán resolver los problemas con las carreteras, para que pueda irme.

— Ella, ¿por qué quieres tanto irte? ¿Es tan agobiante quedarte aquí conmigo y con mi familia?

Su pregunta me tomó por sorpresa. Después de tres días evitándonos, ¿cómo espera que esté? Es evidente que no quiere que esté cerca de sus hijas, por eso estoy aislada en la habitación. Di la excusa de que tenía dolor de cabeza, para que las niñas no me buscaran.

— ¿De verdad no sabes la respuesta? — Cruzo los brazos, molesta por su silencio.

Nada es peor que el silencio cuando sabemos lo obvio.

— Sé la respuesta.

— Perfecto. Entonces, si sabes, señor gobernador, ¿puede al menos permitir que la señora Wilson prepare una habitación de huéspedes para que pueda quedarme hasta mi partida?

— Te quedarás aquí, en mi cuarto — es su última palabra.

— ¿Por qué debo quedarme en tu cuarto?

— Es el más cómodo de la propiedad. — Ahora piensa en mi comodidad.

— Si al menos hubieras dormido en mi cama alguna vez, sabrías lo que es la incomodidad en la vida — resoplo, encontrando su actitud controvertida.

— No quiero que tu aroma salga de mis sábanas.

Me perdí en aquellos ojos azules intensos y en su boca diciendo que quería que su cama oliera a mí. Lo que no entiendo es por qué se aleja de mí, cuando desea estar cerca.

— Quisiera no tener que salir de tu cama, nunca más — confieso, molesta y confundida.

Aaron se acerca a mí, con esa mirada seductora. Estoy tan tensa y temerosa, y él también está tenso, preocupado por algo que jamás me contará, porque no puede abrirse con nadie. Mis ojos están pequeños y mi corazón apretado. ¿Por qué hace esto con nosotras? ¿Qué le da tanto miedo?

— Ella, ¿estás enamorada de mí?

Quisiera poder decir que no estoy enamorada y que lo único que espero de él es sexo, pero no puedo decir nada.

— Mi pequeña Ella, te dije que no eras una mujer por la que puedas enamorarte.

— No me consueles con tu piedad, no te quiero.

— ¿Crees que siento lástima por ti?

— Creo que no eres capaz de sentir nada por mí ni por ninguna otra mujer. Las dos sabemos quién ocupa tu corazón.

¡La esposa muerta!

— Nunca te di falsas esperanzas de un futuro a mi lado.

— Nunca. No te preocupes por mí. Ya estoy a punto de alejarme de tu vida.

Incluso si él se declarara ahora, estoy a merced de Ivy.

— No puedo evitar preocuparme por ti. Soy incapaz de sacarte de mis pensamientos.

— Me evadiste durante tres días.

— Porque tú también me evitaste.

— Porque estabas molesto por lo que dije. Además, no esperábamos que tu familia llegara de repente. Tus hijas piensan que soy tu novia. Veo lo molesto que te pongas cuando se acercan a mí, por eso sé cuál es mi lugar. Por eso estoy aquí, para que ellas no piensen que su padre está enamorado de mí. No sería capaz de lastgarlas, no tengas miedo.

— No tengo miedo de que las lastimes.

— Entonces, ¿de qué tienes miedo? — suplico por una respuesta.

Aaron se queda en silencio otra vez y no puedo evitar que algunas lágrimas corran por mi rostro. Él tiene esa expresión de compasión, de quien no quiere lastimarme. Odio que sienta lástima de mí; solo hiere más mi corazón.

Intenté alejarme de él, pero fue en vano, porque me tomó del brazo. Mantengo la vista en el suelo para no ver ese mirada de piedad puesta en mí.

— Quiero irme. Suéltame.

— No te vayas — parece un ruego.

— ¿Qué me haría quedarme aquí? — Busco sus ojos azules, que están oscuros. — Nada — le doy una respuesta.

Aaron limpia mis lágrimas con delicadeza. Hay una lucha interior en él, y no sé exactamente qué es.

¿Misericordia?

¿Necesidad?

¿Deseo sexual? ¿Carnal?

Sus manos acarician mis mejillas y bajan por mi cuello. Aunque estoy molesta, lo quiero en este momento. Un beso, un abrazo, sexo... Todo lo que él quiera darme.

— Eres tan hermosa, Antonella. Soy tan obsesionado con tu belleza. — Sus dedos deslizan sobre mis labios. — No sabes lo difícil que es, para mí, no besarte.

— Actúas como si fuera malo besarte, Aaron. Como si sintieras asco por mis labios.

Se acerca a mi rostro y besa mi boca, apoyando sus labios en los míos. El sabor refrescante a menta es mi favorito. Cuando me doy cuenta, nuestros cuerpos están pegados. Me tira con urgencia hacia él, empezando a provocarme con aquel beso lento y luego lleno de ansias de tenerme más y más.

— Eres tan apetecible. ¿Cómo podría sentir otra cosa que no fuera deseo por la mujer más linda, perfecta, sensible y cariñosa que he conocido en la vida?

— Viniendo del hombre que ya conoció a tantas mujeres... — Forzo una sonrisa sarcástica.

— Soy sincero, Antonella. Lo que siento por ti nunca lo sentí por nadie. Nadie — refuerza, queriendo decir que lo que siente por mí es único.

— No sientes nada por mí, solo quieres sexo. — Me convenzo a mí misma de eso para que no duela más.

— ¿Eso piensas?

— Del hombre que ama a su esposa fallecida hace tres años y busca divertirse con las amantes en la casa de campo, para no ser fotografiado por la prensa? No, no pienso nada. Imagina. — Odio ser sarcástica, pero no pude evitar.

— No sé qué te dijeron, pero no es verdad, nunca he traído a nadie aquí.

— Mira qué especial me siento.

— Deberías sentirte especial, porque eres una mujer especial, independientemente de quién te lo diga o no. Y no soy ese pervertido que imaginas. Si supieras qué tan difícil es, para mí, traicionar la memoria de mi esposa, a quien amé con todo mi amor, no pensaría que soy un hombre sin escrúpulos.

— No está mal que quieras sexo, Aaron. Eres hombre, viudo, y también necesitas relajarte. — No veo problema en eso.

— Después que mi esposa se fue, nunca quise a nadie más, Antonella. Ni siquiera me atreví a mirar a otras mujeres, por más bellas que fueran. Nunca pensé en tener a otra mujer conmigo. Tú fuiste la primera en la que me involucré. Eres la única capaz de entrar en mi corazón.

Necesito sentarme en la cama para entender lo que me está diciendo. No sé si me avergüenzo por lo que dije o si realmente le creo, porque no es de ese tipo de hombres que mienten. Veo que dice la verdad. Sus ojos están menos tempestuosos. Ahora puedo entender algunas cosas.

— ¿Fui a tu primera después de más de tres años?

¿Un hombre tan guapo como él, encantador y fogoso en la cama, ha estado sin sexo durante tres años? ¿Aaron ama tanto a su esposa que ha vivido en el celibato todo ese tiempo?

Me avergüenzo de haber creído en Ivy, en sus mentiras, y de haber juzgado a un hombre enamorado, que no pudo aceptar la pérdida de un gran amor.

— Ella, si supieras cuánto he estado luchando para no enamorarme de ti... cuánto he sufrido por nuestra distancia... Durante todo este tiempo, me decía a mí mismo: "Aaron, solo es sexo. Esta chica, tan hermosa y encantadora, no te merece". Estoy lleno de cicatrices que parecían no tener cura, hasta encontrarte a ti. Cuando estamos juntos, tú eres mi remedio y mi alivio. Quiero tanto besar tus labios, tocarte y no permitir que te alejes de mi vida.

En ese instante, me dejo llevar por tus palabras. No estoy preparado para enamorarme de nuevo. Quizá tenga miedo.

— Lucho contra los fantasmas del miedo. No estoy preparado para perder a más personas en mi vida. No estoy preparado para perderte.

— Solo me perderás si tú quieres, porque yo tampoco quiero irme de tu vida. — Me pongo de pie y acerco nuestros rostros, aguantando tu rostro hacia el mío.

Nos permitimos sentir la respiración del otro. Él está luchando contra una verdadera tormenta en su corazón. Quiero ser la calma en su alma.

Capítulo 19

ELLA

Nos quedamos solo juntos, abrazados en la cama, sin decir muchas palabras, solo lado a lado. Quería, de alguna forma, calmar su corazón. En esos momentos, el silencio es la mejor respuesta. Alejar los males del corazón con un abrazo suele ser un aliado fuerte para la recuperación.

Mi mente intenta entender cómo un hombre tan hermoso e inteligente, sin contar con el dinero, que atrae mucho la atención de las mujeres en busca de estatus y poder, logró mantenerse más de tres años sin sexo, en nombre de un amor, de una pasión que no murió incluso después de la partida de su amada.

Amanecemos juntos en la cama, abrazados. Mi cabeza descansa en su pecho desnudo. En el instante en que abro los ojos, siento tantas cosas que soy incapaz de hablar. Sé que Aaron también despertó hace unos ocho o diez minutos, pero ninguno de los dos se atrevió a decir alguna palabra. Los latidos de su corazón están acelerados. De alguna forma, sé que es porque estoy aquí con él.

Me deleito con el cariño que hace en mi cabello. Eso me hace sentir completamente suya sin que él tenga que decir nada.

Veo lo difícil que es, para él, luchar contra todos sus fantasmas. También veo lo profundas que aún son sus cicatrices. Aaron es un hombre herido, engañado por sus propias heridas. No está mal amar, lo que está mal es no seguir adelante. Este proceso suele ser, en la mayoría de los casos, doloroso, pero aún así, no está mal comenzar de nuevo.

Supongo que tiene miedo de que, de alguna manera, abrir su corazón a otra mujer pueda estar traicionando el amor que vivió, limitando todo ese sentimiento a nada. Mientras piense así, se culpará cada vez que nos encontremos.

Amar es un sentimiento hermoso.

Pero hay un momento en que tenemos que liberarnos de todo lo que nos hace sufrir.

Margot nunca volverá. Duele. Este sentimiento lo atormenta desde hace tres años. Sin embargo, él necesita seguir adelante alguna vez.

— Buenos días. Hace un tiempo que nos despertamos — constata él.

— Buenos días — mi voz sale suave. — No quise salir de tu abrazo — confieso.

— No necesitas salir. Quédate.

— Quedarme es lo que más quiero, pero no sé si realmente estás dispuesto a enfrentar la posibilidad de que me quede aquí.

Mi pecho se aprieta y me doy vuelta boca abajo, apoyando los codos en la suavidad del colchón. Sus hermosos ojos azules están fijos en los míos. Él logra estar aún más hermoso por la mañana, al despertar. Su cabello está ligeramente despeinado, no tan peinado como siempre le gusta.

— No mereces a alguien como yo.

— ¿Quién dijo que eres tú quien debe decidir eso?

— Soy un hombre marcado por el dolor y cubierto de cicatrices.

— Aaron, me quedaré contigo si eres capaz de enamorarte de mí — insisto para obtener una respuesta.

— Ella, no puedo enamorarme.

— ¿No puedes o no quieres?

— No puedo. Moriría si perdiera de alguna forma a tú. No lo soportaría.

— ¿Estás enamorado de mí o no? — casi grito.

— Estoy enamorado de ti — confiesa. — Enamorado desde el primer momento... — su voz falla.

¿Enamorado de mí?

¿Qué significa estar enamorado, para él? ¿Enamorarse de alguien no es querer a esa persona siempre a tu lado? ¿La pasión no es el primer paso para llevarnos al amor? Ambos sentimientos van de la mano.

— Desde el primer momento en que la vi. No quiero, porque sé que no sería capaz de hacerte feliz.

— ¿Es porque todavía la amas? — Su silencio me duele tan profundamente, que no necesito morir para sentir el dolor. — Si supieras cuánto me mata tu silencio...

Me levanto de la cama, enfrentando ese sentimiento de decepción que solo me lleva al fondo del pozo.

Me considero una idiota por haberme enamorado de alguien prohibido.

— No estás enamorado de mí, lo único que deseas es sexo. No puedes estar enamorado de alguien mientras todavía amas a otra mujer — pronuncio con furia. Mi voz sale entrecortada, y no puedo evitar demostrarlo.

— Antonella, ¿cómo tienes tanta certeza de que no estoy enamorado de ti? — Es su turno de levantarse de la cama, intentando acercarse a mí.

Lo impido, levantando las manos.

— ¡No! — me exalto. — Qué ridicule sentirme tonta por haberte amado. Sé que me dijiste varias y varias veces que no eras capaz de amar, pero ¿quién dijo que podemos mandar en nuestro corazón? Tú no tienes control sobre el tuyo, y yo tampoco sobre el mío.

— Ella, digo que estoy completamente enamorado de ti — refuerza con autoridad, asegurándome.

— No te creo. Está bien que hayas estado tres años sin tocar a otra mujer, pero eso no me hace alguien especial. Sé que soy solo una fotógrafa de México. No me menosprecio por no tener una posición social importante como la tuya, pero toda mi vida aprendí cuál es mi lugar.

Por la noche, escuché cuando la señora Wilson conversaba con la señora Maxwell sobre que las carreteras serán despejadas hoy. Es hora de irme.

— Solo respóndeme una pregunta: ¿tú la amas?

— ¿No me crees?

Asiento, viendo la decepción en su rostro. Parece estar viviendo un déjà-vu.

Algo llamó su atención. No sé qué es, porque no le presto atención. Una vez más, fijo en su dedo el anillo.

— No te creo, porque usas un anillo que es símbolo del amor de ustedes dos. Y, aunque me he abierto a ti, sé que no soy más que una puta. Fui tonta por haberte amado, por haberme enamorado de ti. — Las lágrimas en mis ojos expresan todo el dolor de mi corazón.

Ese es el símbolo de su amor. Ese anillo le recuerda a ella.

— No puedo decirte que te amo, Ella. No puedo atarte a mí con falsas esperanzas. Tienes razón: todavía amo a mi fallecida esposa. Y no puedo traicionar ese amor ni siquiera por ti. Quizás confundí sexo placentero con pasión porque hacía tres años que no tenía sexo. Eres una mujer hermosa, pero no eres la mujer por la que estoy enamorado. Lo que vivimos aquí se acabó.

— Se acabó — repito, sin ningún asombro.

— Haré todo lo posible para que regreses a tu casa en seguridad.

Una puñalada dolería menos.

Solo el amor duele así.

Asiento, secando algunas lágrimas.

— No se preocupe, señor gobernador, puedo volver a casa sola.

— Aún así, déjame ayudarte. Sé que tu situación financiera es delicada.

¿Ahora él siente pena por mi situación financiera? ¿No siente nada por mí, pero quiere ayudarme?

¿El buen samaritano ayudando?

— Déjame compensarte de alguna manera por algo que...

— ¿Por rechazarme? ¡Cállate! — soy brusca. — No necesito tu dinero como compensación por que no funcionamos juntos. No te

exijo que tecases conmigo solo porque tuvimos sexo. No soy una obligación para ti. Mi peso no es tuyo, es solo mío.

— Una vez pagué por una noche contigo — me recuerda, pero sin tono acusatorio.

— Si revisas tu cuenta bancaria, verás que nunca usé todo el dinero que me enviaste. — Un hombre como él no notaría 60 mil dólares.

— El cheque que está en tu mochila es tuyo.

¿Cheque? ¿Cuándo lo puso allí? ¿Anoche, después de que dormí?

Busco en la mochila, que está sobre el baúl, y abro el bolsillo más grande. Encuentro un cheque guardado por un millón de dólares a mi nombre, firmado por él. Ahora entiendo todo. Él no me invitó a la finca solo para divertirnos; una vez más, intentó comprarme.

Entonces, ¿así me ve? ¿Como una mujer que se vende? ¿Una prostituta? Pierdo el aire, levantando la barbilla. Él no va a dictar el valor que merezco a través de un cheque.

— Métete todo ese dinero en tu... — Controlo mi boca por educación, rasgando el cheque delante de sus ojos. Él solo observa. Hace lo que mejor sabe hacer: quedarse en silencio. — Nunca más me trates así.

— Deja de ser orgullosa, necesitas... — insiste.

— No necesito tu dinero — reafirmo, orgullosa.

Sí necesito dinero, pero no el suyo. Él me ve como una prostituta pagable.

— La decisión es tuya. Si no fueras tan orgullosa, aceptaría tu dinero. No porque rechazaste mi amor, deberías rechazar mi dinero.

— Me ofendes si piensas que puedes pagarme solo porque tuvimos sexo unas veces. ¡Vete a la mierda, señor gobernador! — tomo mi mochila, lo único que traje. En ella están mi cámara y mis documentos.

Respiro profundo, camino lentamente hasta la puerta y la abro.

— Adiós, Aaron. Espero de verdad que algún día puedas liberarte de todo tu dolor. — cierro la puerta inmediatamente.

Es el fin de nosotros.

Permanezco cerca de la puerta unos minutos, esperando que él pueda salir en cualquier momento y gritar, para que todos escuchen, que me ama. Pero él no aparece.

Porque confundió sexo con pasión.

Llorando, llevo la mano al corazón, masajeándolo. El dolor de un amor no correspondido llega a sofocar.

La suerte tiene quien nunca ha amado en esta vida.

Es hora de irme, no de llorar por la leche derramada. Respiro fuerte, con dificultad para inspirar.

Nunca lo volveré a ver. Nunca estaremos juntos otra vez.

El dolor de la pasión terminará algún día. No puedo pensar que eso me destruirá. Nadie ha muerto de amor.

Una mala alimentación mata mucho más que un corazón roto.

Levanto la cabeza, enfrentando a Ivy. Hay satisfacción en su mirada. Ella sabe que me voy.

— La rechazó, ¿verdad? Así es Aaron Maxwell: rechaza a todas las que intentan entrar en su corazón. Dije que no eras especial; que no eras más que una puta en su cama.

La sangre subió a mi cabeza tan rápido, que no dudé en darle una bofetada con furia.

— ¡Eres una puta! ¿Cómo te atreves?

— Cállate, puta. Déjame en paz. Ya estoy desapareciendo de la vida de todos ustedes, así que no vuelvas a pisar mi herida. Ahora, tendrás lo que más querías. Aunque ambas sabemos perfectamente que él ama a su esposa muerta. Así que, buena suerte, querida.

Ella tiene la mano donde le di la bofetada. Espero que le duela tanto como me duele a mí el corazón.

— Esa bofetada te costará muy caro. — Ivy tiene tanta crueldad en la mirada que llega a parecer triste.

Alguien tan poco amado, que vive para destruir la felicidad de todos a su alrededor: así es ella.

— Me pediste que me fuera, y me estoy yendo. Cumple tu promesa. Déjame en paz, viviendo mi vida.

No suplicaré por misericordia. Espero que ella honre el compromiso, si es que tiene honra en su palabra.

Bajo las escaleras lentamente, con la esperanza leve de que él pueda...

Pero él no vendrá. Él no te ama, Ella.

El olor a café negro que viene de la cocina me hace querer vomitar. Me iré sin despedirme de nadie.

— Ella, ¿a dónde vas? — Skylar está parada detrás de mí, con los ojitos llenos de lágrimas.

— Amor, voy a volver a casa.

Skylar me mira con tristeza, melancólica. Trata de decir algo, pero no puede, como si le faltara la voz. Quiero abrazarla y decirle que todo estará bien, pero sería mentir y alimentar falsas esperanzas en su corazón inocente. También lloro por su llanto. La pequeña abraza su barbilla, que se parece a la mía. Ella sabe que me voy para siempre y que las dos no podremos hacer nada. Por eso, es tan doloroso.

Miro hacia arriba, a la cima de la escalera, y veo a la señora Maxwell mirándonos con compasión. Ella es el apoyo de las niñas. Sé que las niños quedarán bien con una mujer tan benevolente. Ella no quiere que me vaya, eso es evidente. La miro, dándole un gesto con la cabeza que dice "adiós". Ella no acepta, se muestra inconforme, y mira hacia atrás, a ver si su hijo me impedirá.

— Querida Skylar, te amo. Por favor, intenta estar bien, mi amor.

Ella levanta la vista hacia mí, sollozando ante mi partida.

— Querida Ella, te amo. No te vayas, mi barbiezita — suplica.

Su abuela está junto a ella, lista para abrazarla. Y eso es lo que hace, entre lágrimas, igual que nosotras.

No puedo abrazarla, sería aún más doloroso para ambas. Con tristeza, doy la espalda y me voy de sus vidas para no volver jamás.

Capítulo 20

ELLA

Piso en la alfombra de "Welcome" (Bienvenida), que está afuera de nuestro modesto apartamento, por insistencia mía, porque adoro hacer que las personas que nos visitan se sientan bien acogidas de alguna manera. La puerta se abre, revelando a Audrey. Ella tiene una expresión de terror. Incluso comprendo que ha pasado

por momentos difíciles sin que yo esté aquí para cocinar, preparar el café, el almuerzo y la cena. Ella incluso sabe hacer algunas comidas, como fideos instantáneos y sándwiches con mermelada, pero, bueno, no sabe hacer muchas cosas. Sin embargo, cuenta conmigo. Nos complementamos mutuamente.

Hay algo muy extraño en ella. Su ceño está fruncido, como si hubiera visto un fantasma, y no parece muy feliz. Si mi celular no se hubiera descargado, sería posible que ya supiera qué la dejó así.

Doy un paso adelante para entrar en casa, pero ella bloquea el camino, como si no quisiera que entrara.

— ¿Qué te pasa?

— Silencio. Váyanse. ¿Viste a la policía allá abajo?

¿Policía? ¿De qué está hablando? No vi ninguna patrulla frente a nuestro apartamento. En el momento en que dijo "policía", todos mis sentidos se pusieron en alerta.

— ¿Qué?

— Ellos están en tu cuarto, un hombre y una mujer de inmigración. Te han denunciado. He tratado de comunicarme contigo, Ella. Tu celular estaba apagado.

— Se descargó — mi voz sale con fallos.

Este siempre fue un momento que temí mucho durante todo este tiempo. Ahora, mi peor pesadilla se ha hecho realidad. Hay personas de inmigración aquí, y han venido por una denuncia.

Eso solo puede ser obra de Ivy. Ella me denunció, no cumplió nuestro acuerdo.

— Escóndete en algún lugar, amiga. Ellos no pueden llevártela. — Audrey tiene las mejillas enrojecidas, igual que los ojos. El miedo domina su rostro.

El miedo a perderme.

¿Huir? ¿Esconderme otra vez? ¿Como siempre lo he hecho? Sé que si me atrapan ahora, seré arrestada, detenida y, luego,

deportada a casa. Responderé a un proceso y no podré volver a Estados Unidos, nunca más.

Mi razón me ordena tratar de esconderme en el apartamento de algún vecino, que seguramente me daría refugio. Todos aquí me quieren, aunque la mayoría de los estadounidenses odian a los inmigrantes. Esconderme resolvería muchos de mis problemas. Podría seguir trabajando aquí un tiempo más y así ahorrar un buen dinero para volver a casa. Sin embargo, ese mismo pensamiento me ha mantenido aquí todos estos años.

Años en los que he vivido atormentada, con miedo de ser denunciada.

La razón dice que debo aguantar un poco más, pero mi corazón, apretado de nostalgia por casa, me dice que no pelee más, que desista y vuelva a los brazos de mi madre, que no veo desde hace mucho tiempo. Mi pecho se aprieta de saudade. Mi linda hermanita necesita crecer a mi lado. Ya perdí muchos momentos de su vida, y no estoy dispuesta a perder más.

No voy a luchar más.

En casa, intentaré arreglármelas para trabajar. Todas nuestras deudas están pagadas, así que comenzaré de cero, en casa, con mi familia.

— Ya no puedo seguir escondiéndome... — susurro, angustiada.

Audrey no acepta mi decisión. Ella intenta convencerme una vez más, inconforme:

— ¿Qué haré sin ti? Te lo suplico. Dijiste que nunca abandonarías el barco. — Ella llora como una niña que no recibió caramelos de sus padres.

Teníamos un trato, un juramento: ninguna de las dos abandonaría el barco en que estábamos. A lo largo de todos estos años, hemos pasado por tantas cosas juntas. En medio de las dificultades, nuestra amistad siempre se fortaleció. Ella haría

cualquier cosa por mí, y yo también sacrificaría cualquier cosa por ella.

— Extraño mucho mi casa, a mi familia. Puedes visitarme en México siempre que quieras.

— Si te llevan, nunca más podrás volver a tu país. ¿Y nuestro trabajo? No puedo vivir sola, sin ti. Ven conmigo. Vamos a la casa de Drew. — Ella, aferrada a mi mano, dispuesta a esconderme.

Le devuelvo una sonrisa tranquila, resignada a mi situación. Tener el corazón partido también está influyendo mucho en mi decisión de regresar a casa. Estar lejos de Aaron y de todo su poder es todo lo que más quiero ahora. En México, será más fácil olvidarlo.

— Audrey, te amo. — La abrazo fuerte, sabiendo que no nos veremos en los próximos meses ni en mucho tiempo.

Ella llora tanto, que solloza. Y ver llorar por mí me hace sollozar también. Los agentes policiales dicen algo.

— María Antonella Madero, usted está detenida. Necesita acompañarnos. Según la ley, tiene derecho a guardar silencio. Si no puede pagar un abogado, el ministerio público podrá solicitar uno en el consulado mexicano — dice la mujer.

No me esposarán para sacarme porque no opongo resistencia. Lo que necesito está en mi mochila. Se rompe mi corazón al tener que dejar sola a mi mejor amiga.

— Deja todo, amiga. Ven conmigo a México. Mi madre te recibirá como a una hija. — Audrey vive sola. Solo tiene conmigo, y con nadie más.

Mi amiga no quiere soltarme más. Es su abrazo lo que me calma en este momento.

— Necesito que vengas con nosotros, señorita Madero — insiste la mujer. — O tendré que llevártela esposada.

— Por favor, solo cinco minutos más. Ella no está resistiendo. ¿Por qué llevársela a la fuerza? Por Dios, ten piedad — suplica Audrey.

La mujer, de cabello rizado atado en una cola de caballo, fue entrenada para ser inflexible y no sentir misericordia, al igual que su compañero, un policía negro listo para llevármela si no obedezco a su compañera.

— Necesito irme, mi amor. Por favor, prométeme que estarás bien. No vivas solo de fideos instantáneos, haz ejercicio y piensa en venir a vivir conmigo. Mi casa será tu casa. Lo sabes.

— Sí, lo sé. Llámame en cuanto puedas comunicarte conmigo. Te amo, hermana.

— Te amo, hermana. — Le doy un beso en la cara con cariño. Sus manos están frías y temblorosas.

La policía señala que la siga de inmediato. Su compañero viene tras de mí para asegurarse de que no intente escapar. Seco mis lágrimas con las palmas de las manos. Mis ojos arden. Durante el trayecto en autobús, lloré tanto que me sorprendí de tener tantas lágrimas. También dormí mucho, cansada y ansiosa por llegar a casa.

Este es el fin.

Por más que intentara vivir en ese país, sabía que tarde o temprano algo así podría suceder. Y sucedió. Ivy me denunció, no me queda duda alguna. El amor obsesivo que siente por el ex cuñado la vuelve ciega hasta convertirse en una mujer malquerida, que no se valora; y por causa de un hombre que nunca la miró con pasión.

Él nunca volverá a enamorarse de ninguna mujer.

En el camino hacia el centro de inmigración, vamos en silencio. Es mi derecho guardar silencio. Al llegar allí, escucho algunas bromas de otros agentes, como: "¿Pensaste que te quedarías para siempre comiendo de nuestro pan, inmigrante?" y "el lugar del inmigrante está en su país". Podría responder, insultar, pero no valdría la pena. La mejor respuesta es el silencio. Para eso, nunca tuve duda.

Converso con un delegado, que me pide una explicación de cómo entré en el país y cómo permanecí tanto tiempo aquí sin ser deportada. Solo digo lo mínimo. No estoy obligada a decir nada. Me dicen que estaré dos días en el centro de detención, esperando por mi juicio. Tengo derecho a uno, pero no quiero. Pregunto si es posible acelerar el proceso y enviarme de una vez a casa.

— Tu caso fue una petición especial del gobernador. Tienes suerte, niña. Parece que él te quiere lejos de su estado — me informa un agente cuando me llevan a la zona donde estaré.

— ¿El gobernador? ¿Qué tiene él?

— Te voy a contar un pequeño secreto: el gobernador, en persona, llamó al jefe y pidió que cuidáramos tu caso. Denunció a una empleada que trabajaba y vivía ilegalmente en sus tierras. Qué mala suerte, querida. Espero que seas feliz en tu país, porque si dependiera del gobernador, no volverías nunca más a Estados Unidos — dice la mujer justo cuando cierra la puerta de la sala donde tengo que esperar.

Mi deportación será inmediata. Es lo que dice el otro agente.

Fue Aaron quien me entregó a las autoridades, no Ivy, como pensé. Él es un ser humano terrible. En los últimos días, ya sabía que vivía ilegalmente en los Estados Unidos y, una vez más, me engañó con mentiras, actuando como si no supiera nada, mientras trabajaba en secreto para enviarme de vuelta. Claro que haría lo correcto, para un hombre con su posición política, y también por miedo a que yo involucrara su nombre en alguna polémica.

Lo odio.

Lo odio por haber intentado comprarme.

Lo odio por amar a su esposa muerta.

Lo odio por ser responsable de mi deportación.

Juro que ya no lloraré por él. Este ser despreciable no merece mis lágrimas. Que sea feliz con todo su estatus y poder.

Lo que hizo esta vez, no tiene perdón. Rompió todas las barreras de los momentos bellos que tuvimos. Solo fui un sexo placentero que ya terminó.

— Señorita, su audiencia fue adelantada para las cuatro de la tarde. El juez le dará la orden de salida.

Un señor, con sus sesenta y tantos, delgado y de mirada dura, dice las siguientes palabras:

— Deportación inmediata. La señorita Madero está prohibida de volver a América hasta que el proceso termine con la decisión final.

Como dijo el agente, lo hizo el juez.

Deportación inmediata. Me informan que, a la 01:30 de la madrugada, tomaré un vuelo directo a la Ciudad de México, para casa. Mi madre no sabe nada. Con lo poco que logré cargar en mi celular, fue suficiente solo para comunicarme con Audrey. Le pedí que no le dijera nada a mi madre, para que no se preocupara innecesariamente.

Mi caso avanzó muy rápido porque fue una petición especial del gobernador, que me quiere lejos de su estado y del país.

Rechacé la comida que me sirvieron. De este lugar, no llevaré ni la suciedad de mis zapatos.

Cuando llega la hora, los agentes me acompañan hasta dentro del avión comercial. Es vergonzoso que todos me miren como si fuera una criminal, una bandida. Las autoridades me llevan hasta mi asiento, y nadie irá a mi lado, salvo el agente que me acompañará hasta el desembarque. Ni siquiera puedo llorar, con la vergüenza de que un desconocido a mi lado me vea así.

¿Por qué sentimos vergüenza, si ni siquiera conocemos a las personas alrededor? Y nadie se acordará de mí después, al contar en casa, a amigos y familiares, que vieron a una chica ser deportada. Nos preocupamos demasiado por quienes no se preocupan por nosotros.

Sigue nadando, Ella...

Repetiré en mi mente esa frase durante todas las horas del vuelo.

Veo las luces estadounidenses, hermosas, por última vez. Extraño mi casa, pero esa también fue mi casa en los últimos años.

Cuando el piloto anuncia que hemos entrado en México, mi corazón se acelera. Después de tantos años, estoy sobrevolando el suelo de mi país.

El proceso de deportación termina en el aeropuerto, en el desembarque, donde me dejan, a la deriva, para volver a casa.

La madrugada fría, helada, está bajo la lluvia. Consigo un taxi y me mojo hasta que entro en él. Llegaré a casa pronto, a las 6 en punto, hora en que mi madre se levanta todos los días.

Había olvidado cuánto amaba mi casita sencilla y cuánto me gustaba estar allí, el lugar que me hacía recordar a mi padre y todos nuestros momentos en familia. Estoy del otro lado de la calle desde hace aproximadamente media hora, sentada en la acera, observando la fachada de mi hogar.

Cuando mi madre abre la puerta para sacar la basura, me ve, aunque estoy lejos. Solo llevo mi mochila. A pesar de tener el rostro hinchado por tanto llorar, ella me reconoce. En un primer momento, se queda paralizada, mirándome para asegurarse de que soy yo. Su mano toca mi rostro con delicadeza y mira al cielo.

— Gracias, Virgen de Guadalupe, por haber traído a mi niña a casa, a mi linda María.

— Mamá...

Las dos nos entregamos a un abrazo apretado, de saudade reprimida por años, entre lágrimas de emoción y felicidad. ¿Por cuántas noches soñé con este momento en que la volvería a abrazar? Su aroma es único y dulce, de una mujer luchadora y guerrera. Eso me hace ver cuánto necesitaba estar en casa más tiempo.

La amo mucho. Más que a mi propia vida. Ahora, siempre estaremos juntas.

Capítulo 21

ELLA

El calor de México en un día de verano era una de las cosas que más extrañaba. Soy completamente apasionada por el calor y odio el frío. Mi nariz se me escurría, se me tupía; atacaba mi rinitis, sinusitis y todo el equipo de congestión nasal.

Camino con Lola, yendo de regreso de la panadería, que está a dos calles de nuestra casa, en la esquina. Ella se distrae saltando la rayuela dibujada en la acera. La observo jugar. Mi hermanita ha crecido tanto. Cuando pienso en todas las cosas que perdí en su proceso de maduración, tengo ganas de llorar. Cuando me doy cuenta, ya estoy llorando. Desde que llegué, estoy así, emotiva. Todo me hace llorar. Es como si mis hormonas estuvieran fuera de control. Lloré al ver una telenovela con mamá, en la escena en que la chica perdió a su perrito, e incluso con el capítulo de ayer, porque ella todavía no lo ha encontrado. La mascota está con su enemiga, encerrada en la habitación. Leí el resumen de la semana y descubrí que el perrito logrará escapar y encontrar a su dueña. Eso me pone más feliz.

Es una telenovela.

Estaba llorando por una escena de telenovela.

También lloré cuando escuché a mi madre hablar por teléfono con una amiga sobre cómo no se habían visto en más de cinco años. Mejores amigas separadas por la distancia, así como yo y Audrey, que no nos vemos hace más de dos meses.

— ¿Hermana, estás llorando otra vez? — Lola no entiende por qué estoy así.

Nuestra madre tampoco entiende. Ella incluso pensó que me habían maltratado durante el proceso de deportación. Le expliqué un millón de veces que nadie me abusó. Oí algunas bromas desagradables, pero ningún abuso sexual o algo por el estilo. Esa no fue una situación que me traumatizó.

La pesadilla de ser deportada terminó siendo menor de lo que había imaginado durante años. Vivía con tanto miedo a diario de ser atrapada, pero cuando sucedió, no fue tan aterrador como imaginaba. Esto sucede mucho en la vida de una persona ansiosa.

Recordando que la ansiedad no es una broma y debe ser acompañada por un psicólogo.

— Mamá, Ella está llorando otra vez — Lola llama la atención de nuestra madre, que prepara el café en ese momento en que me siento en la mesa, en la cocina.

Hago una mueca para que Lola guarde silencio. La pequeña no lo hace por maldad, sino porque está preocupada por mí.

— Lo siento, Ella.

Mamá coloca la botella de café sobre la mesa, toma una taza para mí, la llena hasta la mitad con café negro y me la entrega en las manos para que beba. Es el mejor del mundo, porque fue hecho por ella. Su mano derecha toca mi rostro con cariño. Ella sabe ser comprensiva sin decir una palabra.

— Si extrañas allá, querida, ¿por qué no llamas a Audrey? Ella puede mostrarte cómo están las cosas por allí.

— No siento nostalgia de allá, mamá, solo de Audrey. Ella prometió visitarnos a fin de año. — Dentro de tres meses.

De ese lugar, solo quiero distancia.

Llevo la taza de café cerca de mi boca, inhalando su delicioso aroma. Debería estar delicioso, por eso extraño cuando, en lugar de sentir el olor del café más sabroso, huelo uno de los olores más desagradables de café estropeado y agrio. Casi me vomito allí mismo. Una vez más, alguna comida me está causando náuseas. Necesito levantarme de la mesa y correr al baño. Vomito, en el inodoro, solo agua y algunos restos de la leche que bebí anoche.

Vomitar con el estómago vacío es una de las peores sensaciones que puede existir. Hace dos días, ocurrió lo mismo después de comer una sopa de calabaza. La primera vez que me sentí mal con la comida fue hace dos semanas, mientras hacía tacos con mi madre. En la primera mordida, vomité ahí mismo, en el fregadero de la cocina.

"Estos alimentos me están intoxicando," pensé en un primer momento. "El cambio de clima y de hábitos alimenticios puede estar causando esto".

Me arrodillo en el suelo del baño, sudando frío. La sensación es que voy a desmayarme en cualquier momento. Mi madre me mira desde la puerta, preocupada.

— Vamos al médico, Ella — es casi una orden.

— Estoy mucho mejor, mamá — respondo, cansada. — Ayúdame a ir a mi cuarto. Estoy un poco soñolienta.

Cada vez que vomito, me pongo así: con las piernas débiles, con el cuerpo cansado y con sueño. Dormir un rato me ayudará. Mi menstruación debe empezar en estos días, creo. ¿El mes pasado me bajé? ¿Cómo puede alguien no recordar si le vino la regla?

He llorado tanto en los últimos dos meses, por rabia, decepción y nostalgia. Rabia y decepción de él, del hombre cuyo nombre ni siquiera debería recordar ni nada de lo que tuvimos juntos. Han pasado dos meses, y ni siquiera debe estar pensando en mí. Si pensara en mí, no me habría enviado a casa de esa manera tan humillante. Si le importara, al menos me habría escuchado antes de tomar esa decisión de expulsarme de su país como si fuera una delincuente.

Aaron me miró a los ojos ya sabiendo que era una inmigrante ilegal, dijo que le gustaba estar conmigo y después me hizo sentir como cualquier otra, rechazándome. No pasé de ser un pedazo de carne para él.

Estoy segura de que estoy así por él. Tanta rabia y decepción solo podían llevar a esto, en problemas emocionales.

Qué extraña la presencia de mi mejor amiga, de nuestros momentos y de nuestras conversaciones todas las noches antes de dormir. También extraño mucho a las chicas pelirrojas, que conquistaron mi corazón en tan poco tiempo. Soy la barbie de ellas, la mujer que siempre soñaron que sería la novia de su papá. Pero ellas son dulces e inocentes, por eso no comprenden que Aaron no será capaz de amar de nuevo porque todavía ama a Margot, incluso después de tres años de su muerte.

Mi madre también amó tanto a mi padre, que incluso después de años de su muerte, nunca quiso saber de otro hombre. Ella siempre va a la iglesia a orar por él y enciende velas en su cumpleaños y en la fecha de su matrimonio. Ella todavía lo ama.

Cuando conoces un amor tan fuerte y verdadero, y lo pierdes de forma definitiva, ¿es así como estamos condenados a vivir para siempre? ¿Amando a alguien que, por desgracia, nunca volverá a nuestros brazos?

Esa, sin duda, es el peor de los dolores que puede existir: amar a alguien que ya no puede ser nuestro.

Mi madre me ayudó a ir a mi cuarto, donde descansé hasta la hora del almuerzo. No puedo comer muchas cosas, pero, al menos, ya no tengo ganas de vomitar.



Mi situación con la comida se está volviendo cada vez más difícil, pero ahora ya no son solo los alimentos los que me provocan náuseas, también los perfumes y productos de limpieza, que me hacen querer ir al baño constantemente para vomitar. También me he dado cuenta de que, en lugar de perder peso por comer poco, mis ropas se han ajustado más.

Mi menstruación no ha llegado, y todo lo que quiero es llorar.

No quiero enfrentar mi verdadera situación.

No puedo estar embarazada.

No puedo estar esperando un bebé de Aaron.

No puedo estar embarazada.

No fuerzo el botón del pantalón vaquero para que cierre. Nunca me importó estar con sobrepeso en algunos momentos de mi vida. Siempre he tenido altibajos con la balanza. Sin embargo, la posibilidad de estar embarazada me aterroriza.

¿Qué haré si mi sospecha es cierta?

Lloro, mirándome en el espejo, desesperada. Mi corazón se aprieta y mi mente crea varios escenarios de lo mal que sería estar embarazada. ¿Cómo cuidaría de ese bebé sin un trabajo fijo? Mis ahorros no son muchos. Con lo que tengo, no alcanzaría para comprar muchas cosas para un bebé.

No puedo estar embarazada.

— Ella, tus ropas están apretadas — la voz de mi madre me asusta. Cuando ella cruza los brazos, sé que hay alguna sospecha en su inteligente mente de madre perspicaz. — Hija, ¿quieres ir al médico hoy?

¿Qué le diré a mi madre si estoy embarazada? ¿Cómo reaccionará si he sido tan descuidada? Usamos condón casi siempre que tenemos relaciones. En nuestra última noche, recuerdo que fue una de esas veces en que no lo usamos. Recuerdo que Aaron terminó en mi vientre, pero puede haberlo hecho dentro sin darse cuenta. Estábamos tan entregados en ese momento, que no pensábamos en nada más que en estar juntos.

Intento respirar. Lo hago con dificultad al sentarme en la cama, llorando. Mi madre se sienta a mi lado y dejo mi cabeza en su hombro.

— Mamá...

— Está bien, mi niña. Pase lo que pase, enfrentaremos juntas lo que venga.

Sé que mi madre sospecha. De alguna manera, las madres tienen el don de saber lo que piensan sus hijos incluso antes de que sepan qué sienten.

— Creo que puedo estar embarazada — digo de una vez, sin levantar la cabeza de su regazo. Ella enreda sus dedos en mi cabello. — Madre, yo...

— No necesitas contarme nada ahora, mi amor. Respira. Tranquila. — Ella seca las lágrimas de mi cara. — Tranquila. Primero, iremos al médico. Después hablamos, cuando te sientas cómoda para contarme algo.

Mi madre es la mejor madre del mundo. Tiene todas las cualidades básicas que una madre puede tener: es gentil, cariñosa, tierna y, sobre todo, comprensiva.

— Si estás embarazada, no olvides que tu madre siempre estará aquí. Ella, mi linda Ella, nunca estarás sola en la vida mientras tu madre esté viva. Siempre encontraremos una solución.

Mi madre me convence de ir al médico. Ya no puedo soportar estar sin comer. Y todo lo que como, lo vomito. Mi cuerpo está débil. Necesito ayuda médica.

En el hospital, esperamos nuestro turno. Lola vino con nosotros porque no tenía con quién quedarse. Mi hermanita no entiende nada, pero está preocupada. La única que sabe de mi sospecha es mamá. No le he dicho nada a Audrey, porque está en una semana de trabajo muy ajetreada. Mi amiga no sabe que Aaron es el dueño del estudio ahora y que me involucré con él. Incluso le pregunté por el hombre misterioso al que llamé Max solo para que no siguiera insistiendo en descubrir su verdadero nombre.

Mi madre, en ningún momento, me forzó a dar explicaciones. No le dije nada sobre haberme involucrado con alguien.

Me hago un análisis de sangre y la médica quiere saber sobre mi período menstrual, mis cólicos y la última vez que tuve relaciones sexuales. Todo esto con mi madre a mi lado. Lola espera afuera. Le cuento que tuve mi última relación hace casi tres meses.

Esperamos ansiosas el resultado del examen, que será pronto.

Mientras tanto, me administraron suero en la vena, que duró unos 20 minutos más. Fue necesario para reponer algunos

nutrientes que había perdido por los vómitos. Ya me siento un poco más fuerte, pero todavía quisiera acostarme y dormir.

— Señorita Madero, le traigo el resultado de su análisis de sangre. Sus niveles sanguíneos están en rango normal. Sin diabetes y con colesterol normal — me informa la doctora.

— Entonces, ¿por qué mi hija está así, doctora?

— La razón por la que su hija está así, señora, es que está embarazada. Felicidades a los futuros padres del bebé. Que sea un embarazo saludable y feliz — su sonrisa es sincera.

Mi madre se sorprende brevemente. Yo, en cambio, pienso que voy a desmayar. Necesito sentarme para asimilar lo que escuché.

Estoy embarazada.

Embarazada del gobernador de Minnesota.

Un bebé de Aaron en mi vientre.

Respiro profundamente, pongo las manos sobre mi pecho y cierro los ojos por un segundo. Mi cabeza se derrumba y lucho con mis propios pensamientos.

¿Embarazada a los 23 años, sola, sin trabajo y sin una relación seria con el padre de mi hijo? ¿Qué haré?

— ¿Embarazada? ¿Estás segura, doctora? — pregunto con temor. Podría ser un error.

— No hay error en el examen, señorita. Está embarazada, posiblemente de ocho a diez semanas. Le sugiero que realice algunas pruebas de imágenes y que inicie cuanto antes el prenatal del bebé. Desde ya, le deseo felicidades — ella se va, dejándome aquí, sin piso.

Un bebé.

Mi madre me aprieta la mano. Ella tiene una sonrisa en el rostro.

— Yo, tú, tu hermana y este bebé. Siempre estaremos juntos, María Antonella. No tienes de qué preocuparte, querida.

Me gustaría no preocuparme por nada, pero, en este momento, esta noticia no me hace feliz.

Capítulo 22

ELLA

Admiro el tamaño de mi barriga frente al espejo. Mi madre está casi segura de que estoy embarazada de un niño, porque dice que las niñas no dejan la barriga de la madre tan grande como la mía.

Desde que descubrí mi embarazo, aún no había logrado tener un momento tan feliz como este. Estoy sonriendo, imaginando cómo será la carita de mi bebé. Si es niño, creo que se parecerá a mí, ya que los niños tienden a parecerse más a la madre. Si es niña, seguramente tendrá los ojos azules del padre y la mirada traviesa de las hermanitas.

— Ella, mira quién ha llegado — dice Lola, animada, abriendo espacio para que pase Audrey.

Nos miramos la una a la otra con los ojos llenos de emoción. Ella está emocionada por verme embarazada, y yo por tenerla aquí conmigo.

— ¡Ay, Dios mío! — Corremos a abrazarnos.

— Estás hermosa, muy hermosa, con esa pancita de embarazada. — Ella no quiere soltarme, nunca más. Ni yo a ella.

Somos tan almas gemelas, que siempre estaremos así: conectadas una con la otra, sin importar la distancia, nuestro humor o los problemas de la vida. Somos mejores amigas y hermanas.

— ¿Cómo fue el viaje? ¿Estás bien? — pregunto, preocupada. Me di cuenta de que ella está muy cansada.

— Cansado. Pero me alegra mucho verte así, amiga.

Cuando le conté hace un mes que estaba embarazada, esas fueron sus palabras: "Tía ama, tía ayudará a cuidar. Busca un colchón para la tía, que ella ya viene". Y hoy, después de un mes, ella llegó, como prometió. Audrey renunció al estudio para venir a vivir conmigo y ayudarme con mi embarazo.

Díganse si ella no es la mejor amiga que alguien puede tener.

— Todavía no puedo creer que lo dejaste todo por mí. — Una amistad así llega a ser rara.

— Tú harías lo mismo por mí, eso lo sé. — Sí, lo haría. Ella lo sabe.

Durante mucho tiempo, una y otra fue lo único que teníamos. Nuestra amistad era lo que nos daba fuerzas para seguir confiando

en los días buenos.

Ella no preguntó quién era el padre de mi bebé, igual que mi madre. No nos fuerzan a hablar de eso en ningún momento. Sin embargo, ya no puedo esconder este secreto solo para mí. Son las personas en quienes más confío en este mundo. Por eso, decidí contarles a las dos.

Después de la cena, Lola irá a dormir y nosotras tres nos quedamos en la mesa, hablando sobre la próxima telenovela, que empezará mañana. Mi madre es una fanática de las telenovelas, y a Audrey también le gustan las mexicanas. Es la primera vez que ella y mi madre conversan en persona. Se hablaban por teléfono, por videollamada o voz. Ambas son amigas, y eso me alegra mucho.

— Quiero contarles algo.

Me miran atentamente, preocupadas, pensando que puede ser algo respecto al bebé. Son muy protectoras y cuidadosas conmigo.

— ¿Es el bebé?

— Él está bien, mamá. Lo que quiero decir es otra cosa. — Respiro profundo.

— Puedes hablar, amiga. Sea lo que sea, te escucharemos. — Audrey apoya los codos en la mesa.

Es ahora o nunca. Sé que ellas guardarán este secreto conmigo.

— Quiero que sepan quién es el padre de mi bebé.

— ¿Estás segura de eso? — pregunta Audrey.

— Sí, lo estoy. — Hago clic con los dedos. — El nombre del padre de mi bebé es Aaron Maxwell.

Mi madre no tiene idea de qué significa ese nombre, sin embargo, Audrey supo de inmediato. Todavía no está segura si en realidad es el gobernador del estado o si puede ser otra persona con ese nombre.

— ¿Era un compañero de trabajo de ustedes? — tiene dudas.

— No, no lo era — dice Audrey, sorprendida. — Ella, ¿estoy pensando en él? Ese nombre... Es el...

— Sí, él mismo.

Por un momento, quiere reírse, como si estuviera bromeando o haciendo alguna broma, pero pronto nota que no es una broma. No jugaría con algo tan serio.

— ¿En serio, amiga? ¡Dios mío! ¿Cómo se conocieron? ¿Cómo sucedió? Bueno, sé cómo debe haber pasado. — Sonríe, traviesa. — ¿Fue con él que estuviste en la casa de campo?

— ¿Qué casa de campo? — Mi madre todavía no sabía lo de la casa de campo.

— Sí, fue él.

— ¿Se conocieron la noche que fuimos al evento de...

— No fue allí. Lo conocí en la fiesta de cumpleaños infantil a la que fuimos, en ese condominio elegante. Luego, lo volví a ver cuando servíamos bebidas en ese bar. Era su cumpleaños — le recuerdo. — Entonces, me hizo una propuesta: pagaría la deuda de nuestra casa, mamá. A cambio, pasaría una noche con él. Me vendí. — El peso y la vergüenza me dominan. — Lo siento por eso, mamá, pero estaba desesperada, al borde de cometer una locura.

Audrey no me juzga ni tampoco mi madre. Solo están tan sorprendidas que no saben qué decir.

— Pensé que nunca más lo volvería a ver, hasta la gran noche del evento. Esa misma noche, Brandon, nuestro jefe, intentó abusar de mí en el baño. Él me habría forzado si Aaron no me hubiera salvado y me hubiera sacado de allí con él.

— ¿Brandon intentó abusar de ti? ¡Ese hijo de puta! — Audrey siente tanta rabia, que podría matarlo con la mente. — Ningún hombre tiene derecho a forzar a una mujer. ¡Ese hijo de puta, maldito!

— Pero él no pudo forzarme. Como dije, Aaron me salvó.

— ¿Por qué no me contaste nada, hija? ¿Cómo se atrevió ese hombre a intentar forzarte? Juro por Dios que lo mataría si supiera dónde está en este momento. — Le ruedan lágrimas por la cara. Tuvo que levantarse para asimilar todo lo que escuchó.

Su corazón duele. Saber que su hija casi fue abusada sexualmente la deja con lágrimas en el alma.

— Déjame terminar de hablar. Después, ustedes dicen algo. — Ellas asienten. — Después del evento, Aaron me llevó a su apartamento. Tenía un viaje esa noche, pero lo canceló para cuidarme. Me dijo que no podía dejarme sola. Luego, me invitó a ir a la casa de campo, y acepté, porque ya estaba enamorada de él. Sabía que un hombre como él no querría otra cosa que no fuera sexo conmigo, después de todo, solo era una fotógrafa, sin formación alguna, y él era un importante político, gobernador del estado, de las familias más renombradas en la política estadounidense.

— Él es viudo, señora Madero. Dicen que nunca se recuperó completamente de la pérdida de su esposa. Fue un accidente terrible que involucró paparazzi — explica vagamente Audrey. En esa época, yo ya vivía en el estado, pero no recordaba nada. — ¿Dijo algo que la hiciera irse?

— La excuñada descubrió lo nuestro. Ivy ama a Aaron. Entonces, me amenazó. Por haberme investigado, descubrió que yo era inmigrante ilegal. Pensé que me había denunciado, pero cuando llegué al centro de inmigración, una agente me dijo que el responsable de mi deportación había sido el gobernador y que quería que me mantuviera lejos de su estado.

— Qué hombre despreciable — dice Audrey con tono disgustado. — ¿Cómo pudo hacer algo así con vos y con el bebé?

— Él no sabe que estoy embarazada. Además, no voy a contarle.

Aaron nunca sabrá que espero un bebé suyo, porque ninguno de los dos significa nada para él.

— Él es el padre, Ella. Debe saber que llevas un bebé de él. Además, tiene que hacerse responsable de sus actos. No quedaste embarazada sola. Y, además, mereces una buena pensión y...

— Él no sabrá — es mi palabra final. — Solo fue un caso. No quiero que vea a mi bebé como una obligación que tiene que marcar en su agenda. Además, él ya tiene sus hijas. Este bebé es solo mío y de nadie más. Él dejó en claro, al deportarme, que no le importo.

Mi madre todavía permanece en silencio. Se acerca para abrazarme, intentando, de alguna manera, aliviar el dolor en mi pecho. Me siento tan aliviada de haberles contado la verdad.

— Mamá, por favor, perdóname por haberme entregado a ese hombre... — No puedo terminar de hablar.

— Tú debes perdonarme a mí. Mi linda hija, llevaste sola el peso de mantener a tu familia, cuando no era tu obligación. Y por nosotros, te sacrificaste para que no perdiéramos la casa. Viviría mil vidas y no olvidaría eso, Ella. Nunca me perdonaría por haberte entregado a ese hombre por nuestra causa. — Mamá llora tanto que llega a sollozar.

Le devuelvo su abrazo con cariño. No me arrepiento de lo que hice. Si no fuera por esa decisión mía, hoy estaríamos sin casa, sin un techo donde vivir.

— Viviría mil vidas y, en todas ellas, elegiría vivir por ustedes, por mi familia. — Audrey también es parte de mi familia.

Las dos me abrazan con cariño. Sé que puedo confiar en su discreción.



Llorar es bueno, alivia el peso de los problemas, como dice la Tristeza, de la película "Intensamente".

Cada vez que lloro, mi dolor disminuye, volviéndose más suave.

Ahora, que Audrey y mamá saben quién es el padre de mi bebé, ya no hay secretos que me asfixien, dejándome angustiada. Me siento más ligera después de esa revelación.

Audrey duerme en un colchoneta en el suelo. Bueno, pensé que ella dormía. Cuando me senté en la cama, ella saltó, pensando que me estaba pasando algo. Necesito aclarar que estoy bien. Mañana me harán un ultrasonido para saber el sexo del bebé. La ansiedad me tiene sin dormir, solo deseo que amanezca. Miro las horas en el celular. Son las 03:40 de la madrugada. El examen está programado para las 9 h, todavía falta mucho.

— Ella, ¿puedo preguntarte algo? — Asiento. — ¿Lo amas, cierto?

— ¿Qué importa lo que yo sienta? Él no siente lo mismo, y dejó eso bien claro cuando me echó. Todos saben que ama a su esposa fallecida. Incluso tú lo sabías.

— La gente comenta. Él es como una celebridad, amiga. No lo conozco, no puedo opinar sobre lo que siente por ti o no. Pero debo insistir en que tienen derecho a una buena pensión. Ella, no es solo cuestión de orgullo, sino de necesidad también. Pero si no quieres verlo desde ese lado... Recuerda que este bebé es un Maxwell, y hasta donde sé, el gobernador es multimillonario. Tu bebé merece eso, porque es un derecho de él.

— ¿Crees que ya no he pensado en eso? Estoy siendo egoísta por querer quitarle un derecho que le corresponde al bebé. Pero no sé si puedo mirarlo a los ojos y decirle que estoy embarazada. Puede que no me crea, puede que dude sobre la paternidad.

— Déjalo dudar. En el momento en que salga el resultado de la prueba de ADN, sabrá que el bebé es suyo.

— Si fuera así, solo le daría dinero a mi bebé, y no el amor que necesita. ¿Entiendes? Más doloroso que vivir en la pobreza, es saber que todo lo que un padre hace es por obligación.

Aaron no sabrá del bebé. No por ahora. Esa decisión ya está tomada.

— ¿Qué harás cuando descubras el sexo? ¿Estás segura de que no puedo hacer una fiesta de revelación?

— Sí, puedo — digo, sin mucho entusiasmo.

No quería ser egoísta, pero no estoy saltando de alegría por saber que seré madre. Estoy feliz, pero muy preocupada por el día de mañana. La gente romantiza tanto el embarazo, que llegué a pensar que siempre debería estar sonriendo, acariciando mi barriga y hablando con el bebé. Necesito conseguir un trabajo en la panadería sencilla del barrio, para ganar casi un salario mínimo. Será mejor que nada. Audrey también está buscando trabajo, y pronto lo encontrará. Nos prometimos una a la otra que algún día abriríamos nuestro estudio.

Nunca hemos roto una promesa.

Capítulo 23

ELLA

— ¿Qué es esto? ¿Otra carta poética de tu admirador secreto? — Lola, mi hermanita, se muestra animada con lo que tiene en sus manos.

Llegó, por correo, otra carta sin remitente, solo con el destinatario, que soy yo. Hace aproximadamente 15 días, comenzaron a llegar cartas fechadas desde la primera semana en que fui deportada de Estados Unidos.

Poemas.

Son poemas románticos como nunca había leído antes, como:

"Me gusta la forma en que haces que mi corazón se acelere y cómo solo tú puedes calmarme. Es como si mil avalanchas sucedieran al mismo tiempo y, de repente, me encontrara en la paz más absoluta que existe."

Otro fue así:

"Amar es experimentar una especie de torbellino de sentimientos al mismo tiempo. Cuando estoy a tu lado, tengo el universo entero dentro de mí, expandiéndose como mi amor por ti. Ella, tú eres la joya más rara de mi corazón. La mujer más hermosa y preciosa que he conocido. Sueño todos los días con el día en que estaremos juntos."

Cada día, llegan nuevas cartas; algunas más grandes, de hasta tres páginas, y otras más pequeñas, como notas o borradores escritos en papel.

Mi mamá ríe, emocionada con tantas palabras bonitas. Permito que ella y Audrey lean lo que recibo. Me parecen tan lindas y encantadoras las palabras, que no puedo guardármelas solo para mí.

— Nuestro vecino está muy emocionado esta semana — comenta mamá sin mucha pretensión.

— ¿Cómo estás tan segura de que es él, señora Madero? — Audrey todavía duda.

— Sí. ¿Cómo estás tan segura, madre? Nosotros apenas intercambiamos cinco palabras desde que llegué aquí.

— Los hijos de los Idalgo son chicos tímidos. El mayor solo se casó hace dos años porque fue su novia quien se lo pidió. Querida,

veo cómo mira a la hija del medio. Y todas las mañanas, cuando me despierto, él está haciendo su caminata matutina, pasando por nuestra calle. Solo puede ser él quien deje las notas aquí.

La teoría de mi madre es sólida. Algunos días, llegan hasta tres notas juntas, y ha habido ocasiones en que llegaron más que eso. Si realmente fue Federico quien las escribió, es muy bueno con las palabras escritas, pero pésimo con las palabras habladas cara a cara. En las pocas veces que nos hemos encontrado, él dijo "buenos días, Ella" tartamudeando y "¿cómo están los bebés, Ella?"

Quizás, el hecho de que estoy embarazada lo asuste mucho, porque siempre me mira con admiración, pero también con sorpresa, a mi barriga. Los rumores que corren sobre mí en la calle hacen que todos crean que me fui de Estados Unidos después de involucrarme con un hombre casado y estar amenazada por su esposa. La gente llega a ser tan malvada. Pero eso no me sorprende tanto, porque en el mundo en que vivimos, lo que sorprende es la empatía y la reciprocidad. La maldad se considera normal en este mundo, que está lleno de ella y de mamadas todo el tiempo.

Mi barriga cada vez está más pesada. Pensábamos que solo había un bebé en mi vientre, pero al hacer un ultrasonido para descubrir el sexo, casi me desmayo cuando el doctor dijo que eran dos bebés.

Dos niños.

Estoy embarazada de gemelos.

Ya lloré por la preocupación. Vivía tensa, sin saber cómo iba a cuidar a un bebé, pero pronto descubrí que serían dos. tuve que dejar el trabajo en la panadería porque no soportaba estar tanto tiempo de pie, como era requerido. Quien ocupa mi puesto es mi mejor amiga.

Una fotógrafa con sueños grandes sacrificándose por mí para ayudarme. No todos tienen una mejor amiga tan especial. Sin la deuda de la casa, la jubilación de mi madre cubre nuestras

necesidades básicas, pero claro que planeo trabajar después de que los niños nazcan.

Por cierto, a los seis meses de embarazo, me siento muy cansada. Ayer mismo, pasé todo el día acostada. No es bueno para nosotras las tres que esté tan cansada y perezosa. Intenté caminar dos días esta semana, entre las 5 y las 5:30, pero me cansé en el segundo regreso que hice a la calle. Mis vitaminas están en orden, fortaleciendo mi inmunidad y la de mis bebés.

Este domingo, Audrey me convenció de hacer una sesión de fotos a las seis de la mañana. Estaba emocionada por documentar estos seis meses de embarazo. Usé un vestido color azul piscina, un tono suave, para indicar que sería madre de niños.

En una de las fotos, la tía más enamorada del mundo escribió "mama de gemelos" (mamá de gemelos). En inglés, escribió "boys" (niños).

Las poses variaron entre yo sosteniendo pequeños zapatos cerca del abdomen o sosteniendo dos globos azules, en los cuales estaban escritos "boy", en cada uno.

Confieso que, al principio, no quería hacer las fotos, pero después recapacité. Llevo en mi vientre a los dos mayores amores de mi vida, mis hijos, mis pequeños bebés, que necesitan todo mi amor y cariño.

— Tenemos que pensar en los nombres, Ella. En poco, estos niños nacerán y no sabemos cómo llamarlos — comenta Audrey.

— Estoy pensando en los nombres. En unos días más, prometo que sabrán cuáles son.

La verdad es que tengo muchas dudas sobre qué nombres ponerles a mis hijos. Me gustan tantas opciones, que no sé cuáles escoger y cuáles quedarían mejor con ellos. Esa elección debe pensarse bien y tomarse en serio, aunque hoy en día, si alguien quiere pagar para cambiar de nombre, se puede. Pero quiero elegir nombres que nunca hagan que mis hijos, algún día, quieran cambiarlos.

— Mira esta foto, qué linda. Brillas tanto como la luz del sol — dice Audrey con brillo en los ojos. Ella está tan fascinada con mis hijos.

— No exageres. Pero debo reconocer que la foto quedó hermosa.

— No estoy exagerando. No veo la hora de que estos niños nazcan.

— Yo también.

Yo tampoco puedo esperar a que esa barriga pesada disminuya drásticamente. Estos niños, con certeza, son fuertes como su padre. Lo que me deja muy curiosa por saber si serán parecidos a mamá o a papá.

Skylar le encantaría jugar con sus hermanitos, igual que sus hermanas. Realmente, será una lástima que nunca se conozcan ni sepan que son hermanos.

Me veo mirando las fotos, todas editadas por la mejor fotógrafa que conozco. Mis bebés tienen suerte de tener una tía tan increíble como Audrey. Lola tampoco se queda atrás. Es mi alma gemela divertida.



— Hoy no hay billetes. El vecino no pudo entregarlos por la vigilancia constante de mamá, que pasó toda la mañana en la ventana, observando el movimiento en la calle — comento.

Todas reímos, encontrando gracioso el esfuerzo de mamá por descubrir quién es el remitente de los billetes.

— Hoy no hay billetes. El pobre vecino tiene miedo de la señora Madero — bromea Audrey. — ¿También se quedará despierta

toda la noche?

Reímos otra vez. Mamá todavía está vigilando en la ventana.

Cambio mi semblante de risa por una mirada tensa y más dura. Llevo las manos a mi vientre tenso. Así se pone cada vez que estos traviesos chicos me dan ese susto.

Este sexto mes de embarazo me está dejando asustada, porque no es hora de que nazcan los bebés, pero, aún así, les gusta hacerme travesuras.

¿Por qué nadie habla nunca de lo doloroso que es gestar gemelos? ¿Esto pasa en todos los embarazos o solo conmigo? La etapa de las náuseas pasó, pero luego vino la etapa del cansancio, de la debilidad, y enseguida la fase de dolores en la espalda y en el cuello. Ellos son pesados. Dicen que una mujer con caderas anchas es una buena parturienta. Mentira de quién dijo eso.

— Hija, estás pálida. ¿Te sientes bien? — Mamá toca mi frente, nerviosa. — Está fría.

— Solo fue un susto. Sentí un dolor en el vientre, que bajó por la pelvis. Parecía que estos dos querían salir de una vez — respiro aliviada después de que el dolor pasó.

— ¿Fueron contracciones? — Audrey, igual que yo, no entiende mucho de embarazo. Siempre le preguntamos a mi madre si algo es normal.

— Es mejor que le comuniquemos al doctor sobre estos malestares. En muchos casos, los bebés nacen prematuros a los siete meses. Esperemos que no sea ese el caso de ellos. — Mamá acaricia mi barriga. Ella tiene tanto amor en sus ojos por mis hijos. — Tranquilos, chicos de la abuela. Esperen un poquito más. Todos aquí estamos ansiosos por su llegada.

— Los cunas serán regalo mío. ¿Podemos ir a comprarlos mañana? — Audrey está emocionada por gastar todo su dinero en mis hijos.

— Yo también voy a ayudar, comprando la ropita y algunos vestiditos.

El amor de ellas por estos niños es conmovedor.

— También tengo algo de ahorro. Puedo comprar pañales. No será mucho, pero quiero ayudar también — La pequeña Lola es mi persona favorita en el mundo.

— No tengo palabras para agradecerles. — Cuando me doy cuenta, estoy llorando.

Inclino la cabeza, permitiéndome llorar. El médico dijo que no es bueno contener las lágrimas y las emociones; que debo sacarlas todas. En este momento, la emoción que me domina es la alegría.

Sin esas tres personas maravillosas en mi vida, ¿qué sería de mí?

Cuando las miro, todas vienen en mi dirección para abrazarme. Un abrazo familiar cuádruple. En realidad, es un sextuple, por los dos príncipes de mamá, que pueden sentir cuánto los quieren y cuánto los amamos.

— Siempre estaremos aquí para ti, querida. — Mi madre es la mejor madre del mundo.

— Una por todas, y todas por una. Ese es nuestro lema. — La americana más encantadora del mundo vive en México por amor a mí.

— Sé que soy una niña para ustedes, y muchas veces no se me toma en serio, pero puedo entender que no estamos solas en la vida, porque nos tenemos la una a la otra en todos los momentos. Audrey también es mi hermana, es de la familia, y la amamos, así como a Ella. — Lola es una buena niña. Es muy especial.

— Y nosotros te amamos, pequeña Lolita — a Audrey le encanta llamarla así, Lolita.

Para alguien que acaba de llegar, ella ha aprendido muchas cosas de nuestro idioma. También hablar inglés ayuda mucho a la hora de socializar con turistas. Audrey hace fotos en lugares

turísticos los fines de semana para ganar un extra. Y, gracias a ese extra, le va muy bien.

Cuando tenga a los bebés, también quiero trabajar así, como ella. Seremos socias y, algún día, abriríamos nuestro propio estudio, que será un éxito, un gran negocio.

Comenzó el capítulo de la telenovela. Comemos palomitas mientras Luiz Barrera suplica perdón a María Fernanda tras la situación que armó su hermano, en la que ella creyó que la habían traicionado. Su hermano está enamorado de ella. Estamos enojadas porque ella no acepta la disculpa de su amado. A pesar de amarlo, ella no quiso ceder.

¿Esto solo pasa en las novelas? ¿O también en la vida real?

A veces, incluso amando, somos capaces de rechazar la felicidad, en nombre del orgullo. ¿Por miedo? Amar así no es nada bueno y no hace feliz a nadie. Con tantas tramas y truquitos... ¿Es así como vende una novela? ¿Existe alguna historia romántica en la que la pareja se conoce y vive feliz para siempre, sin intrigas, solo con paz y amor?

El embarazo también cambió mi humor. Estoy empezando a estresarme con una novela y también con películas. Resoplo, diciendo que ya no quiero verla más.

— Me voy a mi cuarto.

Todas se sorprendieron por mi comportamiento.

— Amor, espera. ¿Qué vas a hacer en tu cuarto? Tú amas esa novela.

— La vida real no es así, mamá. ¿Cómo puede un chico pedir perdón y la chica no aceptarlo? — resoplo, inconforme.

— Está bien, ve a tu cuarto. Después te cuento cómo fue la novela — Audrey es paciente.

— No quiero saber después.

Alguien llama a la puerta. ¿Ahora? No tenemos timbre, y aquí tampoco hay portón cerrado. La puerta de nuestra casa da acceso a

un pequeño muro con un portón bajito.

— ¿Quién se atrevió a venir en hora de la novela? — Hasta Audrey sabe que no es correcto recibir visitas en horario estelar.

— Puede ser el vecino queriendo declararse — Lola se anima.

— Yo abro la puerta, ya que él vino a declararse a mí.

Ellas están tan ilusionadas con ese vecino, que incluso me dan rabia. Federico no está enamorado de mí. Ni siquiera me ha dicho una frase en los últimos días. Todas están engañadas.

Un poco impaciente y molesta, voy a abrir la puerta sin esconder mi descontento por recibir visita a esa hora. Nadie suele venir a nuestra casa, salvo las vecinas a contar chismes. Si ese es el caso, seré dura con ellas. Son mujeres falsas que quieren tener la verdad sobre los demás.

Siento náuseas.

No fue nada de lo que esperaba.

Cuando abrí la puerta, me encontré con ese aroma amaderado que jamás olvidaré. Casi me desmayo al ver quién era.

Mi corazón late tan rápido que casi me ahoga.

¿Es una ilusión? No puede ser.

Aaron Maxwell.

Capítulo 24

AARON

— ¿Realmente la dejaste irse? — resuena la voz de mi madre. Ella está cansada, exhausta e insatisfecha.

Probablemente, vio cuando Maria Antonella se fue. De alguna manera, mi madre, casamentera, decidió que la mujer adecuada

para mí es mi Ella.

No pude verla irse. Preferiría vivir mil vidas solo que perder el amor por la muerte una vez más. Ella no tiene idea de cuánto se ha introducido en mi corazón y en mi alma. Ambos le pertenecen. Quizá por su olor, por el sabor de su beso apasionado, por su dulce entrega cuando ella estaba en mis brazos... Ella es todo lo que he tenido de más hermoso en esta vida.

Empezó de una manera muy intrigante. Es un huracán de 1,57 metros de altura, caderas anchas, cabello castaño con mechas rosas, que me hace sentir tantas cosas al mismo tiempo. Su juventud es hermosa, llena de vigor, y el brillo en sus ojos es de alguien que está descubriéndose, dando los primeros pasos hacia un camino brillante.

El modo en que maneja la cámara siempre ha sido fascinante.

Quise enviarla al infierno por haber fotografiado a mis hijas. La audacia que tuvo al fotografiar a mis chicas la habría llevado a la cárcel si no hubiese sido benevolente.

Lo que más me encantó de ella fue su valentía.

La valentía de mirarme a los ojos y decir algunas verdades que, desde hace mucho tiempo, nadie decía, sabiendo quién soy. Y ella no se intimidó en ningún momento. No necesitaba quitarle el piso a nadie ni reforzar el ego de nadie para salir adelante, como la mayoría de las personas hace conmigo. Ellos siempre vienen con intereses propios y elogios, desde el color de mi cabello hasta el brillo de mis zapatos.

Vengo de una familia de políticos. Con el padre que tuve y también con mi hermano siguiendo sus pasos, esperan muchas cosas de nosotros.

El peso en mi pecho me asfixia hasta el alma, dejándome sin aliento.

Ella se fue porque fui yo quien le pidió que se fuera. Incluso después de que ella confesó estar enamorada de mí, rechacé su amor por miedo.

El miedo que me aprisiona.

El miedo que me mantiene encarcelado.

El miedo que me detiene en el mismo lugar.

Cuando lo que más deseo es estar junto a mi Ella, el miedo me hace alejarme cada vez más de ella.

No soportaría amar de nuevo y perder ese amor.

Cuando Margot murió, yo también morí con ella y juré no volver a amar. Ni siquiera podía pensar en volver a amar. Era inimaginable que el amor pudiera renacer después de haber perdido a mi esposa de una manera terrible y abrumadora.

Sin embargo, cuando Ella entró en mi vida, supe que ella no sería solo una más en mi cama. Un hombre que vivió un celibato de tres años, por no aceptar la pérdida de su gran amor, no podría luchar contra una linda, dulce y cariñosa mujer bajita. Ella logró ver mis virtudes, incluso cuando yo las escondía a todos.

Una linda chica, con una sonrisa encantadora. Mi niña. Mi Ella.

Y ahora, ella se fue.

Giro la silla hacia mi madre. Su rostro refleja preocupación.

— Ella necesita volver a su rutina, mamá — aclaro.

— ¿Rutina? Entonces, ¿por qué la chica se fue llorando?

¿Lloró otra vez? Me siento el peor de los hombres por haber sido responsable de las lágrimas de la mujer que amo.

Sí, la amo.

Pensé que no sería capaz de amar, nunca más, debido al trauma de haber perdido a un gran amor.

Me cerré al amor, por no ser capaz de enfrentar ese sentimiento arrebatador. Sin embargo, otra vez, tomó control de mi corazón y de mi respiración.

Hay algo en mi Ella que es solo de ella, y no soy capaz de explicar qué es. El hecho de que ella fuera virgen era intrigante. Solo

fue mía, y eso intensifica mi sentido de posesión. No sería capaz de permitir que otro hombre tome lo que fue solo mío.

Confieso que no estoy acostumbrado a que las personas me desafíen, y ella siempre me provocaba en ese sentido, de forma cansina e irritante. Sin embargo, era incapaz de mostrar cualquier sentimiento de irritación con mi Ella.

La única razón por la que permití que se fuera fue el miedo.

El miedo a perderla.

Prefiero vivir mil vidas solo que perder a la mujer que amo, otra vez, por la muerte.

Aunque no nos corresponde controlar el destino. Lo que tenga que pasar, pasará, independientemente de nuestras decisiones y esfuerzos por evitarlo. No estaba en mis manos controlar lo que le ocurrió a mi esposa. La amaba. La amé mucho. Pero no pude evitar que esos malditos paparazzi la persiguieran, llevándola a la muerte. Intentando escapar de ellos, ella y el conductor, en ese momento, perdieron sus vidas. Todo por culpa de personas irresponsables.

Todos esos profesionales están pagando por lo ocurrido, tras las rejas, y en lo que dependa de mí, pudrirán allí.

— Si vienes solo a decir eso, mamá, puedes retirarte. Necesito revisar algunos papeles. Mañana volveremos a la ciudad. Te pido que no lleves a las niñas a viajar sin consultarme antes.

Tengo una razón fuerte para no permitir que mis hijas viajen sin mí, aunque estén con la abuela. El miedo a perderlas me hace atraparlas en nuestra propia casa, aunque Ella me ha mostrado que no siempre puedo controlar las situaciones.

— Aaron, las niñas tenían ganas de verte. Y alguien les dijo que había una mujer aquí contigo. Sabes cómo se emocionan con la idea de que puedas encontrar una novia perfecta, como la muñeca de ellas.

— Lo sé.

Mi Ella es la mujer más perfecta que he conocido. La conexión que tiene con mis hijas me impresionó mucho. Quedó claro que a mi mujer le encanta estar en contacto con niños.

— ¿Qué sabes? ¿Que Antonella es una mujer increíble para ti? ¿O que tus hijas tienen razón cuando dicen que debes encontrar una mujer hermosa para ti?

— ¡Mamá! — retruco. — Las niñas son solo niñas.

— Basta de vivir en duelo, Aaron. No dejes que Antonella se vaya. Todavía hay tiempo de alcanzarla. Si no es ahora, puede ser mañana, cuando volvamos a casa. Ve tras ella y pídele perdón. La forma en que Margot se fue no estuvo en tu control. Nada de lo que hiciste habría evitado eso. Pero con Ella es diferente: está a tu alcance. La responsabilidad de perderla sería toda tuya, hijo.

Las palabras de mi madre llegaron para sacudirme. Las madres suelen tener ese dominio sobre las emociones de sus hijos cuando quieren ser perspicaces. Y ella tiene toda la razón en lo que dice.

Vivo atormentado por mis pensamientos. La escena de Margot en el hospital, herida y completamente sin vida... Las cosas que ella llevaba consigo... En ese maldito día, ella me entregaría broches con mis iniciales grabadas, y en su bolso había una foto familiar. De nuestra familia. Ella volvía para mí. Y no pude perdonarme por eso. Debería haber ido a buscarla.

— Debería haber ido a buscarla yo — mi voz lleva todo el peso de mi dolor y la culpa que tanto me atormenta.

Cómo quisiera que las cosas fueran diferentes.

— Si hubieras ido a buscarla, quizás no habría cambiado nada, querido — sus ojos están justo en los míos. Aquí está ella, como siempre, en todo este tiempo. — Pero tienes la posibilidad de construir tu futuro. Sabemos de quién hablo, pero incluso sabiendo los dos, quiero enfatizar que la culpa no fue tuya y que mereces ser feliz. Estoy segura de que a Margot no le gustaría verte así, querido. — Ella toca mi hombro. Es un consuelo tan necesario después de todos estos años.

— Y si...

— No vivas con el "y si...". Haz que el "y si..." se convierta en "MI MAYOR FELICIDAD". Cuando mires hacia atrás, dirás: "Qué bueno que lo hice y no me quedé atrapado en el miedo". — El abrazo de una madre es un consuelo en momentos como este.

— Gracias, mamá.

— Lucha por tu Ella, Aaron. Lucha por tu felicidad. Es todo lo que deseo. Nunca vi tanta vida y ligereza en ti antes, y ese milagro es obra de tu Antonella. Con tu llanto ahora y el de ella antes, sé que se aman. No se separen por miedos que nunca ocurrirán, hijo. Vive todos los momentos felices que la vida te dé. Y si, por casualidad, te quitan esos momentos, siempre tendrás estos momentos únicos y felices para recordar.

El llanto llena mi alma. No es un llanto de dolor, sino de alivio.

— Lo que más miedo me da es que puedan hacer lo mismo con Ella: atormentar su vida y perseguirla; y que, así, pase lo mismo.

— Eres una persona pública, hijo, no podemos evitar a los fotógrafos ude los medios. Pero te aseguro que nada le pasará a Ella. No vivas con ese miedo.

Este es mi mayor miedo. No soportaría que le sucediera lo mismo a Ella. No me lo perdonaría.

Las palabras de mi madre me dieron un alivio total. Ella tiene razón: no puedo permitir que Antonella se vaya.

Los golpes en la puerta llaman nuestra atención. Mi madre sabe que hizo bien al hablar conmigo. Ella abre la puerta y Ivy sonríe al entrar.

—¿Podemos hablar?

Seco las lágrimas antes de que ella entre. No quiero hablar con nadie más hoy. Mi cabeza está llena.

—Si es sobre el trabajo, mañana volveremos.

Ella me mira con cierta desconfianza. Ivy, sin duda, como todos, ya sabe que Ella se fue. Sé que mi excuñada no estaba contenta con la presencia de Ella aquí en la casa de campo, por no aceptar la idea de que pueda tener otra mujer. Ivy siempre dice: "Eres político, no puedes estar con cualquiera". Ella cuida de mi imagen, pero ambos sabemos que el motivo principal de esa postura no es ese.

Hace años finjo que no sé que Ivy está enamorada de mí. Nunca sentí nada por ella. Siempre la vi más como una colega de trabajo, y luego la comencé a ver como una cuñada, una hermana que nunca tuve y de la que necesitaba cuidar. Hoy sólo la veo como la tía de mis hijas, y nada más.

—No es sobre trabajo, es sobre la mujer que estuvo aquí. La enviaste lejos, ¿verdad? Lo sé porque ella me lo contó. Está muy molesta, así que temo que pueda hacer algo contra tu imagen. — Tu preocupación no me preocupa. Ella jamás haría algo así.

— Ivy, este asunto es personal, no quiero discutirlo contigo. Pero tranquila, Ella jamás haría algo así. Es una mujer íntegra y honesta.

— ¿Honesta? ¿Sabes lo que descubrí acerca de ella? Tu querida Ella es una inmigrante ilegal. No tiene visa de permanencia y vive ilegalmente en Estados Unidos desde hace cinco años.

Ivy sabe la verdad.

Respiro profundo, sin demostrar ninguna sorpresa. Ya sabía que Ella era una inmigrante ilegal desde hace un tiempo. Traté ese asunto con un abogado de confianza, que resolvería esa cuestión para nosotros. Me aconsejó casarme con Antonella, en caso de que fuera algo urgente. Eso rondó tanto mis pensamientos, que llegué a tomar el anillo de mi madre del cofre para pedírsela en matrimonio. Pero terminé arruinándolo todo por mi miedo a perderla por la muerte.

Los traumas que llevo me cegaron. Me olvidé de comunicar mi decisión a Clark, quien resolvería el asunto de Ella para que ya no

viviera más ilegal aquí.

—¿Ya lo sabías? ¿Ella te lo contó? — Ivy parece tensa, como si escondiera algo.

— Ivy, no quiero debatir sobre esto contigo.

— Aarón, ¿no ves que esa mujer es una interesada? ¿Una oportunista que sólo quiere tu dinero? Deberías ser más inteligente y darte cuenta. Ella no vale nada, no es más que una puta...

— ¡Basta! Exijo que respetes a Antonella — me exalto, poniéndome de pie. — Este tema de que Ella sea inmigrante ilegal termina aquí. No quiero que digas más ninguna palabra al respecto. Lo que hago con mi vida personal o no, no te incumbe. Ahora, con tu permiso...

— Aarón, ¿la amas? — Ivy tiene tanto miedo de la respuesta que no dice más palabras.

Ya me estaba yendo, cuando no pude contener esas palabras que consumen mi alma desde el momento en que encontré a Ella en esa fiesta infantil.

— La amo. La amo. Sí, la amo.

Capítulo 25

AARON

Una vez más, me veo parado ante mi miedo. Al día siguiente, cuando llego a Saint Paul, voy al apartamento de Ella, pero no la encuentro. No hay nadie aquí. En el edificio, solo veo a una señora que está de mudanza. Ella me dice las siguientes palabras:

— ¿Hijo? ¿Quién eres tú? ¿Algún oficial de policía? ¿Por qué la llevaron ayer de esa manera, como si la chica fuera una criminal? Ella no hizo nada malo. Ser inmigrante no debería considerarse un delito.

— Señora, ¿de qué está hablando?

— ¿No lo sabe? Ella fue deportada. La policía migratoria estuvo aquí ayer y la llevó. La chica ya no está más aquí.

Perdí a Ella una vez más. La deportaron, y ahora su situación es aún más difícil. La descubrieron y la llevaron a su país. Fue arrestada como una criminal.

¡Infierno!

Llamo a mi contacto en la Policía Federal, Denova. Él me atiende de inmediato.

— Señor gobernador, no se preocupe, su caso ha sido atendido con urgencia. La mujer en cuestión ya fue deportada y enviada a México lo antes posible, como usted pidió, en una orden explícita.

— ¿De qué orden habla?

— Su secretaria dejó muy claro cuál era su orden. La policía fue a la casa de María Antonella Madero para realizar la deportación inmediata, como usted quería. Esos vermes inmigrantes piensan que pueden venir a nuestras tierras y echar raíces. Entiendo perfectamente. Todo está resuelto.

Ahora Ella cree que fui yo el responsable de su deportación. Todo esto fue culpa de Ivy. Fingí, durante todos estos años, no ver cuánto esa mujer estaba enamorada de mí. En la primera oportunidad real que tuve de ser feliz, ella decidió decidir por mí y acabar con todas mis chances.

Esto no va a quedar así.

— De ahora en adelante, solo acataré órdenes hechas por mí, en una conversación donde ambos estemos presencialmente en ella. ¿De acuerdo?

— Perdón, señor Maxwell. ¿Hice algo mal?

No puedo ser injusto con el pobre hombre, que tiene miedo de perder su empleo. La culpa de todo lo que está sucediendo, primero, es mía por dejar que mis miedos me dominaran. En segundo lugar, es de la persona que despediré en cuanto llegue a la oficina.

Al pasar por las puertas de entrada de la oficina, camino con pasos apresurados, sin prestar atención a nada ni a nadie. Las secretarias tenían algo que decirme, pero no las escuché.

Paso junto a Ivy sin mirarla a los ojos, dándole una orden explícita:

— En mi oficina, señorita Jones, ahora.

Tenso el nudo de la corbata, nervioso, con miedo de los pensamientos que pueden estar rondando la cabecita de mi Ella. En su lugar, estaría furioso, deseando nunca volver a verme. Podría llamarla, pero creo que estas cosas deben discutirse en persona, sobre todo porque he rechazado sus sentimientos, después de haberle permitido creer que todavía amo a Margot.

Yo amaba, hasta que Ella despertó el amor en mi corazón, con su dulzura y su encanto angelical. La amo y quiero estar con ella.

Esa frase dicha por ella me atormenta:

— Porque usas un anillo, que es el símbolo del amor de ustedes dos. Y aun abriéndome a ti, sé que no soy más que una puta. Soy tonta por haberme enamorado, por amarte.

Las lágrimas en mis ojos expresan todo el dolor de mi corazón, porque también me duele no haber podido decirle que la amaba. Por miedo, la rechacé. Miedo a que hicieran el mismo infierno en su vida: persecución por paparazzi. Algo que llevó a Margot a la muerte. No deseaba que la misma pesadilla le pasara a Antonella.

Ivy trae un archivo en las manos para que analice un proyecto de ley en el que votaremos la próxima semana. En cuanto al trabajo, ella es bastante competente. Es casi injusto despedir a alguien tan competente en lo que hace, pero no puedo tener a mi lado a alguien que interferencia en mis decisiones.

— Aaron, aquí tienes el archivo para que lo analices... — La sonrisa en su mirada muere cuando la interrumpo, poniéndome de pie.

Ella sabe que estoy molesto. Me conoce muy bien para eso.

— ¿Todo bien?

— No está nada bien, Ivy. Acabo de enterar, por medio de Denova, que hiciste una petición especial en mi nombre.

Ella se pone más pálida que el archivo que tiene en las manos. No tiene qué argumentar, por eso permanece en silencio y desconfiada, pensando en alguna forma de engañarme. ¿Cómo es que solo ahora me doy cuenta de que ella es traicionera y mentirosa? En todos estos años, fingía ser una excuñada leal, que se preocupaba por mí y por mis hijas. Todo un papel para conquistar mi corazón.

— Puedo explicarlo...

— ¿Explicarlo? ¿Con qué derecho, interferiste así en mi vida personal? ¿Quién eres tú, mujer, para actuar así?

— Todo lo que hice fue por ti, pensando en tu imagen y en tu seguridad — se justifica, nerviosa.

— Puedes preocuparte por mi imagen, porque te pagan para eso, pero ambos sabemos que no fue por ese motivo... — Ser firme se volvió necesario en una situación como esta. Ella cruzó todos los límites.

— Perdón, Aaron, pero estás ciego. No ves que ella no es la mujer adecuada para ti. No es la mujer ideal para reemplazar a mi hermana. Margot no quisiera ver a alguien tan sin clase como tu esposa...

— ¡Basta! — Ivy me hizo perder el control más rápido que un atasco en el tránsito en un día caótico. — No eres nadie para decir con quién debo relacionarme o no. Me relaciono con la mujer que quiero. Y, por favor, no pongas a tu hermana en este juego. Ambos

sabemos que, en tu visión, no hay ninguna mujer ideal para mí, porque tú te consideras esa mujer.

— No es ninguna sorpresa para nadie que siempre estuve enamorada de ti, Aaron, desde hace mucho tiempo, desde que tú y Margot ni siquiera eran cercanos. — No tenía idea de esos sentimientos en el pasado.

— Ivy, no quiero herir tus sentimientos, son válidos, pero nunca sentí lo mismo. Siempre te vi como la hermana de la mujer que amé.

— ¿Amó? ¿Amas a esa mujer que te mintió? Si ella pudo esconder que vivía ilegalmente en Estados Unidos, también puede mentir sobre tantas cosas. Ahora solo falta que ella te pega con una barriga, y tú, tonto, caerás.

— Toma tus cosas y sal de esta oficina. Tienes cinco minutos para irte, o haré que los guardias te saquen.

Por una fracción de segundos, ella no asimila lo que le digo. Está despedida, y no la quiero frente a mí.

— ¿Es por ella?

— Es por ti. Tus acciones la llevaron a ser despedida. No te preocupes, pagaré todos tus derechos. Y recuerda que firmaste un contrato de confidencialidad. Si algo se filtra acerca de mí, sabré que tú fuiste la responsable, y esta vez seré más riguroso: la afastaré de mis hijas.

— Ellas son mis sobrinas, hijas de mi hermana.

— Es un aviso.

— Te arrepentirás, Aaron. Después no digas que no te avisé.

— En respeto a tu hermana, no tomaré ninguna medida legal. Agradece también a mis hijas.

Ivy me conoce lo suficiente para saber que no vuelvo atrás en mis decisiones. Después de despedirla, llamo a su padre para explicarle lo que sucedió, en consideración a nuestra vieja amistad de muchos años. Sin embargo, Ivy no merece ningún trato especial.

Para su suerte, amé mucho a su hermana y ellas tienen el cariño de mis hijas. No quiero marcar la vida de las niñas con un alejamiento drástico de tía y procesos legales.

Ahora, necesito resolver mi vida con mi futura esposa.



No esperaba que mi agenda profesional retrasara tanto mi viaje a México. Algunas semanas se convirtieron en seis meses.

Seis largos meses sin escuchar la voz de mi Ella y sin tener ningún contacto. Seis largos meses en los que me dediqué a escribir cartas de perdón y poemas míos. Escribí uno por cada día que estuvimos separados, en un intento fallido de calmar mi corazón y no olvidar ninguna palabra cuando la viera.

Primero, lo que complicó mi viaje a México fueron los Juegos de Invierno, que duraron un mes. El gobernador no puede ausentarse de su estado cuando hay campeonatos mundiales. Mi presencia fue requerida en algunos partidos, especialmente en aquellos en los que asistió el presidente. Después de los juegos, me vi abrumado con más trabajo. Pensé muchas veces en dejar todo y correr tras mi amor, pero soy el gobernador. Es inadmisible que no cumpla con mi agenda.

Seis largos meses sin mi hermosa y dulce Ella.

La bebida fue mi consuelo en algunas ocasiones. Conseguí su dirección con Denova, y ahora no falta nada más para ir a verla. Ninguna agenda me impedirá luchar por la mujer que amo.

— ¿La verás esta semana? — La voz de mi madre me despierta de mi sueño.

Estaba soñando despierto con nuestro reencuentro.

— A veces me pregunto si ella no ha encontrado un nuevo amor.

— Querido, estoy seguro de que no. Sé que ambos se aman. Soy una mujer sabia, nunca lo olvides. — Ella me hace reír. — Tu hermano pasará las vacaciones con nosotros.

— Más temprano, me llamó para contarme sobre su llegada.

— Su esposa no vendrá — comenta, desilusionada.

Sabemos que mi hermano y su esposa viven en constante conflicto. Solo están casados por política.

Ella por estatus de ser la esposa del senador.

Él para mantener una buena y respetable imagen.

Ambos se benefician. Sin embargo, sabemos que es un infierno vivir así.

— Papá, encontramos las redes sociales de Ella. — Hailee es la primera en llegar para la cena.

Sus hermanas vienen justo detrás, emocionadas por contarme algo. Skylar sostiene el iPad en las manos, con una sonrisa de oreja a oreja.

— Tranquilas, chicas — intenta calmarme mi madre.

— Abuela, pronto tendremos dos hermanos — dice Skylar emocionada. — Mira, Ella está embarazada. — Ella le entrega el iPad a mi madre, quien sonríe al ver la imagen.

¿Embarazada? ¿Ella está esperando un hijo mío? ¿Skylar dijo "hermanos", en plural? ¿Dos niños?

Necesito tomar un sorbo de agua antes de que mi madre me entregue el iPad. La imagen es de una red social de Ella, donde compartió una foto publicada por alguien llamada Audrey Cooper. La leyenda dice: "La tía está ansiosa por la llegada de estos lindos niños. Seré madrina de uno de ellos. Seis meses de embarazo de Ella".

Seis meses.

Trago saliva y me quedo paralizado ante esa foto. Ella tiene una sonrisa hermosa, aunque una expresión que no parece muy feliz. Parecía preocupada por algo. Diría que triste, pero no por estar embarazada, sino por el miedo e inseguridad de estarlo y sola en un momento así. Debería estar a su lado, dándole todo mi apoyo.

— Papá, tenemos que buscar a Ella lo antes posible. No veo la hora de que nacieran mis hermanitos — dice Skylar, muy feliz.

— ¿Cómo se llamarán? — pregunta Hailee curiosa.

— Espero que no destruyan nuestras muñecas — también está feliz Kaylee. — ¿Por qué no nos contaste nada, papá, sobre el embarazo de Ella? ¿Querías sorprendernos?

¿Cómo explicarle a las niñas que no sabía del embarazo de mi esposa? No sé qué decir. Es mi madre quien responde:

— El papá de ustedes quería hacerles una sorpresa.

Las chicas aplauden y saltan, emocionadas con la idea de tener dos hermanos pronto.

— Ya somos tres niñas. Dos niños están bien, eso equilibra un poco — me sorprende tanta madurez Hailee.

— Vamos a buscarla, papá — dice Skylar tocando mi hombro. Necesité sentarme para asimilar todo lo que está pasando.

Ella está embarazada de seis meses. Gemelos. Mis hijos.

— Aaron, no tienes dudas, ¿verdad? Haz las cuentas, querido.

— No es eso, mamá, no tengo ninguna duda. Vamos a buscar a Ella. Chicas, prepárense, esta casa pronto se llenará más.

— ¡Papá va a casarse! — gritan, celebrando.

Ella me dará dos hijos hermosos.

No puedo dejar de pensar que ella escondió, todo este tiempo, que esperaba mis hijos por miedo a que la rechazara. Hago una promesa, bajo los cielos, de que ella nunca más se sentirá sola, abandonada, porque la amo y quiero tener mis hijos y ella conmigo para siempre.

— Papá, tenemos una idea — dice Skylar con mirada traviesa. Puedo esperar una gran sorpresa de ellas.

Capítulo 26

ELLA

Necesité ser amparada por tus brazos masculinos después de sentirme mareada al verte justo frente a mí. Justo detrás de él, tres lindas niñas rubias sostienen un cartel hecho por ellas a mano. Lo imagino por el caos y la originalidad infantil.

"Ella queremos que estés con nosotros, y nuestros hermanos también."

Fue lo que leí antes de necesitar ser apoyada por Aaron.

— ¿Todo bien, princesa? ¿Necesitas un médico? — me pregunta, preocupado, tenso y asustado, por haber tenido una pequeña vértigo.

Aaron está tan lindo. El corte de cabello es diferente y no está usando un traje formal, al contrario, lleva unos jeans casuales y una camisa blanca sin estampados. La barba escasa muestra que fue rasurada hace pocos días. Sus ojos azules penetrantes, fijos en los míos, me marean y hacen que mi corazón lata más rápido.

¿Qué vino a hacer aquí después de seis meses lejos?

— Estoy bien. Puedes soltarme — pido, nada dulce.

No puedo ignorar a las tres lindas niñas, con ojos azules hermosos, mirándome con emoción.

Solo ahora me doy cuenta de lo que está escrito en el cartel. ¿Saben ellas que estoy embarazada y que mis hijos son de su padre? Si tienen esa certeza, ¿también la tiene Aaron?

— ¿Cómo estás, Ella? — Hailee siempre es tan linda.

— ¿Y nuestros hermanos? — Kaylee está intrigada, como siempre.

— Hola, querida Ella. ¿Cómo estás? Te extrañé. — Skylar siempre es tan adorable.

Las miro a las tres con una sonrisa sencilla, feliz de verlas. Sin embargo, también estoy nerviosa por tener a las cuatro aquí en mi presencia.

— Hola, chicas. También las extrañé. Queridas Haillee, Kaylee y Skylar, espero que estén bien.

Ellas sonríen, animadas. Están deslumbrantes, felices de verme. Son verdaderas obras maestras que siempre deben ser

apreciadas. Tan puras de corazón y genuinamente amables. Dan ganas de guardarlas en un botecito.

— Estamos muy emocionadas de saber que estás embarazada de gemelos. ¿Podemos saber los nombres de nuestros hermanos? — Skylar es tan inocente.

— Aún no he elegido los nombres, chicas.

Aaron me mira como si fuera un tesoro embarazada.

— ¿Qué está pasando aquí? — Audrey entreabre los ojos al ver a Aaron y a las trillizas.

Mi madre está justo detrás de mi amiga. Ella me tomó de la mano, preocupada.

— ¿Qué quiere ese hombre en nuestra casa?

— Tranquila, mamá. Él vino solo a hablar conmigo — explico, tratando de calmarla.

— ¿Ya es demasiado tarde para hablar? — dice en español, aunque sé que nos entiende perfectamente.

— ¿Nos puedes dejar a solas por un momento, todas ustedes? — él pide pacientemente.

Quedar sola con él significa que nuestra conversación será larga. Esto me da mariposas en el estómago, como en nuestro primer encuentro.

— La novela va a empezar de nuevo. — Audrey asiente. — Pero podemos llevar a las niñas a tomar un helado aquí en la esquina.

— Mis guardaespaldas las acompañarán — comenta Aaron como si eso fuera normal.

— Está bien. Vamos, chicas. — Ella convence a las trillizas de irse. Ellas estaban inquietas, queriendo quedarse.

— Un helado rápido, y volvemos para ver a papá pidiéndole a Ella que se case con él. — Skylar hizo que mi corazón latiera más rápido con lo que dijo.

Aaron vino a pedirme en matrimonio. Se ríe de la inocencia de su hija, que no logró guardar el secreto.

— Silencio. Es un secreto — Haille reprende a su hermana.

— Perdón.

No quería reír, pero termino riendo por su inocente manera. Lola mira a Aaron, emocionada. Mi pequeña hermana ama los cuentos de hadas y cree que vivo uno.

— Hola. Soy Lola, la hermana de Ella. — Qué traidora. Ella sonríe, igual que Audrey, aceptando la voluntad de Aaron de que todas salgan.

— ¿Cómo estás, Lola?

— Bien. — Ella toma la mano de una de las niñas para salir. — Vamos, mamá.

Mi madre no quiere dejarme sola. Ella sabe que estoy muy emocional y cansada en esta recta final del embarazo.

— María Antonella, puedo quedarme, si quieres. Tú te quejaste de dolores antes. ¿Vas a estar bien con este hombre?

Ella siente desprecio por Aaron. Culpa mía por haber dicho todas esas cosas.

— Estoy bien, y los bebés también. Si necesito algo, llamo. Mi celular está conmigo. — No es que Aaron sea peligroso y pueda secuestrarme.

Todos saben que estaré bien, sin embargo, tengo miedo de quedarme a solas con él, porque cuando estamos juntos, me vuelvo incapaz de sentir rabia. En este momento, quiero lanzarme en sus brazos y gritar que todavía lo amo, pero no lo haré después de que él me rechazó.

Si vino hasta aquí, es porque quiere saber más de los hijos.

Cuando todos se van, dejándonos a solas, caminamos hasta el centro de la sala. Él observa todo con nitidez y respeto por donde vivo.

— Es muy diferente a lo que estás acostumbrada — rompo el silencio que flotaba entre nosotros.

— Es un hogar acogedor. Y pude notar que hay mucho amor aquí.

— Sí, no falta amor — refuerzo.

Cruzo los brazos. Mis ojos están a la altura de los suyos. No sé si estaré de pie todo el tiempo, porque mis piernas están cansadas. Mi enorme barriga, que no puedo ocultar, él no puede dejar de mirar. Sus ojos brillan.

— ¿Qué has venido a hacer aquí?

— ¿Aún lo preguntas? Ella, estás embarazada, y estos bebés son míos. ¿Cómo pudiste esconder tu embarazo tanto tiempo?

Me gustaría preguntar cómo afirma, con tanta certeza, que los bebés son suyos. Incluso me cuestiono si está siendo sincero; si no es un juego para que diga algo con lo que él esté en desacuerdo.

— ¿Juras que no lo sabes? Tú me echaste de tu casa y dijiste que no querías verme nunca más. Luego pediste un favor especial al jefe de inmigración. Estoy prohibida de entrar en Estados Unidos. ¿Qué querías? ¿Que te llamara y pidiera ayuda para comprar pañales y leche para nuestros hijos? Soy capaz de arreglármelas sola, sin tu ayuda.

— El hecho es que no estás sola, Ella. Estoy aquí contigo y me arrepiento de haber dicho todas esas cosas. Sí, quería que hubieras llamado y pedido ayuda.

Es demasiado humillante oír esto de tus labios. Él piensa que su dinero lo es todo.

— Ya es demasiado tarde para arrepentirse. Jamás te llamaría para pedir ayuda. No después de todo lo que hiciste. ¿Aún tienes la audacia de venir a mi casa y exigir algún derecho sobre estos bebés? Ni siquiera sabes si son tuyos — digo furiosa.

En ningún momento, su expresión confiada cambia. Él sabe que son hijos suyos. Lamento haber dicho algo así. Los niños no

tienen culpa de lo que pasa entre sus padres.

— Respira profundo, Ella. Sabemos que soy el padre de estos niños, porque fui el último hombre en besar esos labios seductores tuyos. Y, bueno, también sabemos cómo hicimos estos bebés. Algunas veces, me dejé llevar por el momento y no usamos condón. Ahora, estoy aquí para asumir mis responsabilidades.

— ¿Eso somos para ti? No necesitas preocuparte por tus responsabilidades, señor gobernador. Puedo cuidar sola de estos bebés. La prensa jamás sabrá que son tuyos.

Aaron no argumenta porque sabe que tengo razón en todo lo que digo. Odio que no domine esta pelea. Quiero discutir hasta que no quede más rabia en mi pecho.

— Primero, quiero decir que no pedí ningún favor especial a la policía de inmigración. Fue Ivy. Ella usó mi nombre para librarse de ti. Según ella, no eras ideal para mí.

La excuñada diabólica fue la responsable. Sin embargo, él no vino en todo ese tiempo tras de mí. Me dejó sola. Solo porque descubrió que estoy embarazada, vino a cumplir con sus responsabilidades.

— Y no soy — retruco.

— Entonces, explícalo a mi corazón, señora dueña de mi alma.

Este no es el Aaron de la casa de campo, que era grosero y frío en relación a mis sentimientos. Cuando me doy cuenta, ya está tan cerca de mí, que no puedo alejarme, atraída por su mirada majestuosa. Él toma mi mano con suavidad y la lleva a su pecho, para que pueda sentir los latidos de su corazón.

— Solo Dios sabe lo difícil que fue no haber venido antes. Todo parecía estar en mi camino, para que no viniera a declarar mis sentimientos. Cuando te envié lejos, no era eso lo que quería. Tenía miedo de perderte.

— Tú me perdiste, Aaron, al enviarme lejos. — Dije en voz baja, pero él lo oyó perfectamente.

— No quería que le pasara lo mismo que a Margot: toda esa exposición y las persecuciones que sufrió hasta el día del accidente que la mató. No soportaría perderte, Ella, porque te amé desde el primer momento en que te vi. La amé y todavía la amo.

Mi mirada baja hasta su anillo en el dedo anular de la mano izquierda. No tiene alianza.

— ¿Ya no usas la alianza?

— Aquella alianza fue, en su momento, el símbolo de mi amor por Margot, pero no la usaba por eso, sino para recordarme por qué fui responsable: la pérdida de su vida. — Él no fue el culpable. Me duele saber que piensa así. — Tú y algunas personas a mi alrededor me hicieron ver que todavía podía haber vida para mí, porque el amor siempre existirá. Y tú me hiciste encontrar el amor, Ella.

— ¿Estás diciendo que me amas? Si fue tu ex cuñada quien me deportó, esa culpa no es tuya. Pero han pasado seis largos meses, y no has venido a buscarme. ¿Desde cuándo sabías de mi embarazo?

— Lo descubrí ayer, cuando las chicas encontraron tus redes sociales.

¡Maldición! La historia que compartí.

— Solo vino a mí porque descubrió que estaba embarazada.

— Vine porque te amo, Ella. Porque soy incapaz de vivir sin ti. Comprende eso. Eres mi respiración.

— Si soy tu respiración, ¿por qué solo viniste a buscarme cuando descubriste que estaba embarazada?

Él no puede engañarme con falsas promesas. Lo hizo una vez y rompió mi corazón por no cumplirlas. No voy a volver a algo que nunca fue mío.

— Me hubiera gustado haber venido antes, pero aún soy el gobernador de Minnesota. Solo Dios sabe cuánto quise renunciar a todo y venir tras de ti, pero tenía responsabilidades con la gente, con mi trabajo.

— Responsabilidades es lo que tú ves hacia estos bebés.

— Veo amor, princesa. Solo amor. Confieso que me asusté cuando te vi embarazada y le rogué a Dios para que no hubiera nadie en tu vida. Cuando llamé a tu amiga Audrey, ella me dijo que no había nadie.

¿Me traicionó Audrey? No quiero creerlo.

— ¿Audrey? Entonces, por eso crees que los niños son tuyos.

— Ya lo sabía mucho antes de hablar con ella. Pregúntale a ella. Dije: "Quiero saber cómo está Ella y mis hijos. No cuelgues". Le imploré por al menos un minuto de llamada. Ella me dijo que te dejara en paz, que no te buscara, y colgó. Es bastante enojada. — No pareció cuando se puso toda tonta, animándonos a los dos antes de salir con los niños.

Aaron siempre sospechó de todo y de todos, sin embargo, confió en mí, llenando mi corazón de felicidad. No dudó de mí.

— Llamé rápidamente al piloto para que viniéramos a México. Las chicas, impacientes, querían verte y hacerte una sorpresa. Ellas me mostraron que estabas embarazada. Te aman mucho.

— Yo también las amo. — Ahora quiero llorar. — Siempre lloro por cualquier cosa — explico.

— Prometo que nunca más estarás sola, Ella. Créeme. Lo único que quiero es que puedas perdonarme y aceptar mi amor. — Aaron se arrodilla, sacando del bolsillo una caja de terciopelo rojo que contiene el collar más hermoso que he visto en mi vida.

Es de oro blanco con un diamante rosa, del color de las mechas de mi cabello. Esa piedra es muy rara y costosa.

— Ella, acepta ser mi esposa. Te lo suplico. Dime: ¿Te casarás conmigo, sí o no? — Su desesperación me hace reír de esta escena. Es romántica y hermosa.

— Primero, dime: ¿Esos poemas eran tuyos?

— Te amo, Ella. Todas las cartas que recibiste, eran mías. Mi madre, junto con mis chicas, las robó de mi oficina y las envió a ti. Me enteré de eso pocos minutos antes de venir a buscarte.

Todas escritas por él. "Palabras de un hombre enamorado que quería estar al lado de su amada". Así se presentaba como remitente.

— Ella, respóndeme. Soy un hombre de 40 años de rodillas, esperando tu respuesta, mi pimientos.

Es adorable, no puedo negarlo. De rodillas, muestra toda su sumisión por mí.

Él me ama. No tengo ninguna duda de eso. Yo también lo amo.

La vida es demasiado corta para no darle una oportunidad al amor.

— Aaron Maxwell, si te atreves a herir mi corazón, que es entero tuyo, una vez más, juro que nunca más me volverás a ver. ¿Está claro? Yo también pondré muchas condiciones. ¿Estás dispuesto?

— Haz todas las exigencias que quieras. Soy tu humilde servidor. Acepta ser mi esposa, por el amor de Dios. Te estoy suplicando que seas mía.

— Tengo una respuesta para ti.

Su corazón casi sale por la boca. Me encanta verlo así, suplicando por mi amor. Acaricio mi vientre, pensando en qué decir, con tono mimoso.

— Estoy escuchando lo que están diciendo nuestros hijos.

— ¿Y qué dicen?

— Que tal vez fallaste con su mamá, porque eres humano, pero que ante tu desesperación por casarte conmigo, mereces una segunda oportunidad. Lo cual no significa que la daré. Pero, según nuestros hijos, serás el mejor padre del mundo para ellos, porque desde que llegaste y oíste su voz, no dejan de patear. ¿Quieres sentir?

Aaron me mira con tanta fascinación cuando levanto mi blusa, mostrándole toda mi enorme barriga. Los niños patean tanto que se

pueden ver a simple vista las marcas que dejan.

— Calmados, mis amores. Papá no es técnico de fútbol, y ustedes no son jugadores. Papá es gobernador, eso es muy diferente. Tranquilos. — Aaron sonríe hermosamente.

— ¿Puedo? — me pide permiso. Es una linda señal de amor y respeto.

— Sé que estoy enorme. Culpa de sus hijos, que me dejan así. Tú fuiste a ponerme dos de una vez — lo culpo por mi exceso de peso.

Aaron acerca la cabeza a la altura de mi ombligo y siente a los niños patear como si jugaran fútbol en la barriga de su madre.

— Mis hijos. — Él acaricia mi barriga con los ojos llenos de lágrimas. Está emocionado por ser papá otra vez. — La madre de ustedes está enojada conmigo, y con razón, pero le suplico que acepten mi petición.

— Está bien. Después de que suplicaste, acepto. — Me mantengo dura, conteniendo la risa.

Aaron se levanta del suelo de un salto, apurado y torpe como nunca lo había visto, y hace que caiga el anillo de compromiso en el suelo. Me río. Ese es el hombre que quiero para mí: divertido, hermoso, sincero y que me ama por encima de todo.

— Entonces, ¿eso es un "sí"? — Él tiene el anillo en las manos, deslizándolo por mi dedo.

— Tú no te cansarás de pedir y suplicar, así que, vamos a ahorrar tiempo y humillaciones, señor gobernador. Yo acepto.

— Me haces el hombre más feliz del mundo, Ella. Te juro por nuestros hijos que siempre estaremos juntos, mi linda Ella.

La forma en que dijo "mi" casi me hace tener un orgasmo.

— Te amo, Ella. Te amo, amo, amo, amo. Eres el amor de mi vida.

No pude contener la emoción al oírlo decir que me ama. En ese momento, las trillizas, Audrey, Lola y mi madre entran en la sala, aplaudiendo y celebrando que estamos comprometidos. Mamá tiene sus temores, como toda madre en su lugar, pero sabe que estoy eligiendo mi felicidad y que nada me detendría. Ella siempre estará a mi lado.

— ¡Papá se va a casar! — Las niñas hacen una danza de victoria.

Reímos de la situación.

Audrey me explica que no le dijo nada a Aaron y confirma lo que él me dijo. Ella no creyó que él vendría a buscarme, por eso no me contó nada, para no preocuparme.

— Perdónamela — me pide.

— No tengo nada que perdonar, hermana.

Ella me abraza.

— Cuida bien de ella, cuñado, o juro que olvido que eres gobernador y lo arreglo con mi cámara.

Reímos.

— No tengo una cámara, pero mis puños son fuertes — bromea Lola. — Mi hermana merece ser feliz.

Me doy cuenta de que esta es la primera vez que elijo mi destino sin pensar en nadie más que en mí y en la familia que, ahora, construiré con Aaron.

— Señora, con el tiempo, espero que pueda aceptarme como su yerno. Amo mucho a su hija y no puedo vivir sin ella.

— Te acepto, chico. Acepto la elección de mi hija. Bienvenido a la familia. Sabes que llevarás mi presente más precioso.

— Mamá, ¿y yo? — Esa Lola... Este no es momento para que ella sienta celos.

— Cuando te cases, hermana, mamá también dirá eso — bromeo y ella me hace lengua, molesta.

De ahora en adelante, pensaré solo en nuestra felicidad.

— Quiero besarte mucho — susurra Aaron cerca de mi oído, abrazándome por detrás.

Él sabe que estoy completamente enamorada y entregada a sus caricias.

— Necesitamos escapar un poco. — Guiño un ojo, lo llevo a mi cuarto y paso por la puerta. — Ahora, puedes besarme, si quieres.

— Eres todo lo que quiero, Ella. Besar tus labios es lo que más deseo en el mundo, y sentir el sabor de tu entrega, princesa.

Sus labios sedientos se pegan a los míos en un beso que empieza lento y apasionado, pero se vuelve más tentador con cada segundo que pasa. Tenemos nuestras diferencias, pero el amor siempre prevalece al final. Él intentará ser un mejor hombre, y yo seré su esposa. No será fácil, porque tengo que responder a un proceso. Nuestros hijos, seguramente, nacerán en Estados Unidos, y habrá muchos cambios en nuestras vidas.

Pero, ninguna mudanza será más dolorosa que estar lejos de él.

— Te amo, mi Ella — su voz ronca me causa escalofríos. — Y amaré muchísimo a nuestra familia.

— Yo te amo, mi gruñón gobernador. Amo a nuestras niñas y a nuestros niños. A nuestra familia.

El "felices para siempre" es solo el comienzo de nuestra historia de amor.

Epílogo

ELLA

— Niños, ¿qué les dije sobre desordenar el cuarto de su hermana?

Las trillizas ya son prácticamente preadolescentes ahora. En ese caso, mis chicas rebeldes, como suelen ser a esa edad. Tienen

11 años y pronto cumplirán 15. Mi marido ya tiene muchas canas, porque ellas son lindas y llaman la atención de muchos chicos en la escuela. Tuvo que aumentar la seguridad para que nadie se acercara a ellas. Intento hacerle ver la ligereza en todo cuando se trata de la belleza de las niñas, pero no soporta la idea de que ellas vuelvan a tener novios en algún momento. Mis hijas confían todo en mí y me ven como una madre. Y amo ser su madre.

Amo ser madre de los cinco. Los chicos me dan muchos dolores de cabeza por ser hiperactivos. Nunca están cansados y necesitan toda una rutina especial de sueño para dormir.

Ahora miro atrás. Hace cinco años, era una mexicana que había sido deportada y no creía en los sentimientos de Aaron por mí. Hoy, cinco años después, estoy casada con ese hombre maravilloso, que es un superpapá, protector conmigo y con los niños, y un marido increíble, que siempre se esfuerza por la familia.

Vivo legalmente hoy en Estados Unidos. Por estar casada con un estadounidense, obtuve mi tarjeta de residencia (green card). Vinimos a Saint Paul con una semana de antes de que nacieran los gemelos, junto con toda mi familia: mi madre, mi hermana y Audrey. Aaron compró una casa para ellas en el mismo condominio que el nuestro, para que siempre las tuviera cerca. Su fortuna es tan significativa, pero a veces ni creo que alguien con tanto dinero pueda ser un hombre tan genuino, humilde y familiar, como es mi esposo.

Me da mucho alivio vivir tranquila en nuestra casa, sin miedo a ser deportada. Nunca pensé que algo así podría sucederme. Ivy ya no tiene ese as bajo la manga para amenazarme. Descubrimos que ella y Brandon se casaron a escondidas de su padre y, dos años después, fue arrestado por pegarle. Aaron la ayudó porque yo lo pedí y se aseguró de que Brandon permaneciera tras las rejas por todo el daño que nos hizo a mí y a Ivy. Ella no merecía nuestra misericordia, pero es la tía de las trillizas y está arrepentida de las cosas malas que nos causó. La perdoné y la respeto como tía de las chicas. Ella se arrepintió y recibió su castigo. Ahora vive con su

padre y trabaja para el actual gobernador del estado. Fue un amigo de Aaron quien recomendó su trabajo. Ivy cometió errores, pero siempre fue una buena profesional.

Hace tres años, se terminó el mandato de mi esposo, quien decidió no involucrarse más en política por un tiempo, rechazando la petición personal del actual presidente para ser su vicepresidente y, en las próximas elecciones, postularse como presidente. Ese no es el sueño de Aaron, fue el sueño de su padre. Desafortunadamente, Aaron no puede realizarlo por él. Los sueños se cumplen en vida, no después de la muerte. Su mayor sueño es nuestra familia.

Yo y los niños ya somos suficiente dolor de cabeza para él, que está cansado después de haber trabajado tantos años al servicio del país.

Nos mudamos a la casa de campo después del nacimiento de los bebés, pero primero pasamos una temporada en Saint Paul con mi madre, mi hermana y Audrey. Cuando estamos en la ciudad, siempre estamos todos juntos. Mi suegra también es una mujer encantadora y mi cuñado es un hombre extremadamente inteligente y amable.

Siempre que miro hacia el futuro, me imagino así: casada con un hombre que me ame incondicionalmente y con hijos maravillosos, cariñosos, traviesos y muy queridos. Tener a toda mi familia cerca siempre fue mi sueño y hoy eso se hizo realidad gracias a mi esposo.

— ¿Ya te dije que te ves hermoso así?

Aaron escucha mi voz y sonríe mientras salta la cerca de madera en la pista de carreras donde todas las mañanas él y Trovão, el caballo al que le puse ese nombre, pasean.

Sus labios me besan con cariño y su cuerpo musculoso, sudado, me llena de deseo. Es muy hermoso, apetitoso y solo mío.

— Buenos días, mi amor. ¿Cómo estás esta mañana? — me pregunta.

— Bien, mi amor. ¿Ya tomaste tu café?

— Estaba esperándote. ¿Me acompañas?

— Las niños están en la mesa, esperándonos.

Vivo mi propio cuento de hadas escrito por mí. Nada es más increíble que esta vida.

Aaron pasa rápidamente por el cuarto y se ducha para quitar el sudor. Unos diez minutos después, baja para desayunar. Las niños están agitadas hoy, pero parece que un beso de amor de su papá las tranquiliza más. Amo ver cuánto es cariñoso mi marido con todos nuestros hijos, con nuestra familia.

Sé que cuando sonríe, es porque somos los grandes responsables de su felicidad. Como él suele decir, lo sacamos de la oscuridad. Todos los días agradece por mi amor y por haberlo perdonado, y hace cosas increíbles por todos nosotros.

— Mamá, los niños otra vez están jugando comida en mí — se queja Skylar, molesta.

Le lanzo a los chicos una mirada de reprensión. Ya les expliqué mil veces que no se juega con la comida y que no deben molestar a las hermanas. Pero es parte de la discusión entre hermanos. Hay mucho amor entre ellos.

— No quiero saber quién tuvo la idea. Si vuelven a hacerlo, se quedarán una semana castigados, sin teléfono y sin postre. Y ahora mismo, pídansela disculpa a su hermana.

— Lo siento, Skylar. Los amamos mucho — dicen juntos.

— Disculpas aceptadas. Yo también los quiero mucho, chicos.

La primera vez que ella me llamó mamá, lloré durante dos horas seguidas, muy emocionada. Ella fue la primera de las chicas en llamarme así. Luego fue Hailee y, por último, Kaylee. Para mí, es un honor que hayan elegido que sea su madre. Con mucho respeto y amor, las tengo como hijas.

Mi familia es mi bien más preciado. Soy la mujer más realizada del mundo.



AARON

Yo no solía creer en segundas oportunidades. La vida nunca fue muy generosa conmigo. Así pensaba, así que me cerré al amor, repudiando ese sentimiento y aborreciéndolo.

Hasta que la luz entró en mi vida como un hermoso arcoíris al final de una larga y terrible tormenta. Mi arcoíris rosa llevaba una cámara y solía enfrentarse a mí. Incluso hoy, ella hace eso. La amo tanto. Ella es tan preciosa y despierta lo mejor de mí.

Su presencia es tan importante para mí.

Ella es la luz de mi vida.

Cuando estaba atrapado en mi oscuridad, ella surgió con su amor. Y aun cuando la rechazaba, por miedo a perderla, ella permaneció conmigo.

Por la noche, cuando estamos abrazados en la cama, empiezo a orar, en el silencio de mi mente, para que siempre estemos juntos.

Me enseñó que el amor siempre existirá. Si abrimos nuestro corazón y luchamos por ese sentimiento, no hay dolor en el mundo que pueda alejarlo.

Ella me mostró que el amor es hermoso, suave y para todos, incluso para alguien como yo. Por nuestros hijos, intento ser alguien que siempre estará presente.

— Sé que estás despierto. ¿También estás sin dormir?

— Estaba recordando el día en que nos casamos. Estabas tan hermosa. Por un momento, pensé que me desmayaría de la emoción al verte entrar en la iglesia.

Nos casamos en México, en la iglesia a la que ella solía ir cuando era niña. Antes nos casamos en civil, para agilizar su entrada en Estados Unidos. Ya éramos legalmente casados cuando vinimos aquí, así que nada nos separaría.

— Nuestro casamiento fue perfecto. Nuestros hijos todavía estaban en camino. Yo casi estaba dando a luz, pero me casé. — Ella ríe.

Ese día, todos estábamos nerviosos, imaginando que, por la emoción, Ella podría entrar en trabajo de parto. Pero en realidad, no queríamos estar lejos uno del otro. La ceremonia religiosa fue justo después de la civil, al día siguiente. Fue uno de los muchos momentos felices que tuve en mi vida junto a mi esposa.

— María Antonella, eres todo lo que siempre le pedí a Dios. — Le beso suavemente su mano. — Está fría, cariño. ¿Te sientes bien?

— Aaron, siempre me pasa eso cuando estoy contigo. Es como si fuera la primera vez que tus ojos azules me miran. Aunque, en realidad, la primera vez que me miraron fue con enojo.

— Nunca te dije esto, Ella, pero antes de llegar a ti, en medio de la ira, te miré con deseo. Pensé: "Qué mujer más hermosa, Señor. La quiero para mí."

Desde el primer momento que te vi, te quise para mí.

— Odiabas tanto las fotografías, pero me regalaste tu propia empresa.

Hoy ella es socia con su mejor amiga. Ambas siempre soñaron con tener su propio negocio. La empresa, que era de ese idiota de tu exjefe, ahora es de ellas. Ella no es el tipo de mujer que se queda en casa, siempre está trabajando. Y, incluso en casa, administra su negocio, que es un gran éxito.

— Realizaste mi mayor sueño. — Sus hermosos ojos brillan. Así, sé que soy el hombre más afortunado.

— Me trajiste a la vida, princesa. En lo que dependa de mí, te daré todo el mundo.

— Te amo, mi esposo hermoso.

— Yo te amo infinitamente más, mi linda esposa.

Sellamos nuestros labios en un profundo beso de amor.

El amor es todo lo que tenemos. Es todo lo que queremos. Es lo que nos hace vivir con tanta alegría y esperanza.

Ella es mi persona favorita en todo el mundo. Mi linda chica de cabello rosa. La madre de mis hijos. Mi esposa. ¡Solo mía!

¡Fin!

Leer también en Amazon



https://amzn.eu/d/h4p93Mh

Un acuerdo matrimonial. Un baile de máscaras. Ella se entrega a un desconocido sin imaginar que él es su prometido.

Olivia Russo está prometida en matrimonio a Alessandro Lombardi; sin embargo, luchará contra todos para que ese matrimonio no se lleve a cabo. Ella será capaz de entregarse a otro hombre para que su prometido la rechace. Sin embargo, para su sorpresa, después de pasar la noche con un desconocido, descubre que él era su prometido, y ahora el mafioso hará cualquier cosa para tener a su mujer.

Alessandro Lombardi es un jefe de mafia. Decidió que ya es hora de casarse y tener sus herederos; sin embargo, después de haber cerrado un acuerdo matrimonial con la hija de un viejo amigo,

descubre que ha sido engañado y que la mujer con la que se casará será la hermana menor, y no la hija del medio, como pensó. Furioso, decide acabar con el compromiso, hasta que ve a su prometida en un baile, desesperada por que alguien pase la noche con ella. Alessandro se siente cautivado por la belleza de la hermosa mujer de mechones morados. ¡Y la tendrá!

Gracias

Gracias

Agradezco a Dios por siempre poder terminar una novela más. Expresar lo que siento con palabras es mi mayor sueño. Muchas gracias, querido lector, por recibirme y apreciar mi trabajo.

Si has llegado hasta aquí, me gustaría agradecerte y pedirte tu opinión sobre el libro dejando una reseña aquí en Amazon. Tu reseña es muy importante. También puedes encontrarme en mi Instagram @autora_mariaamandadantas